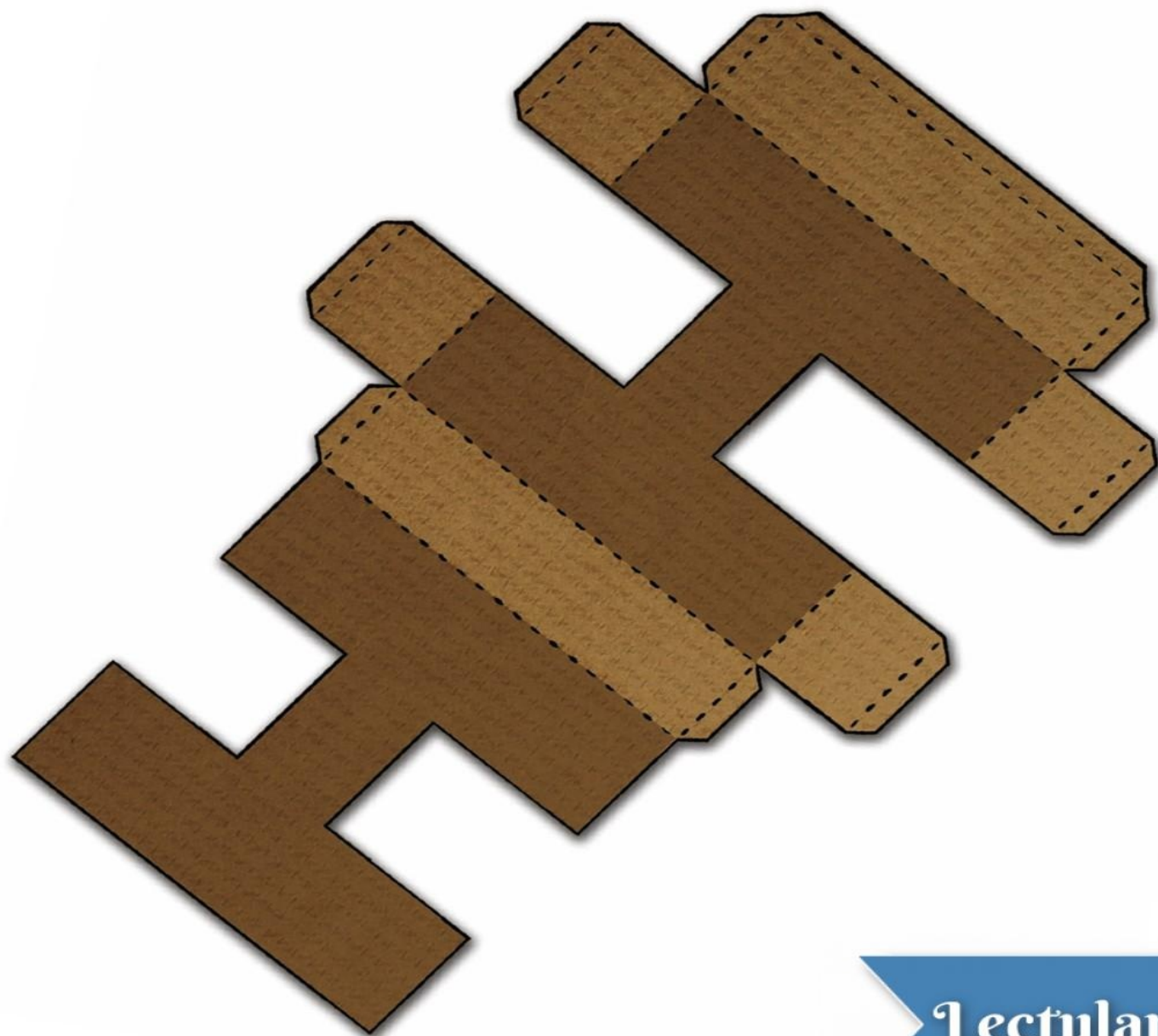


LA PALABRA **H** PERIPECIAS DE LA HEGEMONÍA

Perry Anderson



Pocos términos son tan relevantes en la literatura política contemporánea como el de «hegemonía», aunque su aceptación cotidiana sea relativamente reciente y su significado siga siendo esquivo y discutible.

En lo que constituye el primer estudio de la suerte diversa que ha corrido el concepto de hegemonía en la historia del pensamiento, Perry Anderson rastrea sus orígenes en la Antigua Grecia y su redescubrimiento durante los levantamientos de 1848-1849 en Alemania; sigue su accidentada trayectoria por la Rusia revolucionaria, la Italia fascista, los Estados Unidos en tiempos de la Guerra Fría, la Francia gaullista, la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, la India poscolonial, el Japón feudal y la China maoísta, llegando finalmente al mundo de Merkel y May, Bush y Obama.

El resultado es un libro fascinante, un viaje a través de la historia intelectual del mundo en pos de una idea que hoy configura nuestro pensamiento e imaginación política.

Perry Anderson

La palabra H

Peripecias de la hegemonía

ePub r1.0

diegoan 13.04.2020

Título original: *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*
Perry Anderson, 2017

Traducción: Juan María López de Sa y de Madariaga

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La palabra H

Prefacio

Capítulo I. Orígenes

II

Capítulo II. Revoluciones

II

Capítulo III. Entreguerras

II

III

Capítulo IV. Posguerra

II

Capítulo V. Guerra Fría

II

Capítulo VI. Americana

II

Capítulo VII. Fundido a negro

Capítulo VIII. Secuelas

II

III

IV

Capítulo IX. Inversión

II

III

Capítulo X. Corte transversal

II

Capítulo XI. Perduración o decadencia

II

Capítulo XII. Perspectivas de futuro: un nuevo aspirante

Capítulo XIII. Conclusiones

II

Sobre el autor

Notas

PREFACIO

Pocos términos son tan relevantes en la literatura política contemporánea, técnica o polémica, como el de hegemonía, aunque su difusión sea bastante reciente, como revela inmediatamente una mirada a los fondos de cualquier buena biblioteca. En inglés, la primera entrada en el catálogo de UCLA no se remonta más allá de 1961. A partir de entonces, siguiendo su uso en los títulos década por década, aparece en media docena de libros en la de los sesenta, 16 en la de los setenta, 34 en la de los ochenta, para dar un gran salto en la de los noventa, con 98 libros. En la primera década del nuevo milenio se publicaron 161 títulos sobre el tema, es decir, más de uno cada mes. El término ha dejado, pues, de ser marginal o arcano.

¿Qué motivos hay tras esa evolución? La idea de hegemonía —como la de modernidad, democracia, legitimidad o tantos otros conceptos políticos— tiene una historia complicada que desmiente su amplia difusión actual y que debe comprenderse para captar su repercusión en el paisaje contemporáneo que nos rodea. Esa historia recorre ocho o nueve culturas nacionales distintas, y será necesario decir algo sobre cada una de ellas. Al considerar la suerte del concepto, el enfoque adoptado aquí será, en primera instancia, un ejercicio de filología histórica comparada, pero los virajes en su uso —aplicaciones diferentes, connotaciones enfrentadas— nunca han sido solo cambios semánticos. Constituyen un barómetro político de los poderes y tiempos cambiantes a lo largo de los siglos.

El estudio que sigue acompaña a otro, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, donde se examina con mucho mayor detalle un cuerpo teórico particular centrado en la idea de hegemonía, quizá el más famoso, y el contexto en que surgió. Los lectores que se acerquen a ambos deben perdonar una breve repetición aquí, en forma muy comprimida, de lo que encontrarán ampliado allí, en una superposición intelectualmente inevitable. Los objetivos y métodos de los

dos estudios no son los mismos, aunque puedan considerarse complementarios. Sus acentos, producto de épocas que tienen poco en común, difieren más radicalmente. Pero el que escribí hace cuarenta años fue un estímulo para el actual, una conexión lo suficientemente estrecha para su publicación como par asincrónico.

Debo la concepción de este libro al Institut d'Études Avancées de Nantes, donde se me ocurrió por primera vez su diseño mientras trabajaba en un proyecto relacionado, un estudio acerca de la política exterior estadounidense. Para su redacción debo agradecer especialmente la orientación en los textos en dos idiomas que no puedo leer, el chino y el japonés, a la amabilidad de otros estudiosos que sí pueden: Andrew Barshay, Mary Elizabeth Berry, Joshua Fogel, Annick Horiuchi, Eric Hutton, Kato Tsuyoshi, Peter Kornicki, Jeroen Lamers, Mark Edward Lewis, Kate Wildman Nakai, Timon Screech, Wang Chaohua y Zhang Yongle. El noveno capítulo de este libro no se podría haber escrito sin su ayuda, pero ninguno de ellos es responsable por los errores que seguramente contiene, y mucho menos de mis opiniones sobre muchos otros asuntos expresadas en otros apartados del libro. El octavo capítulo apareció originalmente, en una forma ligeramente más larga, en la *New Left Review* número 100 de julio-agosto (en castellano, septiembre-octubre) de 2016.

Octubre de 2016

CAPÍTULO I

Orígenes

Históricamente, los orígenes del término «hegemonía» son, por supuesto, griegos, a partir de un verbo que significa «guiar» o «dirigir» y que se remonta, al menos, a Homero. Como sustantivo abstracto, ἡγεμονία [*hêgemonia*] aparece por primera vez en Herodoto, para designar el liderazgo de una alianza de ciudades-Estado para alcanzar un fin militar común, posición de honor concedida a Esparta en la resistencia frente a la invasión persa de Grecia. Estaba ligado a la idea de una coalición, cuyos miembros eran en principio iguales, alzándose uno de ellos para dirigirlos a todos con un propósito determinado. Desde el principio coexistió con otro término que indica el predominio o mando en un sentido general: ἀρχή [*arjê*]. ¿Cuáles eran las relaciones entre los dos? En un famoso pasaje de su *Historia de Grecia*, sobre la evolución de la Liga de Delos encabezada en el siglo v a. C. por Atenas, el eminente historiador liberal George Grote —colaborador de John Stuart Mill— argumentaba que la *hêgemonia* era el liderazgo libremente basado en el «apego o consentimiento», mientras que *arjê* implicaba la «superior autoridad y dignidad coercitiva» del imperio, contrastándolo así con la mera «aquiescencia». Tucídides distinguía cuidadosamente entre los dos conceptos y criticó el paso de Atenas del primero al segundo como la causa fatal de la guerra del Peloponeso^[1]. El último estudioso en considerar los textos clásicos se mostraba de acuerdo. Las concepciones de hegemonía e imperio estaban «en un conflicto mortal». La fuerza es «lo que marca la diferencia»^[2].

Una oposición tan tajante era, sin embargo, ajena a los autores de la época. En Herodoto y Jenofonte, *hêgemonia* y *arjê* son utilizados casi indistintamente. ¿Era Tucídides más puntilloso? El párrafo en el que se basa Grote se inicia con el primer término y concluye con el segundo, presentando un desarrollo de uno a otro sin contraponerlos^[3]. En otros lugares de su narración, los agentes no hacen

distinción entre ambos. En el transcurso de la expedición siciliana, un emisario ateniense los equipara directamente: «Después de las guerras médicas adquirimos una flota y nos libramos del imperio y la hegemonía de los lacedemonios» —*arjês kai hêgemonias*¹⁴—. Más significativamente, el propio Pericles dejó claro a sus conciudadanos que era del *arjê* —no de la *hêgemonia*— de lo que debían estar orgullosos, y nunca dejarlo escapar. «Todos deben sentirse orgullosos del prestigio del que goza la ciudad desde el imperio y estar preparados para luchar en su defensa —les dijo—; no se puede eludir la carga sin abandonar también la búsqueda de la gloria. No penséis que lo único en cuestión es la esclavitud o la libertad: también está la pérdida del imperio y el peligro de sufrir el odio suscitado por vuestro ejercicio del poder». El estadista a quien Tucídides elogiaba incansablemente por su moderación concluía: «La posteridad recordará que tuvimos el más amplio ascendiente de unos griegos sobre otros, en las mayores guerras mantenidas contra enemigos unidos o individuales, y que habitábamos una ciudad que era en todo la más rica y la más excelsa»¹⁵. Subrayando la positividad del *arjê*, Tucídides procedió a señalarlo como el más noble elogio para el propio Pericles. «Así Atenas, nominalmente una democracia, se convirtió de hecho en un Estado gobernado por su ciudadano más insigne»: *tou prôton andros arjê*¹⁶.

Que había una continuidad conceptual, más que un contraste claro entre las ideas de hegemonía y de imperio en la Grecia clásica, era algo arraigado en los significados de ambos. En el primer estudio erudito de la primera, de Hans Schaefer, escrito al final de la República de Weimar, se mostraba que la hegemonía era, de hecho, el liderazgo libremente concedido por los miembros de una liga, pero como comisión específica, no como una autoridad general; lo que le correspondía era el mando en el campo de batalla¹⁷. Su dominio de aplicación era la guerra, no la paz; pero dado que el mando militar es el más imperativo de todos los tipos de liderazgo la hegemonía era desde el principio el ejercicio de un poder incondicional. Ese poder era temporal y limitado. Pero ¿qué podría ser más natural o predecible que un hegemón, una vez elegido, lo ampliara en duración y ámbito?¹⁸ Si la hegemonía era intrínsecamente inflable en un extremo del espectro del poder, el *arjê* era constitutivamente ambiguo en el otro, traducible según el contexto (o la inclinación del traductor) como mando neutral o imperio dominante. En la retórica del siglo V a. C., las asociaciones del primero con el consentimiento y del segundo con la coerción estaban tácticamente

disponibles, pero la superficie de deslizamiento entre ellos impedía una demarcación estable.

En el siglo IV a. C. todo esto cambió. Después de la derrota en la Guerra del Peloponeso, la oratoria ateniense, incapaz de exaltar el imperio como antes, revalorizó las virtudes de la hegemonía, ahora adecuadamente moralizada como ideal de los debilitados. Isócrates, llamando a los griegos a unirse una vez más contra Persia bajo el liderazgo de Atenas, reclamaba la hegemonía de esta exaltando sus méritos culturales y los beneficios que estos habían conferido históricamente a otros, sobre todo sus bendiciones en filosofía, elocuencia y educación. Su panegírico es la reivindicación más sistemática que se encuentra en la literatura de la hegemonía como preeminencia libremente reconocida, pero ni siquiera esta podía prescindir de un contrapunto revelador: los griegos también debían estar profundamente agradecidos [a Atenas] por el «gran imperio» del que habían disfrutado⁹¹. Veinticinco años de reveses y humillaciones después, abogando por la paz con unos aliados que se habían alzado contra la dominación de Atenas, Isócrates lamentaba que «codiciamos un imperio que no es ni justo ni sostenible ni ventajoso para nosotros», cuya porfía en la Guerra del Peloponeso había causado «más y mayores desastres» a la ciudad que todo el resto de su historia¹⁰¹. Para entonces, tras abandonar el *arjê*, había sublimizado enteramente la hegemonía en su himno al logos, donde se convertía en el poder de la palabra sobre todas las cosas —*hapantôn hêgemonia logon*— de cuya autoridad era portador¹¹¹. En el mundo real, su final fue el opuesto más radical, en la figura del rey, a quien había solicitado que aplacara la resistencia aplastada ofrecida por la ciudad-Estado al gobierno macedonio. Por la fuerza de la conquista, Filipo se convirtió en el «hegemón de Grecia», formalmente instalado como tal en Corinto¹²¹.

Retrospectivamente, Aristóteles escribiría sobre Atenas y Esparta que «cada uno de los dos Estados que fueron hegemónicos en Grecia tomó su forma de gobierno como norma y la impuso a otras ciudades, en un caso las democracias y en el otro las oligarquías, sin tener en cuenta el interés de las ciudades, sino solo su propia ventaja», hasta que se convirtió en «un hábito del pueblo de las distintas ciudades no desear la igualdad, sino pretender la supremacía o resignarse a la obediencia cuando son vencidos»¹³¹. Con otras palabras, la hegemonía era intrínsecamente intervencionista. Los artículos de la Liga de Corinto, que también era nominalmente una alianza entre iguales, iban más allá

de cualquier precedente, como correspondía al poder autocrático de Filipo, al autorizar al hegemón emprender acciones contra cualquier cambio en la constitución de una ciudad y proscribir específicamente «la confiscación de propiedades, redistribución de tierras, cancelación de deudas y liberación de esclavos con fines revolucionarios». Hasta George Cawkwell, el principal historiador moderno de la carrera de Filipo y admirador incondicional del rey, se vio obligado a preguntarse: «¿Se congeló la sociedad griega a partir de 337? ¿Y en interés de quién o quiénes? ¿Iban a estar en el poder para siempre los colaboracionistas con Macedonia?»; a continuación insta a una «atenuación de ese juicio tan severo», ya que, después de todo, «la entronización de Filipo en 337 seguía siendo popular»¹⁴¹. Al concluir que «es en el papel del hegemón donde hay que buscar el verdadero secreto de la Liga de Corinto», podía estar diciendo más de lo que pretendía.

II

Allí, en tiempos de Aristóteles, el término quedó en reposo. El vocabulario político de Roma, donde los aliados eran quebrantados y absorbidos en una república en expansión cuya estructura ninguna ciudad-Estado griega podía igualar, no lo requería; había menos necesidad de ambigüedad o eufemismos. Tras la caída de Roma, la hegemonía tampoco halló un lugar en las lenguas de la Europa medieval o principios de la moderna. En la traducción de Hobbes de Tucídides, la palabra no aparece en ninguna parte¹⁵¹. Como término político contemporáneo, permaneció prácticamente desconocido hasta mediados del siglo XIX, cuando resurgió, en un contexto no relacionado con la Antigüedad, en Alemania, en la confluencia entre la unificación nacional y los estudios clásicos, cuando Prusia fue aclamada por los historiadores empapados en el pasado griego, que eran muchos en el país, como el reino capaz de liderar a los demás Estados alemanes en el camino hacia la unidad. En Inglaterra, Grote no había sido capaz de naturalizar la palabra, quejándose los críticos de que la hubiera introducido, después de que él mismo cayera en una vaga «jefatura» en sus últimos volúmenes. Subrayando la novedad extranjerizante del término, el *Times* observaba desde Londres: «No hay duda de que es una gloriosa ambición la que

impulsa a Prusia a afirmar su derecho al liderazgo, o como lo expresa esa tierra de profesores, a la “hegemonía” en la Confederación Germánica»^[16].

Desde las guerras de liberación contra Napoleón, los pensadores liberales y nacionalistas habían mirado a Prusia esperando que aportara unidad a una nación astillada; las esperanzas de su eventual *Führung* o *Vorherrschaft* en tal empresa eran comunes en una aspiración todavía incipiente. En 1831 un jurista liberal de Wurtemberg, Paul Pfizer, un clasicista consumado, alteró por primera vez ese vocabulario elaborando una argumentación mucho más desarrollada sobre el papel que Berlín debía desempeñar en el futuro de Alemania, bajo la forma de un diálogo entre dos amigos, *Briefwechsel zweier Deutscher*. ¿Debía Alemania alcanzar primero la libertad política para lograr la unidad nacional, o la libertad solo podría llegar cuando el poder militar prusiano hubiera logrado la unidad nacional? Pfizer dejaba pocas dudas sobre cuál era el argumento más fuerte: «Si todos los signos no nos engañan, Prusia está llamada a ejercer el protectorado de Alemania por el mismo destino que otorgó a Federico el Grande»; una «hegemonía» que, al mismo tiempo, estimularía «el desarrollo de una vida pública, la interacción y la lucha de diferentes fuerzas» en el espacio interno del país^[17].

En el momento de la Revolución de 1848, el término se había convertido en una consigna para los historiadores liberales, que presionaban a Prusia para que asumiera un papel que la corte de Berlín declinaba. Mommsen, una estrella en ascenso en el estudio del derecho romano, sumido en el periodismo, declaró que «los prusianos tienen derecho de insistir en su hegemonía como condición para su entrada en Alemania», porque «solo la hegemonía prusiana puede salvar a Alemania»^[18]. Johann Gustav Droysen, titular de una cátedra en Kiel, había publicado un estudio pionero sobre Alejandro Magno en la década de 1830, seguido por dos volúmenes sobre sus sucesores en los que acuñó la noción de una época helenística de la civilización antigua, presentada como puente vital del mundo clásico al cristiano^[19]. Pero, antes de ese tema piadoso presentaba un panegírico del poder macedonio como la fuerza creativa que había puesto fin a las «miserables y vergonzosas» condiciones de una Grecia «mortalmente enferma en su confusa política estatal», cuando Filipo y Alejandro triunfaron sobre la «andrajosa y decrepita democracia» de Atenas defendida por Demóstenes y «abrieron Asia» al «influjo de la vida helénica»^[20]. Todos entendían la analogía contemporánea. «La posición de la monarquía militar de Macedonia frente al mundo fragmentado y particularista de Grecia parece casi

como una fachada de estuco para la supremacía prusiana sobre los pequeños Estados alemanes que los patriotas anhelan», observaría Hintze en su obituario de Droysen. «La unificación nacional y un Estado nacional común figuran como la mayor hazaña y veredicto histórico de la época. Toda la luz cae sobre Alejandro, toda la sombra sobre Demóstenes^[21]».

Droysen estaba, pues, perfectamente posicionado para desempeñar un papel de primer orden en el Parlamento de Fráncfort de 1848, de cuyo Comité Constitucional fue secretario. «¿No es el poder y la grandeza de Prusia una bendición para Alemania?», había preguntado un año antes. En vísperas del Parlamento, señaló en abril: «Prusia es ya un esbozo para Alemania», con la que debía fundirse, convirtiendo su ejército y su tesoro en marco de un país unido, porque «necesitamos un poderoso *Oberhaupt*»^[22]. En diciembre escribía a un amigo: «Estoy trabajando, en la medida de mis posibilidades, en pro de la hegemonía hereditaria de Prusia», es decir, en la oferta a la dinastía Hohenzollern de un gobierno imperial en Alemania^[23]. La negativa de Federico Guillermo IV a recibir una corona salida del albañal del Parlamento de Fráncfort fue un duro golpe, pero Droysen no perdió la fe. Su grupo debía retirarse de la Asamblea, dijo a sus colegas en mayo de 1849, pero seguir siendo fiel a «la eterna idea de la hegemonía prusiana»^[24]. Él dedicó el resto de su vida a la historia de la monarquía Hohenzollern y sus sirvientes.

Más radical que Droysen y otros amigos en la Casino-Fraktion del Parlamento, el historiador literario Gervinus —uno de los siete de Gotinga destituidos de sus cargos por desafiar la abrogación real de la Constitución de Hannover [Staatsgrundgesetz für das Königreich Hannover]— había fundado la *Deutsche Zeitung* a mediados de 1847 como la voz combativa del liberalismo alemán, después de años en los que, como más tarde él mismo iba a escribir, «yo prediqué el liderazgo prusiano en los asuntos alemanes, desde la cátedra y en la prensa, en un momento en que ningún periódico prusiano se atrevía a decir algo de ese tipo»^[25]. Continuó instando en el Parlamento de Fráncfort y en las páginas de la *Deutsche Zeitung* a promover la hegemonía prusiana en una federación alemana y, a principios de 1849, llamaba a la guerra contra Austria para lograr la unidad *kleindeutsch*. Cuando Federico Guillermo IV declinó el papel que se le había asignado, Gervinus —exclamando: «Toda Prusia nos ha abandonado»— juró hostilidad a Berlín a partir de entonces, comparando al final de su vida la unificación prusiana de Alemania con la extinción por Macedonia de las libertades y las autonomías de Grecia, y la guerra de Bismarck contra

Francia con la conquista francesa de Argelia²⁶. Retrospectivamente se reprochó y se arrepintió de sus ilusiones anteriores, citando sus propios artículos en la *Deutsche Zeitung* como pruebas dolorosas contra sí mismo, aunque insistía en que, incluso en sus encomios a la dirección de Prusia, siempre había sido un estricto federalista, que nunca había defendido una «hegemonía coercitiva» (*Gewalthegemonie*), «Estado unitario» o «pseudoliga»²⁷.

A su debido tiempo el resto de su generación se iba a adherir, de un modo u otro, al Segundo Reich; le correspondería a su colega Heinrich von Treitschke celebrar su triunfo. Ardiente defensor de una Alemania uniforme y centralizada a diferencia de sus mayores, superó su decepción de que la constitución bismarckiana conservara a príncipes menores y reinos en una estructura federal, exaltando al hegemon histórico sin precedentes que, después de todo, había dado forma al sistema imperial manteniendo el mando firme de su ejército, su diplomacia y su economía como ningún otro había hecho²⁸.

Con la consolidación del nuevo régimen, esas discusiones se difuminaron. Se habían apoyado en una analogía, más que en una teoría, de la que no quedaron huellas y que incluso resultaba inconveniente una vez que se logró la unificación. Prusia conservó su preeminencia en el Imperio, ciertamente, pero exaltarla con demasiado entusiasmo como el poder hegemónico que mantenía unido al país podía ser contraproducente. Lo más relevante en el discurso oficial era, más bien, la unidad natural de la nación alemana, por fin recuperada. Los discursos de 1848 y el giro de la década de 1860 quedaron como meros episodios, sin continuidad posterior ni siquiera académica. Significativamente, cuando Brunner, Conze y Koselleck publicaron en 1975 su famoso compendio en ocho volúmenes de conceptos históricos básicos, *Geschichtliche Grundbegriffe*, no había lugar en él para la hegemonía.

CAPÍTULO II

Revoluciones

El concepto iba a hacer fortuna por otros pagos, a raíz de los debates en el seno del movimiento revolucionario en la Rusia zarista en torno al cambio de siglo. En la tradición rusa, la *gegemonia* recibió un nuevo uso como término definitorio de las relaciones políticas, no entre los Estados, sino dentro de uno de ellos o, mejor, de un país. En una carta a Struve en 1900, Pável Axelrod acuñó ese uso para distinguir específicamente la oposición social-demócrata de otras oposiciones democráticas a la autocracia de los Romanov. «Mantengo que, sobre la fortaleza de la posición histórica de nuestro proletariado, la socialdemocracia rusa puede ganar la hegemonía en la lucha contra el absolutismo^[29]». Un año después, criticando las tendencias economicistas en el movimiento obrero, Plejánov argumentó públicamente que «nuestro partido debe tomar la iniciativa en la batalla contra el absolutismo» a fin de ganar para «la socialdemocracia rusa —la vanguardia de la clase obrera rusa— la hegemonía política en la lucha contra el zarismo»^[30]. La fuerza de esta idea radica en las perspectivas de un derrocamiento del Antiguo Régimen, cuyo objetivo —todos los marxistas estaban de acuerdo en ello en aquel momento, dado el atraso socioeconómico del país— solo podía ser una revolución burguesa para instaurar una república democrática. La burguesía rusa era demasiado débil para llevar a cabo resueltamente esa tarea, por lo que le tocaba a la clase obrera liderar la lucha contra el viejo orden. La hegemonía no era un término aleatorio para esa tarea, ya que solo la podría llevar a cabo si lograba unir a todos los sectores oprimidos de la población bajo su dirección.

Lenin, escribiendo a principios de 1902 como discípulo aventajado de Axelrod y Plejánov, explicó lo que esto significaba en la práctica:

He ahí por qué nuestro deber primordial es el de explicar al proletariado, ampliar —y, mediante la participación activa de los obreros—, apoyar toda protesta liberal y democrática, sea

esta protesta provocada por un choque de los miembros del *zemstvo* con el Ministerio del Interior o de los nobles con el régimen policial de la Iglesia ortodoxa, o de los estadísticos con los sátrapas zaristas, de los campesinos con los *zemskie nachdlniki*, o de los miembros de sectas religiosas con la policía, etc., etc. Quienes fruncen despectivamente el ceño ante la insignificancia de algunos de estos choques o la «poca esperanza» de transformarlos en un incendio general no comprenden que la múltiple agitación política es justamente el foco hacia el que convergen los intereses esenciales de la educación política del proletariado con los intereses esenciales de la evolución social de todo el pueblo, es decir, los intereses de todos los elementos democráticos que lo componen.

Tal distanciamiento, advertía, «dejaría a los liberales al mando, pondría en sus manos la educación política de los trabajadores [y] les cedería la hegemonía en la lucha política»^[31]. En esa misma concepción se basaban el *¿Qué hacer?*, publicado más tarde aquel mismo año, y sus avances en *Iskra*, cuyo primer número contenía una crítica mordaz de la expedición imperialista conjunta contra los *boxer* en China; el segundo, un apasionado llamamiento a apoyar a los estudiantes en su conflicto con el gobierno; el tercero, una reivindicación en la que «desplegamos la bandera de la emancipación del campesinado». Pocos meses después se publicaron expresiones de simpatía hacia un par de mariscales disidentes de la nobleza^[32].

En 1904 el POSDR se había escindido y su ala menchevique comenzó a desarrollar su propia visión de lo que había sido un elemento común del partido. Uno de sus principales pensadores, Alexander Potréssov, explicaba ahora que la forma concreta que debía adoptar la hegemonía del proletariado en Rusia era el sufragio universal, que por sí solo podría aunar a todos los elementos mínimamente democráticos del país. Lenin, burlándose de esa reducción de la idea a un «reactivo ineficaz», aguándola en busca de un mínimo común denominador, respondió en vísperas de la Revolución de 1905 que, por el contrario, «desde un punto de vista proletario, la hegemonía en una guerra corresponde al que lucha más enérgicamente, que nunca pierde la oportunidad de golpear al enemigo». Cuando se produjo la explosión revolucionaria en 1905, Lenin convirtió lo que todavía seguía siendo una agenda genérica en una estrategia social altamente concentrada. El campesinado era el aliado fundamental que la clase obrera debía reunir tras de sí, guiando las fuerzas elementales de la rebelión en el campo, ahora en pleno despliegue, hasta una victoria común sobre el zarismo. Todavía sería una revolución burguesa que no podía desbordar el capitalismo, pero no iba a ser un gobierno burgués liberal el que tomara el poder. La perspectiva era, más bien, la de una «dictadura

democrática del proletariado y el campesinado», el oxímoron que implicaba un régimen político en el que la dictadura —gobierno por la fuerza— se ejercería sobre el enemigo de clase, esto es, los terratenientes feudales y los capitalistas burgueses, mientras que la hegemonía —gobierno por consentimiento— regiría las relaciones de la clase obrera con clases aliadas, sobre todo el campesinado, que constituía la abrumadora mayoría de la población.

Cuando la monarquía se recuperó tras aplastar las rebeliones de 1905-1907, la reacción menchevique fue descartar una concepción que Potréssov admitía como idea original del marxismo ruso que había desempeñado un papel positivo en el cambio de siglo, antes de distorsionarse con el giro blanquista que le había dado Lenin y que ahora había quedado anticuada. El axioma de la hegemonía del proletariado suponía que la burguesía liberal sería incapaz de una lucha revolucionaria contra el absolutismo, pero el papel combativo de los *cadetes* [también llamados constitucional-demócratas, pertenecientes a la Конституционн-демократическая партия (*Konstitutsionno-Demokraticheskaya Partiya*)] había demostrado que esto era un error. En lugar de persistir en una demanda demasiado ambiciosa cuyo momento había pasado, la tarea a partir de entonces era abandonar el trabajo clandestino y construir un partido de clase abierto que no estuviera sometido a la tutela de un ala radical de la *intelligentsia*^[33].

Aprovechando una frase de Axelrod, la respuesta bolchevique fue atacar ese giro como una liquidación confesa de los principios revolucionarios de *Iskra*. Kámenev acusó a Potréssov de tratar ahora la idea de la hegemonía de la clase obrera como mero «zigzag casual y temporal en el pensamiento democrático»^[34]. Llevado a su reflexión comparativa más sustancial sobre la «vasta variedad de combinaciones» que componían las diversas revoluciones burguesas, Lenin le dijo a Mártoov en 1912 que en Rusia no cabía esperar ningún choque decisivo entre la nobleza terrateniente y la burguesía liberal, solo «pequeñas disensiones». Reducir el horizonte del proletariado a la construcción de un partido de clase era una recaída en el economicismo; la renuncia a la idea de la hegemonía era «la forma más burda del reformismo». Por el contrario, la clase obrera debe persistir en la educación política del campesinado en una lucha común contra el zarismo. Lejos de renunciar a su identidad como clase, solo mediante ese trabajo llegaría a serlo realmente. En el más extenso de todos sus pronunciamientos teóricos sobre la cuestión, declaró: «Desde el punto de vista del marxismo, la clase, en la medida en que renuncie a la idea de hegemonía o

no la aprecie suficientemente, no es una clase, o no es todavía una clase, sino un gremio o la suma de diversos gremios»³⁵¹.

Lenin mantuvo esta perspectiva durante los años de reacción después de 1907, cuando no había perspectivas de éxito, hasta la víspera de la primera Guerra Mundial. Con el repentino derrocamiento del zarismo en 1917, llegó su hora. En octubre maduró una de sus ideas centrales, cuando los bolcheviques, a la cabeza de la mayoría de la clase obrera en Petrogrado y Moscú, arrebataron el poder al gobierno provisional, aplastando por la fuerza el poder de los terratenientes y capitalistas y uniendo a los campesinos a su causa por consenso con las consignas de «Pan, Paz y Tierra». Pero, contrariamente a otra de sus ideas, la revolución que se desarrolló no fue burguesa y desbordó los límites del capitalismo. Fue la predicción de Trotski de una transición directa al socialismo la que se materializó³⁶¹. Lo que definía el Estado soviético emergente no era la hegemonía, sino la dictadura del proletariado tal como la había prefigurado Marx. Una vez establecida, la fórmula tradicional ya no volvió a aparecer en los textos de Lenin. Los acontecimientos la habían superado.

II

A principios de la década de los veinte, después de la guerra civil y de que el término hubiera perdido apremio en Rusia, el concepto bolchevique de hegemonía se internacionalizó en los documentos fundadores de la Comintern como exhortación a los partidos de fuera de la URSS, impresionando en particular a Antonio Gramsci, un joven líder del comunismo italiano enviado por su partido a Moscú. Cuando volvió a Italia, no obstante, lo que se encontró allí no fue la revolución socialista, sino la contrarrevolución fascista triunfante. Encarcelado por Mussolini, Gramsci pasó el resto de su vida activa en prisión. En los últimos meses antes de su cautiverio, estableciendo un evidente paralelo con Rusia, planteó expresamente la «hegemonía del proletariado» como el objetivo estratégico de ganar a la mayoría del campesinado para la causa de la clase obrera y su partido. En la cárcel volvió una y otra vez sobre la idea de la hegemonía, pero en una forma heurística y con un alcance intelectual que la transformó en un concepto mucho más axial de lo que había sido en los debates

rusos, ofreciendo por primera vez algo así como una teoría sistemática del término.

En Rusia este había servido para caracterizar el papel de la clase obrera en una revolución burguesa contra el absolutismo que la propia burguesía era incapaz de realizar. En Europa occidental, en cambio, agente y proceso coincidían en lugar de estar disjuntos: las burguesías habían hecho sus propias revoluciones y gobernaban los Estados capitalistas que surgieron de ellas. ¿Dónde dejaba esto la lógica de la idea? La respuesta de Gramsci —su movimiento clave— fue generalizarla más allá de una estrategia de la clase obrera, para caracterizar formas estables de gobierno por cualquier clase social: en primer lugar, y sobre todo, las propias clases poseedoras, los terratenientes y los industriales, contra quienes se había usado originalmente el concepto en Rusia. Así, en la primera entrada sobre la hegemonía en los *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci concedía un lugar destacado, como ejemplo histórico, al Partido Moderado Piamontés de Cavour en el Risorgimento italiano. Aquella coalición de terratenientes y fabricantes, comentaba, había dominado y controlado el proceso de unificación italiana en el siglo XIX, marginando al Partito d’Azione [Partido de Acción] de Mazzini, más radical, y a sus seguidores pequeñoburgueses, y excluyendo firmemente las formas verdaderamente populares de expresión política de los campesinos.

Al realizar esa ampliación sociológica, Gramsci alteró inevitablemente el significado del término ruso, ya que, claramente, el dominio capitalista del tipo que Cavour y sus sucesores establecieron en Italia implicaba violencia —gran parte de ella, con muchas masacres de la policía y el ejército—, además del consentimiento³⁷¹. Otra modificación, no menos significativa, fue subrayada por la comparación que hacía Gramsci entre el Risorgimento y la Revolución francesa. En Francia los jacobinos habían resuelto la cuestión agraria que los moderados no habían sabido o querido afrontar y, al ordenar la distribución de la tierra a los campesinos y unir a la nación contra los invasores extranjeros, habían sentado las bases para un forma mucho más orgánica de hegemonía burguesa a partir de entonces, capaz de sobrevivir a sucesivas réplicas de la revolución original a lo largo del siglo XIX. En Francia, observaba, «el ejercicio “normal” de la hegemonía en el terreno que ya se ha hecho clásico del régimen parlamentario se caracterizaba por una combinación de fuerza y consenso que se equilibraban entre sí, sin que la fuerza supere demasiado al consentimiento, sino que, más

bien, aparezca apoyada al estar respaldada por el consentimiento de la mayoría expresado por los llamados órganos de la opinión pública»^{l38l}.

Esto apuntaba a un tipo de consentimiento completamente diferente del que estaba en juego en los debates rusos: no la adhesión de aliados en una causa común, sino la sumisión de adversarios a un orden enemigo. En los *Cuadernos*, la hegemonía adquiría así dos ampliaciones de significado en tensión mutua. Ahora incluía tanto la obtención por los gobernantes del consentimiento de los gobernados como la aplicación de la coerción necesaria para hacer cumplir sus órdenes. Como dejaban claro sus formulaciones originarias, la intención de Gramsci era conjugar las dos; pero sus notas en la cárcel eran fragmentarias y exploratorias, no terminadas o concluyentes, lo que permitía oscilaciones o incoherencias de expresión. En muchas de ellas la hegemonía no contemplaba el uso de la fuerza, sino que, de acuerdo con las fuentes rusas de su pensamiento, se contraponía a él^{l39l}, y esas notas eran más abundantes, para lo que había razones comprensibles. Ningún comunista de la generación de Gramsci necesitaba reiterar, en notas para ellos mismos o para sus interlocutores cercanos, que el capitalismo en Occidente descansaba sobre una maquinaria de represión política junto a la de representación. Lo que había que explicar eran las formas en que, a diferencia de Rusia, un orden explotador era capaz de asegurar el consentimiento moral de los dominados a su propia dominación. Tal dominio ideológico, argumentaba Gramsci, debe proponer un conjunto de descripciones del mundo y los valores que lo presiden, que en gran medida son interiorizados por los que quedan bajo su influencia.

¿Cómo se lograba esto? Para ello eran decisivas, en su opinión, dos características de las sociedades de Europa occidental que no existían bajo el zarismo. La primera era el papel de las capas intelectuales culturalmente bien formadas y bien asentadas en el desarrollo y difusión hacia abajo, a las clases subordinadas, de las ideas del orden gobernante. Estas eran habitualmente las facilitadoras de la hegemonía y llevaban sobre sí toda su inteligencia comparativa, sobre todo en Europa —Gran Bretaña, Alemania, Francia o Italia, pero también, tal era la amplitud de su curiosidad, en América del Norte y del Sur, India, China o Japón—. La segunda diferencia era la densidad de las asociaciones voluntarias en la sociedad civil: periódicos, revistas, escuelas, clubes, partidos, iglesias, que difundían, de un modo u otro, la perspectiva del capital. Tácitamente, dada la derrota de la ola revolucionaria en Europa central después de la Primera Guerra Mundial, no había perspectivas inmediatas en

Europa occidental de tomar el Estado por asalto, por lo que los comunistas debían concentrarse en la tarea de socavar primero los pilares ideológicos del capital en ese ámbito, en el que podían luchar por la hegemonía de la clase obrera en el sentido clásico, aunque se tratara de un terreno mucho más complejo y desafiante.

Entre líneas, había una segunda razón para ese enfoque de la cuestión por parte de Gramsci. Desde el principio había insistido, en su primera referencia al respecto, en que «una clase puede (y debe) “liderar” incluso antes de asumir el poder; cuando está en el poder, se convierte en dominante, pero también sigue “liderando”». Lenin había llevado a los bolcheviques a la victoria en 1917 cuando el campesinado de las trincheras y las aldeas abandonó al gobierno provisional en favor del programa ofrecido por un partido obrero. Tras la salvaje guerra civil, la dictadura del proletariado se había consolidado, pero, después de aquella prueba de violencia, ¿en qué habían quedado la alianza que había hecho posible la Revolución de Octubre y el partido que había sido su arquitecto? En un carta a Togliatti en Moscú justo antes de su detención, Gramsci había disentido enérgicamente de la represión contra la oposición de izquierdas en el PCUS que marcó el comienzo de la autocracia de Stalin, y sus notas en prisión indican sus temores de que el régimen soviético se estuviera desplazando en una dirección represiva que podía poner en peligro el consenso popular, en lugar de ampliarlo, tal como Lenin había previsto con su llamamiento en pro de una «revolución cultural» basada en el desarrollo de las cooperativas en el campo, justo lo contrario a la colectivización forzosa que iba a golpear al campesinado al final de la década de los veinte liquidando cualquier vestigio de la «hegemonía del proletariado» a partir de entonces. La preocupación de Gramsci por las especificidades de Occidente quedaba ensombrecida por su ansiedad sobre los acontecimientos en Oriente.

La cuestión del consenso estaba en el centro de ambas, llevando sus notas sobre la hegemonía hacia su campo de significado clásico. Pero él seguía siendo un revolucionario de la Tercera Internacional y, más allá de los atolladeros de la época, nunca renunció a su creencia de que, para una comprensión más profunda de la hegemonía, la coerción no podría divorciarse del consentimiento ni la ascendencia cultural de la capacidad de represión. Sus escritos están plagados de términos de origen militar: «guerra de posiciones», «guerra de movimientos» o «guerra subterránea», tomada metafórica y literalmente. «Toda lucha política

tiene siempre un sustrato militar», escribió^[40]. La hegemonía era polivalente: impensable sin consentimiento, impracticable sin la fuerza. En Occidente, ni uno ni otra estaba al alcance de su movimiento cuando murió en Roma en abril de 1937.

CAPÍTULO III

Entreguerras

Pocos meses después un destacado jurista alemán, Heinrich Triepel, completó una teoría avanzada de la hegemonía, *Die Hegemonie. Ein Buch der Führenden Staaten*, publicada en Stuttgart a finales de 1938, justo después de la anexión por Hitler de los Sudetes. En unas seiscientas páginas combinaba el análisis jurídico, sociológico e histórico del tema durante tres milenios, desde la antigua Palestina y China hasta el Tercer Reich; en cuanto a alcance y erudición, no se ha publicado nada comparable desde entonces. Triepel, jurista y teórico del derecho bien conocido por su teoría dualista, distinguía claramente los principios de la jurisprudencia nacional y la internacional, situándose políticamente en las antípodas de Gramsci: monárquico leal en el Segundo Reich, ardiente patriota en 1914, partidario de la derecha conservadora en la República de Weimar, en 1933 había dado la bienvenida a la asunción de Hitler al poder como una «revolución legal».

La concepción bolchevique de la hegemonía se había centrado en las relaciones entre clases dentro de un país dado. Gramsci, cuando retomó y transformó el concepto, conservó esa óptica. Triepel, sin conocer ni a unos ni al otro, trató la hegemonía, como anunciaba su subtítulo, como un fenómeno cardinal de las relaciones interestatales, si bien los paralelismos entre su marco intelectual y los temas de los *Cuadernos de la cárcel* no estaban completamente ausentes. Triepel explicaba que el impulso a sus reflexiones sobre la hegemonía había sido el papel desempeñado por Prusia en la unificación alemana, del mismo modo que para Gramsci lo había sido el papel desempeñado por el Piamonte en la unificación italiana. Como él, Triepel construyó su concepto de hegemonía a modo de contraste con el de dominio (*Herrschaft*): la primera como poder ejercido por consentimiento y el segundo como poder ejercido por la fuerza. También como Gramsci, Triepel enfatizó el liderazgo cultural que

cualquier hegemonía implicaba, y la forma en que genera habitualmente fenómenos de imitación entre los hegemonizados^[41]. Extendió incluso la noción a las relaciones intraestatales entre grupos o de individuos sobre grupos, incurriendo en la crítica de Carl Schmitt —quien, por otra parte, admiraba su trabajo— a ese respecto^[42]. Pero excluyó, en cambio, su alcance a las relaciones entre clases; no podía haber hegemonía de una clase sobre otra ya que, más allá de la simple interconexión funcional, las relaciones entre ellas solo pueden ser de enemistad y su resultado inevitable, la lucha de clases^[43].

Los sujetos de la hegemonía, históricamente hablando, eran Estados. ¿Cuál era su naturaleza? «La esencia del Estado es, dicho simplemente, el poder». ¿Qué significaba eso para las relaciones entre los Estados? «Todo Estado fuerte y saludable buscará ejercer poder sobre otros Estados, ya sea de forma ruda, por la subyugación de sus vecinos, o de una forma más sofisticada extendiendo su influencia sobre ellos». La hegemonía era una «forma particularmente enérgica de influencia» o, con mayor precisión, una forma de poder intermedia entre la dominación (*Herrschaft*) y la influencia (*Einfluss*)^[44]. Era un liderazgo reconocido, en el que los liderados consentían. Para apoyar esta caracterización del mismo, Triepel procedió a examinar algunos ejemplos históricos de hegemonía, concediendo un gran espacio a la antigua Grecia —el mundo clásico comprendía más de la mitad de su inventario empírico, iniciando su explicación con una amplia crítica a Schaefer por interpretar equivocadamente la hegemonía como algo de naturaleza esencialmente militar, más que consensual-política^[45].

La elección de ejemplos griegos como paradigma de su tema tenía tres consecuencias para la construcción general de Triepel. Presentó una liga —Bund— de algún tipo, sin importar cómo se hubiera construido, como preferencia heurística, cuando no una condición tácita, para caracterizar cualquier hegemonía; eso implicaba que solo podía haber hegemonía entre Estados del mismo tipo y, por último, pero no menos importante, insinuaba el argumento de que solo podía surgir una hegemonía cuando existía una amenaza externa —siendo Persia el caso arquetípico—, capaz de unificar consensualmente a los Estados en cuestión, dirigente y dirigidos. El resultado era inclinar la narrativa en una dirección anómala, fuera del plano de las relaciones interestatales, tal como este se concebía normalmente. Su tratamiento de Roma, muy influido por el de Mommsen, y limitado a la República, era inevitablemente insuficiente, concluyendo que su expansión, «después de vacilaciones iniciales», no implicaba la hegemonía sino un «afán de dominación»^[46]. En la Edad Media, la

hegemonía aparecía solo como factor interno de la construcción del Estado en la Inglaterra anglosajona, la Francia capeta, la Alemania de los Hohenstaufen y la Rusia de Riurik. En la época moderna solo el papel de Holanda en las Provincias Unidas y el de la Francia napoleónica en Suiza y la Confederación del Rin merecían una breve atención, antes de que la historia culminara con la hegemonía prusiana en la construcción de una Alemania unida.

De esta retrospectiva quedaban excluidas las sucesivas grandes potencias europeas. El subtítulo de la obra de Triepel, *Un libro de los principales Estados*, es engañoso. España podría haber buscado la hegemonía continental en el siglo XVI y Francia en el XVII, pero, como no se resistían, sino que ejercían una amenaza contra otras potencias, tal como había sucedido en el caso de Persia en tiempos de Jerjes o Darío, solo se podía decir que gozaban de «preponderancia» —*Vormacht*— sin posteridad, y se vieron frustradas en su puja por la ascendencia precisamente por el funcionamiento reactivo del equilibrio de poder europeo, a veces orquestado pero nunca controlado totalmente por Inglaterra. Puesto que nunca se había producido una amenaza duradera extraeuropea, tampoco podía haber habido nunca una hegemonía en Europa ni tampoco, pese a la Doctrina Monroe, podía decirse que Estados Unidos hubiera ejercido una hegemonía real sobre América Latina, ya que cualquier amenaza externa al Nuevo Mundo por parte de las potencias del Antiguo había desaparecido desde hacía tiempo. Aún menos concebible era cualquier sueño de hegemonía global: ¿contra quién podría unirse el planeta? En cuanto al imperialismo, no debía confundirse con la hegemonía. Ciertamente es que, en determinadas condiciones, podría conducir a la hegemonía, si la sociedad conquistada llegaba a aceptar los beneficios del gobierno extranjero, y era erróneo pensar que el imperialismo siempre requería el paso a la guerra o el ejercicio de la violencia: el dominio indirecto británico o la diplomacia estadounidense del dólar demostraban lo contrario. Pero el imperio y la hegemonía eran fenómenos distintos: la hegemonía se basaba en la sumisión voluntaria^[47].

Tras el efecto teórico del libro de Triepel, que expurgaba a la hegemonía de la sospecha de la fuerza, se ocultaban dos preocupaciones interconectadas. La primera era bruñir el escudo de armas de Prusia. El clímax de la narración es un himno a la conducta «caballeresca» de Prusia en la unificación de Alemania avergonzando a Treitschke, pacífico y partidario del consenso dentro, brioso contra enemigos comunes fuera: «elevándose por encima de todas las demás

hegemonías de la historia»; «sintetizando los contrarios en una unidad superior»; «a la vez indirecta y directa, fáctica y legal, fragmentaria y completa, egoísta y altruista, plural y federal», y otras varias alabanzas¹⁴⁸. Un segundo motivo era refutar la denigración del Segundo Reich que lo había presentado, con un uso indebido del término, como un poder que preside un sistema hegemónico en Europa, como elemento básico de la propaganda de la Entente en la Gran Guerra, que hasta una figura tan ilustre como Croce podía difundir en su *Historia de Europa en el siglo XIX*. ¿Qué seguidores tenía, después de todo, la Alemania imperial en aquel tiempo? Triepel tenía razones para no olvidarlo. Durante la Gran Guerra había sido uno de los más ardientes anexionistas del país, entre quienes seguían reclamando adquisiciones territoriales en el Este en 1918, mucho después de que otros, no menos patrióticos desde el principio, pidieran una paz sin alteraciones de las fronteras.

Pero las insinuaciones que vinculaban la hegemonía con la violencia no se disipaban tan fácilmente. Era innegable, admitía al exponer su taxonomía conceptual, que los límites entre la hegemonía y el dominio eran a veces borrosos. Mommsen se había equivocado al decir que una hegemonía pura nunca podría durar, pero históricamente hablando era cierto que la hegemonía se había hecho a menudo «absorbente», terminando en la dominación¹⁴⁹. Su construcción no podía escapar a un retorno de lo reprimido, ya que «el medio más enérgico de influencia hegemónica» sobre otro Estado era la intervención en él —incluida «una intervención “armada”, por ejemplo, para restaurar la ley y el orden poniendo fin a un levantamiento» que los gobernantes no hubieran podido sofocar por sí mismos. La intervención austriaca en Italia en la era de la Restauración, según lo previsto en el Protocolo de Troppau, era un ejemplo; la intervención estadounidense en el Caribe y Centroamérica era otro. Tales medidas podían ser temporales o duraderas, pero tanto unas como otras eran expresiones de hegemonía, como mostraba la ocupación militar de Nicaragua por parte de Estados Unidos en los años veinte¹⁵⁰. Triepel —un conservador nacionalista, no un nazi— concluía adecuadamente con una alabanza al Führer como el hombre de Estado que, al anexionar Austria y los Sudetes, había completado finalmente el largo sueño de un Estado plenamente unificado imbuido del espíritu de Prusia.

A su manera y desde un punto de vista antitético, la teorización de Triepel sobre la hegemonía quedaba así sujeta a la misma inestabilidad que la de

Gramsci. En ambos casos, aunque fuera en sentido contrario, el resultado se desviaba de la intención: hacia una anulación no registrada de la coerción en los textos del italiano, hacia una reversión imprudente a ella en el tratado del alemán. El contraste estaba relacionado con sus respectivas taxonomías. Para Triepel, la hegemonía era un tipo de poder intermedio entre la «dominación» y la «influencia», más fuerte que esta última pero más débil que la primera. Para Gramsci, en cambio, la hegemonía era una forma de poder más fuerte y más estable que la dominación. La diferencia no era accidental. Había una razón estructural para ella, que reflejaba el foco principal de cada uno de los dos pensadores: relaciones entre clases dentro de un país para Gramsci, relaciones entre Estados para Triepel. En la tradición alemana que Triepel compartía con Schmitt y que fue transmitida a los principales juristas en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, era obvio que la fuerza siempre había predominado históricamente sobre el consentimiento en las relaciones interestatales. De hecho, como observaba Triepel, en el plano internacional siempre había una tentación, o una tendencia, para que cualquier hegemonía se intensificara hasta convertirse en dominación como forma máxima de poder.

Esto se debe a la existencia, por él no percibida, de una diferencia intrínseca entre una hegemonía nacional y una internacional. La hegemonía interna es un sistema de gobierno de una clase o bloque social sobre otras; pero, en el sistema internacional que se desarrolló en Europa desde el principio de la modernidad, ningún Estado había gobernado sobre otro en ese sentido. La definición misma de soberanía territorial lo excluía. La coerción era, por supuesto, omnipresente como amenaza, siendo la paz simplemente, en palabras de Hobbes, una suspensión temporal de la guerra, pero esa coerción no era ni podía ser institucionalizada como lo era en los aparatos represivos de un Estado dentro de su propia jurisdicción. El consentimiento, por otra parte, tendía intrínsecamente a ser un elemento mucho más débil del sistema, como búsqueda de ventaja o influencia. La hegemonía como combinación de coerción y consentimiento era, por tanto, siempre mucho más difícil de alcanzar en el plano internacional, y más laxa y metafórica, incluso cuando se lograba, que en el plano interno.

Triepel no erraba al quejarse de que fuera de Alemania, donde se había configurado, su definición de hegemonía no se cumpliera, ni al pensar que las alternativas en circulación tenían un filo político específico. Desde la Guerra Franco-Prusiana al Tratado de Versalles y sus consecuencias, la hegemonía se fue consolidando en el sentido de que resistió, como predominio de un Estado sobre todos los demás, destruyendo cualquier equilibrio de poder entre ellos, espectro tradicional de la diplomacia europea formalizado por primera vez en Utrecht. Desde el principio, el foco de la hegemonía en ese sentido fue Alemania y sus escoltas, las potencias que formarían la Entente contra ella. Irónicamente, la primera obra escrita para describir la perspectiva de la hegemonía prusiana en Europa, aparecida antes de que concluyera 1871, fue una celebración rusa de la misma^[51]. La derrota de Francia y la caída de Napoleón III no solo eran motivo de satisfacción como gratificante venganza por su papel en la Guerra de Crimea, sino también —contrariamente al temor de muchos de sus compatriotas—, un cambio favorable en la posición geopolítica de Rusia, más cerca ahora del centro de Europa desplazado de París a Berlín. Esta perspectiva optimista no duró mucho. En Francia, naturalmente, no había dudas: la nueva Alemania fue una amenaza desde el principio. En vísperas de la Guerra Franco-Prusiana ya estaba a la venta en París la diatriba de un antiguo oficial sajón contra la hegemonía prusiana^[52]. Inglaterra tardó más en reaccionar, pero, a su debido tiempo, la palabra clave se había introducido en el famoso memorando de Eyre Crowe^[53]. El Segundo Reich, cuya conducta hacia Gran Bretaña desde 1890 podría compararse, «sin falta de respeto», con la de un chantajista profesional, parecía «orientarse conscientemente hacia el establecimiento de una hegemonía alemana, al principio en Europa y finalmente en el mundo». Al advertir del peligro supremo de que Alemania pudiera intentar «romper y suplantar al Imperio británico», el memorando, calurosamente aprobado por Grey, no fue puesto a disposición de la opinión pública. La diplomacia inglesa prefería un lenguaje más eufemístico. En las últimas horas previas a la Gran Guerra, la redacción del telegrama del 2 de agosto de 1914 de Nicolás II a Jorge V fue alterada por el embajador británico, convirtiéndolo de un llamamiento para evitar que Alemania «establezca una hegemonía sobre toda Europa» a una petición de apoyo a Rusia y Francia para «preservar el equilibrio de poder en Europa»^[54]. Una vez iniciada la Primera Guerra Mundial, y con la Entente unida en el campo de batalla, no había necesidad de tanta circunspección. En 1915 apareció en la *Revue des deux mondes* una retrospectiva típica. Después de 1871,

«Europa, en sentido estricto, había dejado de existir; había nacido una hegemonía que, por ley fatal de todas ellas, se convirtió gradualmente en un instrumento de tiranía y servidumbre» a medida que Alemania ya no buscaba «simplemente la hegemonía, sino la dominación por absorción y conquista». Pero ahora el Reich, habiendo sucumbido a «todas las tentaciones del demonio de la hegemonía», se enfrentó a su némesis. «Nunca ha habido una cruzada más noble, creada por la lógica de los acontecimientos y las afinidades electivas de las naciones y las razas, que la que han alzado contra las amenazas y designios de la hegemonía germánica la mayor de las grandes potencias latinas, la gran potencia eslava y el Imperio británico con su aliado Japón, en defensa no solo de su propia causa, sino de la libertad de Europa y del mundo, la independencia de dos pueblos injustamente provocados y atacados y la infame violación de la neutralidad de Bélgica, que se sacrificó para salvaguardar el derecho y el honor». Poseídos de «superioridad moral», los aliados se unieron en «el sentimiento de que representan verdaderamente los ideales de la humanidad, de que son la sal de la tierra» y que podrían traer paz y libertad a Europa una vez más. «In hoc signo vinces!», concluía el autor^[55]. Cuando terminó la guerra, las variaciones sobre el tema quedaron más apagadas. Croce, escribiendo a finales de los años treinta, concluía su *Historia de Europa en el siglo XIX* con una amplia disquisición sobre la imprudente campaña alemana por la hegemonía como causa de la Gran Guerra —como adalid de la participación italiana en ella, difícilmente podía hacer otra cosa— aunque, al mismo tiempo, lamentaba la exaltación de la guerra y el activismo nihilista que había engullido a tantas personas en prácticamente todos los países europeos de la época^[56].

Después de Versalles, la hegemonía desapareció del discurso oficial: los vencedores no tenían interés en aplicarse el término a sí mismos. Sin embargo, no se evaporó por completo, reemergiendo —ahora, predeciblemente, como liderazgo benigno— en los pronunciamientos que explicaban el buen sentido de los arreglos que habían hecho para sí mismos en la Sociedad de Naciones. En el acreditado tratado sobre derecho internacional compuesto por dos de los pilares más eminentes de la jurisprudencia liberal de la época, Lassa Oppenheim y Hersch Lauterpacht, se explicaba que «las grandes potencias son los líderes de la Familia de las Naciones y todo avance en el pasado del derecho internacional ha sido el resultado de su hegemonía política», que ahora había recibido, por primera vez, en el Consejo de la Sociedad de Naciones, «un fundamento y

expresión jurídica»¹⁵⁷. Tal autoridad colectiva, más allá del reproche de cualquier egoísmo nacional particular, era afortunadamente bastante vaga. Las potencias angloamericanas rechazaron cualquier trato especial para sí mismas. Cordell Hull declaró sin rubor que la Doctrina Monroe «no contiene en su interior el menor vestigio de implicación, y mucho menos de asunción, de la hegemonía por parte de Estados Unidos», mientras que Anthony Eden garantizaba al mundo que la Carta del Atlántico «excluye cualquier idea de hegemonía o liderazgo de zona en el Este o el Oeste»¹⁵⁸. Habiendo cumplido su propósito de frenar las pretensiones de Alemania, el término podía ahora descansar.

III

La ideología de la Entente codificada en el Pacto de la Sociedad de Naciones iba a tener una larga vida póstuma, como atestiguan las concepciones contemporáneas de la «comunidad internacional», pero no salió indemne del período. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, apareció el trabajo que se demostraría como momento fundador, aunque en general fríamente recibido, de lo que se iba a convertir en la disciplina, hasta entonces desconocida, de las relaciones internacionales. Su autor, E. H. Carr, había servido como joven ayudante en la delegación británica en Versalles, como diplomático en Riga en los años veinte y en la Sección de la Sociedad de Naciones del Ministerio de Relaciones Exteriores [Foreign Office] en los años treinta. Toda esa experiencia lo había inmunizado contra las ideas recibidas del liberalismo original de la Belle Époque. En *The Twenty Years' Crisis* demolió la ilusión de que había una armonía natural de intereses en la política internacional, así como el moralismo autoengañoso de las potencias del *statu quo* que había prevalecido en 1918. Con un repertorio intelectual en ese campo inigualable desde entonces, que abarcaba con el mismo rigor la economía, el derecho, la filosofía y la política, y habiendo aprendido en casa las principales lenguas de Europa, Carr ofrecía una visión alternativa de la época y de las cuestiones perennes de las relaciones interestatales.

El punto de partida para entenderlas radica en las tradiciones del pensamiento realista que comenzó con Maquiavelo y se desarrolló a través de

Hobbes, Spinoza, Hegel, Marx, Lenin, Russell, hasta la geopolítica de Kjellén y las construcciones de clase de Lukács¹⁵⁹. Su logro fue centrarse en el poder, que debía ser comprendido siempre en su triple dimensión: militar, económica e ideológica. A través de esa óptica realista las instituciones internacionales y las retóricas de la época debían ser, no desdeñadas, sino lúcidamente vistas. El derecho internacional era costumbre, no legislación. El juego de las fuerzas políticas precedía a toda ley y solo se respetaría si existía un aparato político para cambiarlo, así como los tratados solo eran válidos en la práctica *rebus sic stantibus*; un caso sobresaliente al respecto era la *tartufferie* del alboroto británico por la violación alemana de la neutralidad belga, que habría sido serenamente contemplada si la hubiera llevado a cabo un aliado y no un adversario¹⁶⁰. La moralidad internacional no era una ilusión total, pero, en las versiones angloamericanas, era poco más que una manera conveniente de combatir a los críticos del *statu quo*. Si existía algo así como una comunidad internacional, era porque la gente creía en ella, pero, dada su desigualdad estructural, carecía inevitablemente de unidad o coherencia genuina. El realismo prohibía la idealización de cualquiera de estos aderezos del orden instaurado en Versalles. No tenían respuesta para el problema central de la política internacional, que era cómo lograr cambios en su orden sin recurrir a la guerra.

Eso no significaba que el realismo fuera una respuesta suficiente. No solo carecía de atractivo emocional, sino de algo aún más importante: de un sentido de la pasión utópica por la justicia inherente a la naturaleza humana, incapaz de reconciliarse con la idea que podría resarcirla. A la larga, la gente siempre se rebela contra el poder desnudo. Las desigualdades entre los Estados no se pueden abolir de la noche a la mañana. Cualquier moral internacional debe basarse en una hegemonía de poder, aunque «esa hegemonía, como la supremacía de una clase dominante dentro de un país, sea un desafío hacia quienes no la comparten», y tendría —como a nivel interno— que hacerles concesiones¹⁶¹. Cualquier ascendencia futura tendría que ser «generalmente aceptada como tolerante y no opresiva o, en cualquier caso, preferible a cualquier alternativa factible». A este respecto, «la hegemonía del mundo británica o estadounidense, más que la alemana o la japonesa», podría reivindicar estilos de dominio basados más en el consentimiento y menos en la coerción, aunque «cualquier superioridad moral que pueda presagiar es principalmente el producto de un disfrute largo y seguro de poder superior», porque «el poder llega lejos en la creación de la moralidad que le conviene, y la

coerción es una forma fructífera de consentimiento»¹⁶². Si Europa era más proclive a aceptar una Pax Americana que una Pax Anglo-Saxónica conjunta, ni en Washington ni en Londres había ninguna señal de una voluntad de sacrificar los privilegios de riqueza y poder que no eran menos necesarios en el contexto internacional que en el plano nacional, aunque —al carecer de los elementos de sentimiento común dentro de este— eran más difíciles de considerar.

CAPÍTULO IV

Posguerra

Después de 1945, *The Twenty Years' Crisis* cayó en el oprobio por su aprobación del acuerdo de Múnich, y Carr fue pronto desterrado del *establishment* británico, donde había redactado editoriales para el *Times* durante la guerra, como poco fiable con respecto a Rusia; siguió siendo un marginado durante el resto de su vida⁶³¹. Por otro lado, con la derrota del nazismo, la concepción que Triepel había tratado de disipar como abuso polémico de la Entente regresó a Alemania cuando los aliados victoriosos dejaron de hablar de ella. Dos historiadores recogieron su herencia: el primero, Ludwig Dehio, de una acomodada familia académica de Prusia oriental, era un veterano condecorado en la Primera Guerra Mundial, que había trabajado como archivero en la República de Weimar y luego bajo el Tercer Reich, durante el cual, estigmatizado por su origen —un abuelo judío había sido un distinguido filólogo clásico—, no pudo publicar. Después de la guerra su mentor Friedrich Meinecke lo convirtió en director de *Historische Zeitschrift*, la principal revista de la profesión, cuando resucitó en 1948. Aquel mismo año publicó la obra que le hizo famoso: *Gleichgewicht oder Hegemonie*.

Dehio iniciaba su libro haciéndolo derivar directamente de los escritos de Ranke sobre las grandes potencias europeas, cuya diversidad había presentado este como fuente del vigor de su historia y de la creatividad de su cultura aunque, con respecto a ese legado, Dehio sostenía que padecía dos limitaciones. Ranke se sentía cómodo principalmente con los Estados continentales del Viejo Mundo, sin prestar demasiada atención a la importancia de la expansión en ultramar de Europa para las luchas entre ellos, y también asumía con optimismo que el trastorno de la Revolución había sido superado por los despertares nacionales que había producido como reacción y su acomodación al mundo diversificado y estabilizado nacido del Congreso de Viena y sus consecuencias.

Lo que Ranke minusvaloraba era la escena global en la que se habían decidido cada vez más las contiendas intraeuropeas y el dinamismo homogeneizador de la civilización socioeconómica y tecnológica desencadenada en la época de la Revolución francesa, intrínsecamente hostil a las culturas diferenciadas que él había valorado tanto. Dehio iba a intentar remediar esas deficiencias^[64].

Desde el Renacimiento, el *leitmotiv* de la historia política de Europa habían sido los sucesivos intentos de los principales Estados en cada periodo de destruir el equilibrio de poder que preservaba la diversidad del continente, logrando una hegemonía en él. Los soberanos Habsburgo Carlos V y Felipe II, seguidos por Luis XIV y Napoleón, habían encarnado cada uno en su momento ese impulso, desde su posición en la masa continental central de Europa occidental. Afortunadamente en cada caso esas ambiciones habían sido frustradas por la fuerza opuesta de las potencias situadas en los bordes del continente —la Turquía otomana en la época de los dos gobernantes Habsburgo, los Países Bajos e Inglaterra en la de Felipe II y Luis XIV, Inglaterra y Rusia en la de Napoleón—. Después de 1815, la paz se había mantenido en Europa por el acuerdo de las potencias reunidas en Viena, pero, ya desde entonces, la escena mundial de la política internacional, que ya no era un simple trasfondo para el proscenio europeo, sino la arena donde Gran Bretaña se había adueñado de un vasto imperio en ultramar, se iba a ir haciendo cada vez mayor, mientras que, al mismo tiempo, la Revolución Industrial incrementaba abrumadoramente el nivel de fuerzas niveladoras de una civilización mecánica. El canciller Bismarck, con victorias obtenidas en guerras cortas y limitadas con Austria y Francia, hizo de la Alemania recientemente unificada la potencia líder en el continente. Pero, moviéndose con prudencia y moderación, se abstuvo de cualquier intento de hegemonía, actuando como mediador y equilibrador en Europa.

Sus sucesores, en cambio, al desafiar la supremacía británica en alta mar, arrojaron por la borda la cautela, empujando a Alemania —sin percibir siquiera plenamente lo que estaban haciendo— a un conflicto hegemónico en 1914, en el que, de nuevo, la potencia central cayó derrotada frente a las periféricas: esta vez no uno sino dos grandes Estados marítimos, al unirse Estados Unidos a Gran Bretaña para superarla. Finalmente, en la última guerra hegemónica, lanzada ahora por Alemania con un ímpetu total y desenfrenado, Hitler arrasó todo el continente desde los Pirineos hasta el Bug, antes de ser vencido él también por una coalición de potencias periféricas: Inglaterra y América desde el mar y Rusia desde tierra. La ceguera alemana frente a la importancia de la fuerza marítima y

lo que significaba, no solo militar, sino también política y culturalmente, se repitió en las dos guerras mundiales^[65]. Pero el Tercer Reich no era una mera repetición del Segundo; las masas desorientadas, galvanizadas por un líder demoníaco, producto del incesante avance de una civilización mecanizada, habían desatado una catástrofe que, arruinando Alemania, Francia y Inglaterra por igual, había puesto fin a la historia independiente de Europa. El continente estaba ahora dividido y el mundo partido entre el poder estadounidense y el ruso. Tal vez aquello no era sino el preludio de una unificación final y sin remordimientos del planeta^[66].

La narración de Dehio, cargada con un brío literario de alta intensidad y muchas observaciones sorprendentes, dejaba, no obstante, su tema central extrañamente indeterminado. ¿Cuál era exactamente la hegemonía por la que los Estados habían combatido repetidamente entre sí? Dehio no se aventuró en ningún momento a ofrecer una definición. En general figura en su narración como la participación en un concurso, más que como la posesión de un propietario; ni siquiera hace uso del término «hegemón». De hecho, lo que viene a significar en su tratado es simplemente una potencia mayor que cualquier otra y, por lo tanto, una amenaza para todas las demás. Pero Ranke ya tenía para eso abundantes términos: *Übergewicht*, *Supremat*, *Übermacht*, *Vorwalten*, a los que la *Hegemonie* de Dehio no añadía nada específico: era un sinónimo que no funcionaba. Ni siquiera como antónimo en su título era algo más, ya que su *Gleichgewicht* [«equilibrio»] no era más que una presencia conceptual intermitente, pocas veces mencionada y nunca explorada, ya que su lugar es ocupado por algo diferente: el *Gegengewicht* de la intervención de las potencias periféricas; no el equilibrio, sino el contrapeso, que no es lo mismo. La indefinición de la hegemonía, sin embargo, no producía una mera redundancia, sin efecto en la narración; tenía una visible consecuencia, que servía a su propósito político, pero debilitaba su fuerza histórica. ¿Cómo se podía describir al salvador amante de la libertad de su cuento? ¿Había sido Inglaterra en algún momento una potencia hegemónica? De no ser así, ¿de qué otro modo se podía definir el lema «Rule Britannia»? En el mar, observaba Dehio —mucho antes de que Inglaterra adquiriera su imperio en la India, ante el que acabaría maravillándose—, la hegemonía se podía extender menos notoriamente que en tierra. Pero había pocas razones para entretenerse en eso; lo principal era que las potencias marítimas quedaban preservadas por su propia naturaleza de las tentaciones de la hegemonía en Europa. Cierto es que la vigilancia de Inglaterra

para prevenir tales ambiciones por parte de las potencias continentales no era en sí misma un fin, sino un medio para asegurar su influencia en los océanos más allá de Europa^[67]. Pero eso era algo en torno a lo que se podía andar de puntillas: era simplemente un *Übergewicht* especial, no una hegemonía como la de todos los demás.

II

Dos años después de que se publicara el libro de Dehio, apareció una respuesta para las dos preguntas que él había eludido, aunque fuera del marco de su construcción. Rudolf Stadelmann, hijo de un pastor rural suabo, era una generación más joven, prolífico escritor desde muy joven, que se había ocupado, al principio, de la historia intelectual medieval tardía y moderna. Atraído por las ideas nazis cuando era estudiante en Friburgo, trabajó brevemente como secretario de prensa de Heidegger en 1933 cuando este ocupaba el cargo de rector de la universidad y, a pesar de las diferencias entre ellos, siguieron manteniendo relaciones amistosas durante los años treinta mientras proseguía su carrera académica, ajustándose en sus artículos y conferencias a los requisitos del régimen. En 1936 se incorporó a la organización ecuestre [Reiter-Standarte] de las SA, una forma reconocida de evitar la adhesión formal al NSDAP manteniendo buenas relaciones con las autoridades; pero, en 1938, fue investigado por expresar críticas a la política exterior de Hitler después de Múnich y se le impidió ocupar una cátedra en Tubinga. Aun sin enrolarse en la Wehrmacht, trabajó para ella realizando *kriegswichtige Forschungsarbeiten*, por ejemplo, valoraciones de los archivos incautados en el París ocupado, tras lo que fue aceptado como profesor ordinario en Tubinga y se convirtió en decano de la universidad en 1945-1946^[68]. Aunque su origen, su temperamento y su recorrido eran prácticamente opuestos a los de Dehio, ambos eran políticamente conservadores e intelectualmente influidos por el pesimismo de Burckhardt. Después de hacerse cargo de la *Historische Zeitschrift*, Dehio publicó en el primer número de su reaparición un largo ensayo de Stadelmann sobre el gran historiador de Basilea.

Pocos meses después murió Stadelmann, quien todavía no había cumplido cincuenta años. Al año siguiente apareció póstumamente un breve ensayo suyo,

Hegemonie und Gleichgewicht^[69], en el que no hacía ninguna referencia a Dehio, pero que solo podía ser una respuesta a *Gleichgewicht oder Hegemonie*, marcando el contraste con la sustitución de la conjunción disyuntiva por la copulativa. Tomando el Tratado de Westfalia —ni siquiera mencionada por Dehio— como la cristalización de un sistema estatal moderno, basado en principios de soberanía y cálculos de equilibrio desconocidos para la cristiandad medieval, Stadelmann sostenía que, durante unos doscientos años, de 1740 a 1940, Europa había estado esencialmente regulada, en y mediante sus sucesivos conflictos, por la pentarquía de potencias que se reunieron en Viena en 1815: Rusia, Austria, Prusia, Francia e Inglaterra. En los orígenes de ese orden internacional estaba la Paz de Utrecht, que puso fin a la Guerra de Sucesión en España, cuando la habilidad política de Bolingbroke inauguró el papel decisivo de Inglaterra en él como «suave y discreto conductor del equilibrio en Europa». Después de contrarrestar la amenaza de un arrogante Napoleón, ese equilibrio sobrevivió a la victoria de Prusia sobre Austria y Francia, cuando el propio ministro de la Guerra prusiano, Von Roon, pensaba que estaba completamente perdido, preguntándose «si la espada de Prusia no es hoy el cetro de Europa», porque Bismarck había entendido su secreto, conocido por Richelieu, Bolingbroke, el joven Pitt y Salisbury antes que él: que «la hegemonía y el equilibrio no son principios excluyentes, sino que más bien se complementan como el lado convexo y el cóncavo de un mismo recipiente»^[70].

El equilibrio solo era posible cuando una potencia cautelosa y respetada, no solo temida, lo custodiaba, observando, controlando y dirigiendo la dinámica de sus partes. La hegemonía era el nombre de ese equilibrio vigilado. La distancia de ese papel correctivo benigno a una dominación opresiva, un poder universal y finalmente un imperio era muy escasa, pero Bismarck nunca la traspasó seriamente y, si bien su tacto no era tan leve como el de los anteriores equilibradores británicos, eso no se debía al peso de las corazas prusianas, sino a la carencia de una inmunidad semejante a la que proporcionaba a estos últimos su carácter insular y su poderosa flota y a la vulnerabilidad de su situación en el engranaje de la máquina internacional que debía gestionar. Desde 1870 hasta 1890 su política exterior fue una versión continental de la tradicional contención y desinteresada mediación británicas, sin buscar ventajas adicionales para Alemania, sino manteniendo los imperios ruso y británico a la vez separados y en paz, como una cúpula global bajo la que Europa podía disfrutar de una relativa tranquilidad, que trató de preservar con todo tipo de puntales y

contrafuertes. Eran, como dijo una vez, como dos perros enfurecidos que saltarían el uno contra el otro si él no los hubiera sujetado con una correa.

Pero Francia seguía siendo una brecha en el sistema de Bismarck, sin acabar de aceptar la pérdida de Alsacia, y sospechosa de su aliento, como amortiguador contra Inglaterra, de su expansión colonial. Cuando, después de su muerte en 1898, y contrariamente a sus intenciones, la Triple Alianza [Dreibund] amenazó con convertirse en un instrumento de la dominación alemana, Francia y Rusia se unieron a pesar de la gran diferencia de sus sistemas políticos, y la pentarquía se fue al garete, dividiéndose Europa en dos campos fuertemente armados cuya rivalidad no podía sino acabar en una confrontación fatal. Con el desastroso ejemplo de la Gran Guerra y el posterior fracaso de la Sociedad de Naciones ante ellos, los estadistas británicos habían buscado desde 1935 evitar una nueva división de Europa en bloques, volviendo a tomar el liderazgo de Europa una vez más con su estilo prudente y conciliador, buscando, con el espíritu de Salisbury, integrar Alemania en lo que debería ser ahora —habiendo quedado Rusia excluida de Europa—, una tetarquía de potencias bajo la égida británica: Inglaterra, Francia, Alemania e Italia se unieron de inmediato contra el bolchevismo y la intervención estadounidense en el continente. El apaciguamiento de Chamberlain era la única manera de restaurar esa custodia benigna, apenas perceptible, de un equilibrio europeo bajo el que el Viejo Mundo había conocido sus mejores días. Pero Hitler, bajo la influencia de Von Ribbentrop, se embarcó en la locura de una expansión ilimitada hacia el Este con la seguridad de provocar a Inglaterra, soñando quizá incluso con la posibilidad de un repentino Pearl Harbor alemán contra los puertos británicos^[71].

Con esto desapareció la última oportunidad para salvar la autonomía de Europa. El resultado solo podía ser el fin común de Alemania como gran potencia y de Gran Bretaña como potencia hegemónica en el subsiguiente cataclismo. En la *Nachneuzeit* posterior, el ministro francés de Asuntos Exteriores Robert Schuman trató de preparar el camino para una federación europea mediante un entendimiento entre Francia y Alemania. Pero, como en el pasado, la estabilidad solo podría alcanzarse si había un hegemón para dirigirla. Ahora solo podría ser Estados Unidos, que podría desempeñar algún día el papel de Gran Bretaña en su Commonwealth entre 1926 y 1937, cuando la relación de los dominios con su madre patria se amoldaba a la imagen de una hegemonía tranquila sobre ellos. Las naciones de Europa estaban todavía lejos de aceptar tal posición ya que, por razones obvias, ninguna de ellas estaba dispuesta a

reconocer el liderazgo cultural estadounidense. Pero la férrea lógica de un universo bipolar que enfrentaba el mundo occidental con el asiático, el cristiano con el bolchevique, no podía eludirse. «Europa se convertirá en una Tierra-de-Nadie, a menos que pueda organizar Euroamérica^[72]».

Intelectualmente, la construcción de la hegemonía por Stadelmann y su atribución de la misma —sobre todo— a Inglaterra representaba un punto de vista diametralmente opuesto al de Dehio, quien, sin embargo, no tardó en adherirse a él. En *Hegemonie und Gleichgewicht* había buenas ideas, admitió, aunque Stadelmann no había captado la diferencia fundamental entre las potencias terrestres y las marítimas, la naturaleza agresiva de las primeras y la defensiva de las segundas: Inglaterra no era equiparable a España ni a Francia, y el impulso hegemónico de esta última se confundía con la resistencia frente a él por la primera. Menos comparable aún era la posición de Estados Unidos, protegiendo a Europa de la amenaza de Rusia, con la de las anteriores potencias líderes del continente^[73].

Políticamente, en cambio, las conclusiones que Dehio sacaba de su narrativa histórica coincidían hasta tal punto con argumentos y frases de Stadelmann que es difícil no pensar que le devolvió la disidencia silenciosa con una apropiación silenciosa. Escribiendo en el verano de 1954 en *Der Monat*, la revista del Congreso para la Libertad Cultural, retrotrajo la idea de Euroamérica —«una gran cúpula que alberga a todo el mundo libre incluyendo a Europa»— a la época de Versalles, cuando los estadistas británicos y estadounidenses habían considerado «un nuevo tipo de hegemonía más relajado» que debían ejercer las potencias anglosajonas sobre el continente, allanando el camino para una «fusión pacífica de las fuerzas de todo el Occidente atlántico libre», capaz de afrontar «tanto los problemas causados por los comunistas como los creados por los pueblos de color». Pero no iba a ser así. Una vez que Estados Unidos declinó unirse a la Sociedad de Naciones, esta quedó paralizada y «Euroamérica se disolvió en sus partes constitutivas». Los contemporáneos quedaban advertidos de que no debían caer por segunda vez en el mismo error^[74].

Históricamente, la división de Europa después de la guerra fue un desastre. Pero eso, como dejó claro Dehio en un epílogo escrito en 1960 a la edición estadounidense de su libro, no significaba que los dos nuevos colosos fueran de algún modo equivalentes. La cultura insular de Inglaterra, rodeada por el mar y gobernando sobre él, siempre había albergado un «espíritu humano libre y flexible», respetuoso de la ley y la libertad que se habían extendido a la América

nacida de ella. Estados Unidos, acercándose casi sonámbulo al poder global, era ahora consciente de su misión de curar el sufrimiento del mundo e inaugurar un orden internacional de democracia pacífica. Contra él se alzaba la oscura fuerza de una inhumanidad totalitaria en Rusia, donde el sueño de Hitler se había hecho realidad. Allí, ya en el siglo XVIII, el despotismo de Pedro había mostrado las ominosas consecuencias de una civilización mecánica apoderándose de una sociedad, un contramundo bárbaro en los márgenes de Europa, amenazándola — como ya había observado Burckhardt —, de un modo muy parecido al de Macedonia, contra las libertades de Grecia. Bajo un comunismo infinitamente más peligroso, Rusia tenía ahora la mitad de Europa en sus garras. Solo Estados Unidos podía restañar la inundación roja^[75].

Pero, aunque los dos hombres compartían la apreciación de la necesidad de tal Euroamérica, bajo la perspectiva de Dehio había una metafísica que lo inclinaba a un pesimismo mayor que el que Stadelmann había enunciado nunca aunque, si hubiera sobrevivido, podría haber hecho las mismas deducciones de Burckhardt y su mentor Schopenhauer. Dehio temía que, en gran parte del mundo, Estados Unidos no estaba haciendo bien su trabajo de contención, ya que la subversión comunista seguía aumentando y desbordando sus diques hacia los países excoloniales. En Europa, ciertamente, «donde un equipo de estadistas convencidos está dispuesto a revolucionar el sistema estatal existente, para evitar cualquier revolución social», Estados Unidos promovía una nueva federación de Estados, «una integración europea inserta en una federación atlántica». Eso era esencial, pero la sociedad acomodada que había surgido en Europa en los años cincuenta albergaba sus propios peligros. Allí hay un lujo de masas atrofiante; un materialismo insaciable y un pacifismo anticuado debilitaban las defensas de Occidente, que necesitaba, como nunca, «acostumbrar sus ojos a la *ultima ratio regum*» de la fuerza para resistir al enemigo.

Sin embargo, existían también motivos más profundos para dudar. Lo que había impulsado las luchas por la hegemonía en Europa y su ruinoso resultado era la «voluntad de vivir» elemental que Schopenhauer había señalado como origen de muchos de los males de la humanidad, finalmente llevada al frenesí por la arremetida de la civilización moderna. Ya en la Alemania guillermina había barrido las lecciones de la historia: «La voluntad de vivir es más fuerte que el intelecto. Es el Amo que no tolera ninguna advertencia inconveniente del siervo perspicaz. Todo lo que el siervo puede hacer cuando golpea el desastre es

recoger los pedazos»^[76]. En la Alemania nazi, la misma fuerza había obrado con efectos aún más diabólicos^[77]. En la posguerra la marcha de una civilización desprovista de espíritu hacia la unificación del mundo no se había detenido y no lo iba a hacer, «a menos que ocurriera un milagro y la gente sufriera en todas partes un cambio simultáneo de corazón y abandonara el camino de la civilización y las luchas por el poder, a las que se lanza ebria por el demonio implacable de la voluntad de vivir, pese a todos los estremecimientos que la sacuden»^[78]. En sus párrafos finales de *Gleichgewicht oder Hegemonie*, Dehio daba rienda suelta a su pesimismo schopenhaueriano. El panorama histórico era sombrío, y sería deshonesto negar un profundo sentido de impotencia. Burckhardt era la mejor guía para esos tiempos postreros, en los que la esperanza para la humanidad no estaba en las predicciones arrogantes de las ciencias, sino en la alimentación individual de las raíces de la cultura y la vida personal, con un ánimo de edificación y arrepentimiento.

CAPÍTULO V

Guerra Fría

El mensaje político de la obra de Dehio, con su ilimitada admiración por las potencias anglosajonas, fue muy bien recibido en el mundo anglófono. Pero su metafísica —sin duda también exageradamente retórica— conllevaba una nota demasiado teutónica para aquellos paladares. Lo que se convirtió en moneda corriente, olvidando a menudo su origen, fue principalmente su noción de las potencias periféricas. Poco más se recordaba, y menos aún lo que se suponía que debían contrastar. La hegemonía seguía siendo tan ajena a los oídos anglosajones que desapareció del título de su libro, traducido al inglés como *The Precarious Balance: Four Centuries of the European Power Struggle*, y que en el texto aparecía simplemente como «liderazgo» o «predominio» prácticamente siempre, al parecer con la anuencia del propio Dehio.

Sería otro alemán, en los mismos años de posguerra, quien moldeó el pensamiento sobre las relaciones internacionales en Estados Unidos. Hans Morgenthau, formado como jurista en la República de Weimar, llegó allí como exiliado en 1937, con una formación en la que predominaban tres influencias críticas: Nietzsche, cuya doctrina de la voluntad de poder lo cautivó tempranamente; Schmitt, cuyo concepto de lo político había tratado de refinar, y Kelsen, quien había asegurado su estatus académico. Al igual que Carr, estaba radicalmente en desacuerdo con el idealismo moralizante de las ortodoxias de entreguerras en Occidente, y su primer libro publicado en América, *Scientific Man and Power Politics [Hombre científico versus hombre político]* (1946), supuso un terremoto contra el predominio del legalismo, el moralismo y el sentimentalismo en el pensamiento sobre las relaciones internacionales. Eran productos de un decadente liberalismo de clase media que amparaba las fuerzas del nacionalismo que lo iban a destruir. Detrás de tales ilusiones wilsonianas se escondía un racionalismo científicista ciego a la voluntad de poder que era la

esencia de la política y motor de la lucha entre los Estados, como un universal antropológico: «Todo hombre es objeto de dominación política y, al mismo tiempo, aspira a ejercerla sobre los demás»^[79]. El ansia de poder era omnipresente, como lo era el mal. Entonces, ¿cómo se podían reconciliar la política y la ética? «Conocer con desánimo que el acto político es inevitablemente malvado, y aun así actuar, es coraje moral». Tales eran las «trágicas contradicciones de la existencia humana»^[80].

En Estados Unidos ese tipo de expresión ampulosa era típico de la época (su amigo Reinhold Niebuhr había creado la moda), Pero el mensaje subyacente de Morgenthau era una afrenta para el país. Para poder alcanzar la posición en el firmamento americano que anhelaba, no podía tratar de ese modo las creencias básicas de Estados Unidos. Dos años después, en los albores de la Guerra Fría, ajustó su enfoque. *Politics among Nations* le dio fama, convirtiéndose en un libro de texto enormemente exitoso, con múltiples ediciones. En él reiteraba que la política seguía siendo, en primer lugar y sobre todo, una lucha por el poder entre naciones-Estados contendientes, arraigada en el invariable *animus dominandi* de la naturaleza humana. En el pasado —antes de la llegada de la democracia de masas—, los mecanismos tradicionales de equilibrio de poder, los códigos internacionales de moralidad, derecho y opinión pública, habían sido frenos en la lógica de un *bellum omnium contra omnes*. Pero, a mediados del siglo XX, solo había dos superpotencias, Estados Unidos y la URSS, ambos equipados con armas nucleares y portadores de un tipo más peligroso de nacionalismo popular —mesiánico y universalista— que el de 1914. En una época que ya había experimentado la guerra total, ¿cómo se podía asegurar la paz? Las esperanzas de desarme y seguridad colectiva o las Naciones Unidas eran poco creíbles. El gobierno mundial era la respuesta lógica, pero, para que se diera, era condición previa la creación de una comunidad internacional capaz de superar las lealtades nacionales, algo que no parecía fácil de alcanzar. La mejor vía hacia ella residía en un renacimiento de la diplomacia en el espíritu de los grandes estadistas —Disraeli o Bismarck— de una época anterior, para lograr un acomodo entre las potencias rivales de un mundo bipolar.

Las incoherencias de esta construcción eran claras. ¿Cómo podría el predominio de dos nacionalismos antagónicamente mesiánicos facilitar la constitución de un gobierno mundial? ¿Qué esperanza había de un retorno a la diplomacia de una época aristocrática, basada en una cultura de solidaridad entre

las elites de toda Europa, en la era de la irrupción de las masas en la política tal como la presentaba Morgenthau? ¿Por qué debería irse apagando el impulso humano transhistórico por la dominación transformándose en concordia cosmopolita? La aporía de *Politics among Nations* era, en parte, producto de la incompatibilidad de las fuentes que la sustentaban —Nietzsche al principio, Schmitt en el centro y Kelsen al final—, aunque también de la preocupación de Morgenthau por ocultarlas: las dos primeras por tratarse de dinamita política, la tercera por ser demasiado gravosa^[81]. El único pensador alemán que podía reclamar públicamente como mentor era Weber, pero Morgenthau no solo era lego en materia económica, que no tenía cabida en su perspectiva teórica, sino también en sociología. La infraestructura conceptual de su obra era una psicología bastante burda. Era la ética weberiana de la responsabilidad, en la que se ennoblecían las decisiones del estadista, lo único que le importaba.

¿Dónde se insertaban en todo esto los conceptos políticos más tradicionales? De acuerdo con su marco psicologicista, Morgenthau definía el imperialismo un tanto excéntricamente como cualquier «política diseñada para alterar el *statu quo*». Eso podía tomar tres formas, apuntando a la dominación global, a «un imperio o hegemonía de dimensiones aproximadamente continentales» o a una preponderancia más localizada^[82]. Las potencias mantenedoras del *statu quo* podían, a su vez, reaccionar ante las políticas imperialistas haciéndose ellas también imperialistas, como había sucedido en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial o, de hecho, en el propio Versalles, donde una política imperialista creó un nuevo *statu quo* alimentando, a su vez, a un nuevo desafío imperialista. Pero esas turbulencias eran cosa del pasado. En las nuevas condiciones tras la Segunda Guerra Mundial, «el imperialismo surgido de las relaciones entre naciones fuertes y débiles» era menos probable^[83]. Estados Unidos podría haber impuesto su hegemonía a América Latina, pero se había abstenido de hacerlo, contentándose con establecer un predominio localizado.

Todo esto todavía estaba muy por debajo de las expectativas del momento. ¿Podría Estados Unidos ponerse a la par con la URSS como encarnación de una voluntad universal de poder? Tres años después, en *In Defense of the National Interest*, rectificó su objetivo. De hecho no había, tranquilizaba Morgenthau ahora a sus lectores, ninguna equivalencia entre las dos superpotencias. Una política exterior realista debía ajustar cuentas con el imperialismo ruso, una amenaza más letal para Estados Unidos que el propio nazismo^[84]. En la batalla

contra él había que apartar todas las distorsiones de la voluntad y las abdicaciones del liderazgo a las que la democracia era tan propensa y llevar a cabo una evaluación fría de los deberes ante la nación. Sin descartar la negociación cuando y donde fuera factible, esto requería que Estados Unidos se mantuviera firme como guardián militar de Europa y librara una guerra ideológica efectiva en Asia. Para entonces, Morgenthau ya tenía acceso a los estrategias que diseñaban la política exterior de la Administración Truman, conversando con Acheson y ofreciendo asesoramiento al Departamento de Estado y al Pentágono. La llegada de Eisenhower a la Casa Blanca, sin embargo, resultó una decepción. Mortificado por no haber sido llamado como esperaba para negociar la instalación de bases estadounidenses en la España de Franco, se encrespó bruscamente contra la Administración republicana, denunciando su incapacidad para sostener la Revolución húngara, para apoyar la expedición de Suez contra Egipto y para impedir que Moscú obtuviera una superioridad en armas estratégicas sobre Estados Unidos. Si el país no podía planificar la victoria en una guerra nuclear limitada en Europa, ¿no estaba en vías de rendirse al enemigo?^[85]

La elección de Kennedy disipó estos temores. Morgenthau anunció la llegada de la nueva Administración demócrata con una consumación de su nacionalización intelectual. En *The Purpose of American Politics* (1960), la voluntad universal de poder se había desvanecido. En su lugar, Morgenthau celebraba «la igualdad en libertad» como la vocación permanente de Estados Unidos, una sociedad no solo radicalmente diferente sino superior a todas las demás, cuyo propósito llevaba «un significado que trasciende los límites de América y se dirige a todas las naciones del mundo»; sus intervenciones militares en América Central y el Caribe trataban de crear también allí las condiciones para la igualdad en libertad. Estados Unidos siempre había sido antiimperialista; pero, en su combate contra la expansión soviética, el antiimperialismo se había convertido ahora en un aspecto central de su política exterior^[86].

¿Vietnam? Diêm era un autócrata, pero no tenía sentido hacerle remilgos a sus métodos. Una vez que el descontento popular con él creció demasiado, sin embargo, tenía que irse, porque «ciertamente Estados Unidos podría, si quisiera, encontrar a un general que tomara las riendas del gobierno» en Saigón^[87]. Dicho y hecho: en cuestión de meses la Administración Kennedy propició el asesinato de Diêm y su sustitución por una sucesión de generales, a cual más inepto. Pero,

tres semanas después, Kennedy corrió la misma suerte, y Morgenthau —que mantenía buenas relaciones con Camelot— se opuso a la ampliación de la intervención en Vietnam decidida por Johnson, no porque fuera imperialista ya que, en su opinión, se trataba únicamente de una «política de prestigio», la variante más suave de los propósitos de poder que había formulado en los años treinta, sino porque se trataba de un grave error, que enfrentaba a Estados Unidos contra la revolución anticolonial en lugar de apartarla del imperialismo soviético, por lo que Morgenthau se sintió llamado a presentar objeciones por razones tanto de prudencia como morales. Pero eso no significaba que su resolución estratégica se hubiera debilitado: en 1967 lo emocionó la campaña de Blitzkrieg de Israel en Oriente Medio^[88] y, cuando se decidió a proponer un nuevo curso para Estados Unidos en 1969, decidió que su «interés más elemental» era la preservación de su posición única como «poder hegemónico sin rival» en el hemisferio occidental^[89]. La hegemonía, ahora igualada con el imperio después de haberla desautorizado al principio, se convirtió al fin en una piedra de toque esencial de la nación.

II

Como contrapunto a Morgenthau, se produjo un intento de teorización sistemática de la naturaleza de las relaciones internacionales por parte de otro europeo durante una estancia en Harvard. En la desmesurada *Paix et Guerre entre les nations* (1962) de Raymond Aron se pretendía combinar epistemología, sociología, historia, moralidad y estrategia en un solo tratado que hiciera época. Siendo una obra mucho más sofisticada que *Politics among Nations*, también concluía con unas reglas de conducta para la Guerra Fría. Históricamente podían distinguirse tres tipos de paz: equilibrio, hegemonía o imperio. En el primero, la fuerza de los Estados estaba en equilibrio; en la segunda, un Estado dominaba a todos los demás; en el tercero, un Estado superaba a todos los demás, hasta el punto de absorberlos^[90]. Sin embargo, ninguno de esos tres modelos se aplicaba a la Guerra Fría. Se definían por sus distribuciones de poder, mientras que la confrontación entre Occidente y la Unión Soviética se caracterizaba mejor como una paz por el terror ya que, en la era nuclear, cada superpotencia podía propinar un golpe mortal a la otra, lo que daba lugar a una situación límite de impotencia

mutua. Eso no significaba, en modo alguno, que las dos fuerzas en conflicto fueran equivalentes ni que el único futuro seguro residiera en una acomodación entre ellas.

Tomando a Morgenthau como blanco en ambos aspectos, Aron lo acusaba de reproducir un amoralismo que se remontaba a Treitschke, tratando la política exterior de todos los Estados como básicamente idéntica, lo que borraba la gran diferencia moral y política entre las democracias de Occidente y el totalitarismo del Este. La diplomacia no podía separarse de la ideología: las potencias comunistas ciertamente no las separaban, y Occidente tampoco debía hacerlo. Además, en la lucha contra el totalitarismo, la prudencia no debía confundirse con moderación o compromiso en cualquier circunstancia. El objetivo de las democracias en la Guerra Fría no podía ser solo evitar el desastre termonuclear; debía ser la victoria sobre el adversario¹⁹¹. La defensa e ilustración de Occidente no requería menos.

Entre los muchos dones de Aron no estaba —algo típico en su formación— una lectura cuidadosa de los textos¹⁹². Cuando publicó *Paix et guerre entre les nations*, Morgenthau llevaba ya cierto tiempo en su mismo terreno. En el dúo entre los dos, fue Aron quien iba a repetir inadvertidamente en los años setenta algunos de los recelos de Morgenthau en los cincuenta. En un repaso de la historia de la política exterior estadounidense desde la guerra, *République imperial* (1973), trató de disipar los malentendidos a los que podía dar lugar su título matizando su adjetivo y distinguiéndolo de concepciones aparentemente cercanas. Al hablar de «Imperio», pretendía señalar «la capacidad más o menos irresistible de un Estado para imponer su voluntad si era necesario»; mientras que «imperialista» era un término peyorativo, «imperial» apuntaba a otra cosa: debía asociarse con la gloria más que con la fuerza. La República estadounidense no se había convertido en un imperio, y su política exterior no se podía llamar en general imperialista. La «hegemonía», en cambio, era una descripción legítima de su papel político en Europa, cuyas democracias protegió de la invasión por parte de la Unión Soviética. En la Alianza Atlántica, «Estados Unidos ejercía una hegemonía en sentido estricto, aunque los propios estadounidenses la llamaran “liderazgo”»¹⁹³.

En el Caribe, en cambio, la política exterior estadounidense había sido abiertamente imperialista, pero esto era una excepción. En otros lugares su diplomacia podía calificarse ciertamente de imperial, en el sentido de que intervenía en todo el mundo, aun sin construir un imperio, pero eso era más o

menos cierto de cualquier gran potencia en el sentido tradicional del siglo XIX. Todos los sistemas interestatales de la historia habían sido jerárquicos y, si la influencia de las grandes potencias sobre los asuntos internos y la conducta exterior de los países más pequeños debía llamarse imperialismo, entonces, como el *bon sens* de Descartes, nunca había sido tan ampliamente compartida como entonces. Quedaba, sin embargo, una pregunta concreta: ¿cuál era la relación entre el poder militar de Estados Unidos y la expansión capitalista? «¿Estaba defendiendo Estados Unidos un mundo libre o un mundo abierto a una economía libre?»¹⁹⁴. Era difícil responder categóricamente, ya que los dos objetivos tendían a fusionarse. Estados Unidos no siempre había protegido a los países con instituciones liberales y, a veces, había apoyado dictaduras como barreras frente al comunismo. También era plausible que, en ausencia de la supremacía militar estadounidense, otros países no habrían aceptado el privilegio del dólar en el sistema monetario internacional, prestando a Washington el dinero necesario para vigilar al mundo. Pero, en una perspectiva general, el fin último de la diplomacia estadounidense era simplemente contener la propagación del comunismo, mientras que la presencia de las tropas estadounidenses creaba el clima moral y político en el que las economías de Europa occidental y Japón habían florecido durante medio siglo¹⁹⁵.

¿Iba todo bien, por tanto, en el mundo libre? Lamentablemente había razones para preocuparse. En el prefacio de la edición estadounidense de su libro, que apareció a principios de 1974, Aron declaró: «Siento que, por una vez, puedo hablar francamente y afirmar que es en Richard Nixon y Henry Kissinger donde un europeo pone su esperanza de una política exterior gobernada por la razón». Pero también podía albergar algunos temores, tanto para ellos como sobre ellos. Aunque «pocas personas sensatas, me parece, acusarían al propio presidente de ser consciente u ordenar la irrupción y el registro en la sede del Partido Demócrata», el Watergate estaba minando la capacidad de la Casa Blanca para llevar a cabo una enérgica política exterior. También era inquietante la «extraña y absurda definición [de Nixon] de una paz ideal» basada en una noción confusa de un equilibrio parejo de poderes en un mundo multipolar. Era notable su insistencia en las palabras «moderación» y «autocontrol» en un informe al Congreso, que aparecían con más frecuencia que otros términos¹⁹⁶. La prudencia era una virtud aristotélica, sin duda; pero ¿no se estaba volviendo la diplomacia estadounidense «negativamente ideológica», limitándose a impedir que más

partidos marxistas-leninistas llegaran al poder? Aron recordaba a sus lectores que, en otro momento, había escrito que, en el siglo XX, «la fuerza de una gran potencia disminuye si deja de servir a una gran idea». ¿No estaba la *détente* en peligro de perder eso de vista? El estado de ánimo popular e intelectual en Estados Unidos después de la visita de Nixon a China y la liquidación de la Guerra de Vietnam mostraban signos inquietantes de neoaislacionismo. Estados Unidos no podía permitirse ninguna hosquedad en su campo, y «el titular debe poner constantemente su título en juego»¹⁹⁷.

Con esta agónica nota final, la súplica de Aron para que Estados Unidos mantuviera su papel en el mundo, no muy diferente de la anterior de Morgenthau, corría el riesgo de desvelar sus definiciones. La hegemonía de Estados Unidos era el liderazgo en la Guerra Fría, no el mando. Pero su finalidad debía ser la victoria. Atrás quedaba la reflexión ofrecida en *Paix et Guerre* de que, «dado que la historia ofrece pocos ejemplos de Estados que no abusen de su fuerza, un Estado al que la victoria de la hegemonía será considerado un agresor, cualesquiera que sean las intenciones de quienes lo gobiernan»¹⁹⁸, juicio del que el siglo por venir iba a suministrar abundantes ilustraciones.

Morgenthau y Aron escribían durante el momento más álgido de la Guerra Fría. Siendo casi de la misma edad, con solo un año de diferencia, ambos eran europeos que podían recordar la Primera Guerra Mundial y se habían formado en el mundo de Versalles. La hegemonía pertenecía a un vocabulario heredado y afloraba en distintos puntos de sus textos sin demasiado énfasis: ni omisible ni central, en construcciones enfocadas hacia un orden internacional bipolar muy alejado del sistema interestatal de la Belle Époque o de Locarno y dedicadas a la batalla de la libertad contra el totalitarismo. Sus parámetros se podían ajustar a los propósitos locales en una argumentación cuyo propósito general se hallaba en otra parte.

Por el momento no eran frecuentes usos más estricto y enfoques más directos, excepto quizá en el estudio del mundo antiguo. Poco antes de que apareciera *République impériale*, un solitario politólogo estadounidense, Charles Doran, publicó una obra aún más premonitoria de los problemas del siglo siguiente, titulada *The Politics of Assimilation: Hegemony and Its Aftermath*, donde se analizaba la respuesta a los sucesivos intentos hegemónicos en Europa —habsburgo, borbón, napoleónico— y no solo cómo habían sido desmantelados —por subyugación, negociación y mantenimiento del orden en Westfalia,

Utrecht y Viena, respectivamente—, sino el resultado de esos compromisos y resoluciones. El imperio y la hegemonía eran conceptos inseparables; la distinción entre ellos residía en el tipo de control que ejercían sobre los sometidos a ellos: formal y menos formal, directo e indirecto, etc. La hegemonía no era nunca pacífica. La fuerza armada era su principal instrumento y la expansión militar, su camino natural. La «asimilación» de un hegemon — primero su derrota y luego su absorción en un orden pacificado— requería una fuerza armada superior, además de la habilidad política y, de entre los vencedores, podría surgir un nuevo hegemon futuro que causaría mayor destrucción en el orden así creado¹⁹⁹. Ninguno de los principales pensadores estratégicos de la época consideró esa coda a su obra.

CAPÍTULO VI

Americana

El nuevo periodo iniciado en 1973, poco después de que Aron terminara su texto sobre la república imperial, alteró esas coordenadas. El fin de Bretton Woods, la derrota en Vietnam y el embargo petrolífero, por no hablar de la agitación política interna, llevaron a un repentino cambio de *Gestalt*, que hizo por primera vez de la hegemonía un tema central del debate teórico y político en Estados Unidos. El catalizador del cambio, involuntario e indeseado por su autor, fue la aparición de una obra de historia económica, *World in Depression 1929-1939*, en la que Charles Kindleberger explicaba que la razón fundamental de la prolongada depresión de los años treinta residía más en la incapacidad a la que había llegado Gran Bretaña, y la falta de voluntad de la que todavía carecía Estados Unidos, para asumir la responsabilidad de proporcionar a la economía internacional los medios necesarios para estabilizarla en una crisis —un mercado para los bienes en apuros, un flujo continuo de capital y un mecanismo para asegurar liquidez en momentos de emergencia—. Se trataba de bienes públicos, explicaba Kindleberger, que beneficiaban a todos aunque entrañaran cierta carga para el Estado que los suministraba. Eso significaba liderazgo. La Gran Bretaña victoriana lo había proporcionado, y Estados Unidos aprendió a hacerlo después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora, sin embargo —escribía en 1973, después de que el dólar hubiera sido desconectado del oro por Nixon—, el liderazgo estadounidense estaba desapareciendo. Kindleberger no se extendía sobre esa opinión, brevemente evocada tan solo en las dos últimas páginas de su libro, pero la coyuntura trabajó para ampliarla.

Tres años antes Stanley Hoffmann, nacido en Austria y educado en Francia, el amigo más cercano de Aron en América, había publicado un artículo en la revista *International Organization* en el que observaba que la política mundial estaba siendo cada vez más penetrada por la sociedad transnacional, cuyas

instituciones y agentes —las corporaciones multinacionales eran un caso evidente— tenían sus propias reglas, que los Estados debían respetar a sus expensas. El resultado fue multiplicar el número de tableros —ya no limitados a la diplomacia y la guerra, sino que incluían el comercio, las finanzas, la ayuda, la investigación espacial, la cultura...— sobre los que se jugaba ahora la competencia entre los Estados. Era un desarrollo esperanzador, ya que esos tableros no implicaban el uso de la fuerza y, por eso, reducían la probabilidad de un conflicto declarado entre Estados, aumentando los incentivos para que cooperaran o negociaran en su lugar¹⁰⁰. Poco tiempo después dos alumnos de Hoffmann produjeron un número especial de la misma revista dedicado a «Transnational Relations and World Politics». Anunciando que trataban de «cuestionar los supuestos básicos que subyacen bajo el análisis de las relaciones internacionales», sus editores Robert Keohane y Joseph Nye argumentaban que el estudio de la política mundial necesitaba salir del paradigma estatocéntrico ejemplificado por Morgenthau y Aron, y dirigir su atención a la evolución de las organizaciones no gubernamentales y sus relaciones¹⁰¹. Una comprensión sensible de estos era esencial para la paz, la democracia, el bienestar y la justicia.

Desde esa perspectiva conciliadora sonó de repente una nota discordante. En el mismo número de la revista Robert Gilpin presentaba un artículo («The Politics of Transnational Economic Relations», pp. 398-419) en el que argumentaba que las actividades de las corporaciones multinacionales no parecían significativamente independientes de los Estados en los que funcionaban ni que la creciente interdependencia de las economías nacionales significara que el papel de los gobiernos en la vida económica estuviera disminuyendo sino más bien al revés. Para ilustrar el caso, en su libro *US Power and the Multinational Corporation* (1975), Gilpin se refería extensamente a la hegemonía británica y estadounidense. Keohane y Nye, por su parte, volviendo a la carga con *Power and Interdependence. World Politics in Transition* (1977), se propusieron mostrar que tal noción era engañosa o irrelevante para la evolución de las normas de «interdependencia compleja» en áreas tales como los océanos y el dinero habían evolucionado, donde habían emergido «regímenes internacionales» que no eran producto de ningún poder dominante. Poco después Keohane amplió el objetivo apuntando a lo que llamaba «teoría de la estabilidad hegemónica», la noción de que un fuerte sistema económico internacional requiere un poder hegemónico que le dé coherencia y resiliencia, apuntando con sus críticas, sobre todo, a Kindleberger y Gilpin. La experiencia demostraba, por

el contrario, que la hegemonía no era una condición necesaria ni suficiente para un orden económico estable, cuyas alteraciones no podían relacionarse fácilmente con los cambios en el poder político^[102]. Cuatro años después Keohane ofreció su explicación alternativa completa en *After Hegemony*. Si Estados Unidos había poseído en la posguerra la capacidad para establecer las reglas esenciales de las relaciones interestatales en asuntos de comercio, finanzas y petróleo, esa ascendencia se desvaneció desde mediados de los sesenta, cuando el peso relativo de su economía declinó con el ascenso de Europa occidental y Japón. Todavía no se produjeron graves perturbaciones en un mundo donde las relaciones internacionales ya no eran una lucha de suma cero por el predominio sino, esencialmente, un sistema de intercambios económicos de suma positiva, en el que los Estados negociaban entre sí los aranceles y las regulaciones para llegar a acuerdos mutuamente ventajosos, manteniendo regímenes internacionales pacíficos y consensuados en los que ningún Estado podía dominar a los demás. Estados Unidos era ahora solo un socio, aunque grande, en un nuevo orden multilateral basado en el ajuste recíproco y la cooperación racional.

Kindleberger no disponía de nada parecido. Para Keohane, el papel desempeñado por Estados Unidos después de la guerra satisfacía la definición de la hegemonía, pero ya no era necesaria. Para Kindleberger, era justo al revés; el término era inaceptable, pero la función era indispensable. La hegemonía era «una palabra que me hace sentir incómodo debido a sus matices de fuerza, amenaza, presión». Lo que se necesitaba era liderazgo, no hegemonía, y «creo que es posible liderar sin forzar, actuar responsablemente sin empujar ni maltratar a otros países»^[103]. La creencia de Keohane de que los bienes públicos internacionales podían producirse sin un poder fuerte, sin que un «hegemón» proporcionara tal liderazgo, era una ilusión, y en su libro se había visto obligado a recurrir a un verdadero cúmulo de cláusulas de seguridad para decirlo de otra manera. «Soy un realista en lo que se refiere a los regímenes»^[104], declaró aunque, cuando se trataba de describirlos, se inclinaba por los eufemismos.

La hegemonía, tal como se incorporó finalmente a la ciencia política estadounidense, adquirió así —a diferencia de cualquier versión previa— un campo de significado esencialmente económico, el menos susceptible de afectar a la sensibilidad liberal nativa. Comercio, moneda, mercancías, eran los dominios donde, en la teoría de la estabilidad, la hegemonía era, o bien operativa, o bien ausente: transacciones no forzadas, tal como había señalado Hoffman, aunque él mismo no podía seguir a sus pupilos hasta la meseta iluminada por el sol de la interdependencia compleja. Aron también se detuvo a mitad de camino: la diplomacia y la guerra no podían dejarse de lado, pero tampoco podrían considerarse analíticamente tan decisivas como en el pasado. Los clásicos habían creído que la aspiración al poder en condiciones de inseguridad generalizada era el imperativo primordial para todos los Estados. Los modernos sostenían que los objetivos de crecimiento económico y de bienestar interno lo habían desplazado. Hoffmann vacilaba entre los dos. El resultado fue un híbrido intelectual. La Guerra Fría no se podía describir simplemente como un conflicto entre las dos superpotencias, porque el sistema económico de la posguerra «no era un orden bipolar, sino hegemónico», en el que la posición de Estados Unidos se podía comparar con la de Gran Bretaña un siglo antes, cuyo dominio no era puramente explotador, basado en la preponderancia material, sino que daba a otras naciones razones para formar parte del sistema. Ese orden estaba efectivamente extinguiéndose, pero todavía no lo había sustituido el régimen armonioso de la interdependencia. Todavía obstruía su camino mucho neomercantilismo. El desarrollo económico, e incluso la cooperación donde existía, no estaba pacificando el mundo. La guerra nuclear podía parecer remota, pero la seguridad militar seguía siendo la preocupación última de todos los Estados, en un momento en el que los países pobres mostraban menos prevenciones que los ricos a proceder a armarse.

En aquella situación tan peligrosa, se necesitaba un «orden mundial que moderara la violencia y las perturbaciones económicas» y cuya fórmula debía ser, pues, la de «moderación incrementada». La hegemonía estadounidense había pasado y Estados Unidos debía comportarse con ese espíritu, lo que requería una nueva elite en la política exterior. Pero el país no podía renunciar a sus responsabilidades. Hoffmann tituló su libro *Primacy or World Order*, pero su mensaje subyacente era que, si adoptaba el rumbo correcto, Estados Unidos podría tener ambos. El «liderazgo sin hegemonía» era el camino correcto^[105]. En su réplica a la preferencia de Kindleberger por uno y el *pudeur* hacia la otra,

como en el conjunto de la construcción de Hoffmann, la hegemonía había sufrido un deslizamiento de significado. Confinada en un primer momento a las relaciones económicas dentro de la comunidad atlántica, había vuelto tácitamente al dominio general en la totalidad del mundo, sin resolución conceptual. El término débil «primacía», ni motivado ni realmente empleado en el libro en sí, era el símbolo de una evasión.

Tres años después Gilpin, cuyo *War and Change in World Politics* había roto tan limpiamente con la tradición como había hecho Carr —su principal inspirador— en Gran Bretaña a finales de los años treinta, elevó el debate estadounidense a otro plano. Unificaba las formas de poder militar, económico y cultural en un análisis de la hegemonía concebida dinámicamente en un sistema internacional regido por un crecimiento diferencial en el poder de los Estados que lo componen. En periodos de equilibrio, el poder y el prestigio de los Estados dominantes aseguraban la sumisión a ellos de los menores —el prestigio, como había escrito Carr, era el equivalente a la autoridad en la política interna y, como tal, la moneda corriente en las relaciones internacionales, haciendo innecesario el recurso a la violencia—. Los periodos de paz y estabilidad eran aquellos en los que el orden jerárquico era claro e indiscutible. Surgían crisis estructurales cuando había una disyunción entre la jerarquía de prestigio, la división del territorio, la posición económica, las reglas legales o informales del sistema —reflejando los intereses del Estado o Estados dominantes— y las transformaciones subyacentes en la distribución del poder, con la aparición de un rival o rivales cada vez más fuertes. Tales crisis eran resueltas habitualmente en las guerras hegemónicas por el control del sistema, y las sucesivas hegemonías constituyeron el principio rector fundamental de las relaciones internacionales. Como señaló Gilpin, esta había sido la opinión de Lenin y Trotski: desarrollo desigual y combinado como detonante para las explosiones entre las grandes potencias. «Una teoría del cambio político internacional debe ser necesariamente también una teoría del imperialismo y de la integración política^[106]».

Los Estados modernos no trataban de maximizar el poder ni el bienestar social (del cual dependía la estabilidad interna), como sugería la antítesis de Hoffmann, sino de optimizar sus diferentes objetivos, como en un conjunto de curvas de indiferencia. El crecimiento económico era condición para la fuerza militar y la satisfacción popular, requisitos para cualquier hegemón. Pero la hegemonía acababa cobrándose su peaje. Normalmente, los costes de protección

aumentaban a medida que el control imperial se ampliaba. La riqueza acumulada llevaba a un aumento de la proporción del consumo en la renta nacional y a una caída en la de la inversión. La difusión de habilidades económicas, tecnológicas y organizativas socavaban la ventaja competitiva del hegemón; los países incorporados más recientemente a la competencia disfrutaban de costes más bajos, beneficios crecientes y las ventajas del atraso. Por último, pero no menos importante, se hizo habitual la satisfacción ciega y la creencia en el derecho natural al dominio. En Estados Unidos había signos de todos esos síntomas de la decadencia. Los costes de gobernar el sistema aumentaron en relación con su capacidad económica para mantener el *statu quo* internacional vigente.

Eso no significaba que otra guerra hegemónica fuera inevitable. Las armas nucleares, la interdependencia económica, los problemas ecológicos globales habían alterado el cálculo del conflicto y la cooperación, pero eso no significaba que las guerras hubieran desaparecido, que los Estados fueran menos egoístas o los niveles de vida más iguales. El problema central de las relaciones internacionales, como había escrito Carr, era cómo lograr un cambio pacífico en un orden establecido dirigido por quienes lo habían creado y se beneficiaban de él. La dinámica del crecimiento diferenciado regía nuestra estabilidad, por muy relativa que esta pudiera parecer en el mundo bipolar de la Guerra Fría. El estancamiento económico prolongado podía amenazar a la URSS tanto como, e incluso más, que a Estados Unidos. El desarrollo desigual afectaba igualmente al comunismo. ¿Estaba China a la espera de su oportunidad?

Keohane y sus colegas seguían imperturbables. Al año siguiente, después de un cónclave productivo en Palm Springs, la Organización Internacional celebró una década de investigación sobre «Regímenes Internacionales» con otro número especial. Esta vez hubo también una sola voz discordante. Desde Londres, Susan Strange observó que la noción de regímenes internacionales era una moda académica pasajera de origen estadounidense que había surgido como respuesta a las percepciones del declive estadounidense entre los problemas del Watergate y los percances de Carter, y luego la llegada de Reagan, cuando, como respuesta al giro nacionalista de la Casa Blanca, los liberales se preguntaban cómo «se podría minimizar el daño» mediante el reacondicionamiento de los «mecanismos (regímenes) de gestión multilateral». Su preocupación estaba fuera de lugar. Los verdaderos Estados Unidos no estaban en decadencia, pero

preferían no ver su nuevo aspecto: un imperio global alcanzado mediante una combinación de pactos militares y mercados abiertos.

Esta forma especial de imperialismo no territorial es algo que a muchos académicos estadounidenses, educados como liberales e internacionalistas, les resulta difícil de reconocer. La hegemonía estadounidense, aunque sea tan poco territorial como la de Gran Bretaña sobre la India en los días de John Company o sobre Egipto después de 1886, sigue siendo una forma de imperialismo. El hecho de que ese imperio no territorial se extienda hoy día más ampliamente y sea aún más tolerante con las pretensiones de los pequeños principados que lo era Gran Bretaña en la era de los marajás significa simplemente que es mayor y más seguro y no se ve apenas afectado por trastornos o retrocesos temporales¹⁰⁷.

Las instituciones internacionales eran, ante todo, instrumentos estratégicos de la voluntad estadounidense, aunque también fueran útiles para los objetivos aliados y simbolizaran los anhelos de un mundo mejor al que los gobiernos rendían homenajes y agasajos. Estados Unidos, como su rival, siguió intensificando su acumulación de armas y su intervención militar en las zonas bajo su control. El dólar siguió dominando las finanzas internacionales y la desregulación de los mercados fue obra, no de agentes privados, sino del Estado americano. Los recientes cambios seguían dejando «a Estados Unidos como hegemón indiscutible del sistema».

Una década después Estados Unidos había ganado la Guerra Fría. Los temores al declive se desvanecieron, y los ansiosos términos de la década de los setenta dejaron de utilizarse. Nye, el socio de Keohane más ambicioso políticamente que él, se había incorporado al puesto de asesor en el Consejo de Seguridad Nacional bajo Carter, y ahora, en vísperas de la llegada al poder del gobierno de Clinton, en el que desempeñaría el cargo de secretario adjunto en el Pentágono, pudo escribir su epitafio. *Bound to Lead* (1991) era un manifiesto para la nueva época. La hegemonía era un concepto incómodo y confuso, que debía ser proscrito. Estados Unidos nunca había sido un hegemón, ni mucho menos un imperio. La *Pax Americana*, como antes de ella la *Pax Britannica*, era un mito histórico. Lo que Estados Unidos ejercía era un «poder blando», que tendía a incorporar más que a obligar, y que era tan importante como el poder duro de mando.

Si un Estado puede legitimar su poder a ojos de los demás, encontrará menor resistencia a sus deseos. Si su cultura e ideología son atractivas, otros tenderán a asumirlas con mejor disposición. Si puede establecer normas internacionales que sean coherentes con su sociedad, será menos probable que tenga que cambiarlas. Si puede contribuir a mantener instituciones de apoyo que

alienten a otros Estados a canalizar o limitar sus actividades tal como prefiere el Estado dominante, puede no tener que recurrir a costosos ejercicios de coacción o poder duro¹⁰⁸].

Felizmente, junto con sus otros medios más firmes para hacer cumplir su voluntad, ningún país del mundo se había visto tan bendecido con medios de poder blando como Estados Unidos. Ricamente dotado de ambos, estaba equipado de manera única para afrontar los retos de la interdependencia transnacional. Los estadounidenses necesitaban superar su complacencia y parroquialismo. Ante ellos tenían una responsabilidad que solo ellos podían asumir, el liderazgo de un mundo que tanto lo necesitaba.

CAPÍTULO VII

Fundido a negro

Los debates estadounidenses de la década de los setenta sobre la estabilidad hegemónica y la teoría del régimen se desarrollaron en un *vase close*, sin tener en cuenta lo que ya entonces era una difusión mundial del legado de Gramsci¹⁰⁹. En Italia este había descrito un arco fundamentalmente determinado por la evolución política del PCI que él había dirigido en otro tiempo. Sus cuadernos de notas, trasladados tras su muerte por Tatiana Schucht a Moscú, fueron devueltos a Italia por Togliatti, quien lo había sucedido como líder del partido y pudo ver el enorme activo intelectual que contenían. Sacar provecho de él, sin embargo, conllevaba dos dificultades. En la cárcel Gramsci había expresado sus opiniones sobre otros dirigentes de la generación de Lenin —Luxemburgo, Trotski o Bordiga—, cuyos nombres eran todavía tabú en el movimiento comunista estalinizado del periodo de la Guerra Fría. También estaba el problema de que Gramsci, pocos días antes de su detención en 1926, había discrepado de la represión de Stalin contra la oposición de izquierda en Rusia en una carta dirigida a Togliatti en Moscú y, como otros comunistas encarcelados con él explicaron posteriormente a la dirección del partido en el exilio, rechazaba la línea sectaria de la Comintern en los primeros años de la década de los treinta. Estas incómodas realidades tenían que ser ocultadas en una época en la que los líderes del partido decían a los militantes que no podían entender correctamente a Gramsci sin la ayuda de Stalin y Zhdánov. La primera publicación de sus cuadernos, que se produjo entre 1948 y 1951, fue, en consecuencia, una versión expurgada. Correctamente presentada como patrimonio de todos los italianos, la riqueza de sus exploraciones de la historia social, política y cultural del país, y la nobleza de sus cartas desde la cárcel (una versión mucho más expurgada aún de las cuales había aparecido antes), ganó para el PCI un prestigio excepcional, atrayendo a muchos de los mejores

intelectuales de la época y dándole una posición nacional que ningún otro partido comunista occidental disfrutó nunca.

El prestigio era una cosa, pero el uso intencional era otra. El pensamiento de Gramsci, aunque expuesto en notas discontinuas, apuntaba, en una medida diferente a la de cualquier marxista anterior, a una síntesis unitaria de historia y estrategia, que cubría a la vez el legado del pasado precapitalista, la pauta del presente capitalista y el objetivo de un futuro socialista para su país. Para el PCI, lo que importaba eran las implicaciones estratégicas que podían extraerse de lo que había dejado. Togliatti había regresado a Italia en 1944 declarando que la tarea antifascista del partido era construir la democracia, no el socialismo, y buscó una coalición con la Democracia Cristiana —confirmando el Pacto de Letrán con el Vaticano— para hacerlo. Expulsado del gobierno por la DC en 1947 y fuertemente derrotado en las urnas en 1948, durante la Guerra Fría el PCI no prestó gran atención al lugar de la hegemonía en el pensamiento de Gramsci. El partido prosiguió su camino moderado en Italia, manteniendo la fe en la Unión Soviética en el extranjero y su ortodoxia doctrinal. Cuando llegó la crisis con la Revolución húngara en 1956, Antonio Giolitti, el disidente más distinguido del partido, basó su razonado abandono de él en la originalidad de la concepción gramsciana de la hegemonía, argumentando que señalaba una vía hacia el poder en Occidente libre de violencia, basada en la fuerza productiva de la clase obrera y en las instituciones democráticas de un Estado parlamentario. «El concepto de hegemonía del proletariado no es un sinónimo o una variante del concepto de dictadura del proletariado»^[110]. Como respuesta, el lugarteniente y sucesor de Togliatti Luigi Longo le dijo firmemente que no se podía contraponer la hegemonía a la dictadura del proletariado, sino que eran objetivos complementarios^[111].

En los años sesenta esa postura se había hecho insostenible. El XXII Congreso del PCUS, yendo más allá que el XX en la destalinización, debilitó las obligaciones con Moscú. En Italia el PSI, que también había sido un partido de masas después de la guerra, dio por finalizada su alianza con el PCI, entrando en el gobierno con la DC, mientras que, no mucho después, una nueva generación de trabajadores, estudiantes e intelectuales estallaron en una rebelión social a la izquierda del partido. Ambos ofrecieron sus propias interpretaciones de Gramsci, en desacuerdo con lo que hasta entonces había sido su canonización por el PCI. En aquellas nuevas condiciones, el partido llegó a invertir su situación,

decidiendo que Gramsci no había sido, después de todo, leninista. La hegemonía de la clase obrera que él había considerado, según explicaban ahora sus teóricos, era un proceso democrático pacífico, fruto de un gradual auge cultural en la sociedad civil y de la consecución de una mayoría electoral en el Parlamento. El eurocomunismo, como podía llamarse ahora, sería un puntal del consenso, no lastrado por ningún toque de coerción. Con el objetivo de sobrepasar al Partido Socialista y de marginar a los variados grupos insurgentes a su izquierda, el partido anunció el objetivo de un «compromiso histórico» con la Democracia Cristiana para hacer avanzar la democracia italiana, prestando su apoyo a los gobiernos de Andreotti a mediados de los setenta.

El PCI no sacó nada en limpio de ese proyecto, aparte de una disminución constante de sus votos^[112]. Los intelectuales del PSI, conscientes de la intención puramente táctica del PCI, lanzaron un duro ataque contra su manipulación de la imagen de Gramsci, señalando sus convicciones leninistas inalteradas. Al cabo de una década, cada vez más reducido, el PCI se había desplazado una vez más, en esta ocasión —declaraban sus pensadores—, más allá de Gramsci, que ahora regresaba a su punto de partida después de haber dado la vuelta completa, con los signos invertidos, porque había que admitir que Gramsci había sido el producto de una cultura totalitaria que ya no tenía cabida en la política del PCI. Con la disolución del partido en febrero de 1991, su nombre desapareció como referencia oficial en sus formaciones sucesoras, cada una de ellas más leal al orden del capital que la anterior. Sobrevive una Fondazione Gramsci, cuyo director explica que la esperanza central de Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, una vez liberados del parloteo sobre el imperialismo, era que «la interdependencia de la economía mundial fuera restaurada bajo el impulso de Estados Unidos; en definitiva, todos los caminos conducen a Washington»^[113]. Para otro destacado colaborador de la Fundación, Gramsci había roto claramente con el comunismo y en prisión se convirtió en un demócrata liberal^[114].

Que ese pudiera ser el epílogo de la acogida de Gramsci en su país natal indica los usos que dio el PCI a sus ideas. Formalmente, la estrategia estaba al mando; pero sus concepciones fueron tan repetidamente instrumentalizadas al servicio de diversos objetivos que dejaron de ser estrategia para convertirse en ideología, adornos maleables de cualquier línea que el partido adoptara en cada periodo. En torno a la fama de Gramsci se construyó un gran partido de masas, lo que constituyó una hazaña digna de mención, y se desarrolló una enorme

cantidad de literatura en torno a lo que él había escrito en la cárcel; a finales de la década de los ochenta eran ya unos cuatro mil títulos. Pero, al final, el partido tenía poco que argüir para justificar sus giros y vueltas, y toda esa literatura tenía más de comentario de textos que de aplicación creativa. La concepción estratégica de Gramsci dependía ciertamente de su noción de hegemonía, pero estaba inserta en una serie de conceptos interconectados: guerra de posiciones / guerra de maniobras, crisis orgánica, parlamentarismo, revolución pasiva, clases subalternas, taxonomía de los intelectuales y más cosas, que él ideó como herramientas heurísticas para una exploración de la sociedad italiana que cubría a los gobernantes y los gobernados, economía y clases, religión y filosofía, ciudad y campo, educación y literatura, folclore y arte. Su ejemplo no fue seguido. Gramsci comenzó con reflexiones sobre la hegemonía de Cavour y los moderados en el siglo XIX y tenía mucho que decir sobre el fordismo en el siglo XX. Durante todo ese tiempo el PCI no produjo ni una sola obra seria sobre la Democracia Cristiana ni un estudio sociológico de las transformaciones de la fuerza de trabajo y la industria italiana que lo tomaron por sorpresa en los años sesenta. La curiosidad empírica quedó arrumbada^[115].

Dado que el PCI nunca fue coextensivo con la izquierda italiana, en la que había otras corrientes significativas, algunas muy alejadas de él, el legado de Gramsci nunca pudo ser completamente monopolizado por el partido y en los años sesenta y setenta, junto con el rechazo generalizado como ideología de una formación comprometida, surgió una lectura alternativa centrada en el papel clave de los consejos de fábrica en sus tempranos textos para *Ordine Nuovo*, contraponiendo la idea de la autonomía de los trabajadores en estos a la exaltación del partido como «príncipe moderno» en los *Cuadernos*. Aunque a menudo su expresión era bastante inspirada, se trataba de una formación reactiva incapaz de desalojar la secuencia ondulante de las recensiones consagradas de los escritos de prisión. El resultado neto, cuando tanto el PCI como esas espinas clavadas en su costado acabaron desvaneciéndose, fue una esterilización del legado de Gramsci en su tierra natal.

Su empleo creativo, libre de restricciones institucionales, emigró al extranjero. Hay inevitablemente algo arbitrario en la ilustración del resultado; pero, entre los posibles candidatos, no cabe duda de cuatro principales usos — probablemente los cuatro principales — del pensamiento de Gramsci desde los años ochenta, considerados comparativamente. ¿Forman un patrón?

Sorprendentemente, sí en ciertos aspectos. Todos fueron obra de pensadores alejados de su patria. Todos surgieron dentro de la Anglosfera —Reino Unido, Estados Unidos, Australia— en el plazo de menos de una década, entre mediados de los ochenta y mediados de los noventa. Se trataba de construcciones muy individuales, pero cada una de ellas era también fruto de un proyecto común. Todas estaban centradas en el concepto gramsciano de hegemonía.

CAPÍTULO VIII

Secuelas

Gran Bretaña fue el primer caso en el que la importación de Gramsci produjo lo que su domesticación en Italia no había permitido: un análisis original sustantivo de la topografía social y política del país, estableciendo nuevos marcadores para una comprensión de lo que podría llegar a ser. En el Reino Unido la incorporación de Gramsci se remonta a principios de la década de los sesenta, cuando todavía era escasamente conocido fuera de Italia^[116]. Una década después, el punto de partida para la mayor influencia de sus textos vino con un ensayo de Raymond Williams en el que respaldaba y desarrollaba la concepción gramsciana de la hegemonía como un «sistema central de prácticas, significados y valores que saturan la conciencia de una sociedad a un nivel mucho más profundo que las nociones comunes de la ideología». Haciendo hincapié en que tal hegemonía siempre involucraba un complejo conjunto de estructuras que debían ser continuamente «renovadas, recreadas y defendidas», ajustándose activamente e incorporando donde fuera posible prácticas y significados alternativos, Williams distinguía dos tipos de culturas opositoras, atribuible cada una de ellas a una clase y capaces de escapar a tal incorporación: residual y emergente, es decir, arraigada en un pasado o en lo que podría ser un futuro. Había también otras prácticas y valores menos asignables que acostumbraban a eludir la captura hegemónica. Porque por definición, insistía Williams, la hegemonía era selectiva: «Ningún modo de producción y, por lo tanto, ninguna sociedad u orden dominante y, en consecuencia, ninguna cultura dominante agota en realidad la práctica, la energía y la intención humana»^[117].

Estos axiomas podían tomarse como apuntes para el logro de Stuart Hall, quien llegó de Jamaica para estudiar literatura inglesa en Oxford a principios de los años cincuenta. Fundador de *Universities and Left Review* en 1957 y director de esa revista en 1960, en 1964 se había incorporado al Centro de Estudios

Culturales Contemporáneos de Birmingham fundado y dirigido por Richard Hoggart, con quien colaboró durante una década sustituyéndolo en 1972. A partir de entonces comenzó a analizar los enormes cambios que se estaban produciendo en la política británica, con una precisión sorprendente, para predecir sus resultados en lo que sigue siendo el ejemplo más clarividente de un diagnóstico gramsciano de una sociedad determinada^[118]. Al cabo de un año de la formación en 1974 del gobierno laborista minoritario de Harold Wilson editó, junto a Tony Jefferson, una colección de artículos titulada *Resistance through Rituals* en los que se analizaban las subculturas de la juventud —principal, pero no exclusivamente— obrera, como un área recalcitrante dentro de una cultura dominante cuya hegemonía nunca fue establemente homeostática o totalmente absorbente, dando lugar, en el mejor de los casos, a un equilibrio móvil que debía ser continuamente reformulado para controlar las prácticas que discrepaban de él^[119]. Tres años más tarde otro trabajo colectivo, *Policing the Crisis*, se centraba en sucesivos pánicos morales —espectros amenazantes de la revuelta juvenil, la inmigración negra o la militancia sindical—, en un momento de aguda crisis económica y turbulencia social que desencadenaron una reacción de sello pequeñoburgués. La demanda creciente de disciplina social se reflejaba ya en el cambio de Heath a Thatcher en la oposición conservadora. El Partido Laborista, después de haber intentado al principio limitarse a «gestionar el disenso», ahora se movía con aquel estado de ánimo hacia una mayor represión, en un movimiento pendular hacia una situación en la que «la coerción se convierte en la forma natural y rutinaria para asegurar el consentimiento». Eso no significa que en Gran Bretaña se diera una violenta represión desde arriba al estilo chileno sino, más bien, que, aun permaneciendo intactas todas las formas de un Estado posliberal, una actitud gubernamental más dura podría confiar en «una poderosa corriente de legitimidad popular»^[120]. Lo que se vislumbraba en realidad era una poderosa corriente de populismo autoritario.

Un mes antes de que Thatcher llegara al poder en 1979, Hall advirtió que la socialdemocracia se había mostrado incapaz de dominar lo que se había convertido en una crisis orgánica del acomodo de posguerra, a la que el thatcherismo ofrecía ahora una potente respuesta. Entretejiendo las líneas contradictorias del neoliberalismo monetarista y del torismo organicista, trataba de construir un nuevo sentido común, tal como lo entendía Gramsci. Identificando la libertad con el mercado y el orden con la tradición moral, vinculaba las oportunidades del uno con los valores de la otra en un solo paquete

para el consumo popular. Se trataba de un proyecto hegemónico cuyos efectos ya se pudieron constatar en el «gran debate» sobre los fracasos de la escuela pública promovido por el primer ministro laborista Callaghan en 1976^[121].

Una vez que Thatcher formó su primer gobierno, Hall desarrolló estas ideas durante la década siguiente, previendo correctamente su segunda y tercera victoria electoral. La izquierda había sufrido una profunda derrota en Gran Bretaña, como en Italia en los años veinte: el arsenal de conceptos gramscianos estaba directamente relacionado con la experiencia local. Si bien es cierto que Thatcher nunca contó con una mayoría numérica del electorado, y que su mandato siempre fue cuestionado por gran parte de la población, había conseguido agrupar a toda una serie de agentes sociales, desde banqueros y profesionales hasta trabajadores cualificados, pasando por pequeños empresarios, que representaban un bloque histórico en ese sentido. Intuitivamente, el thatcherismo había comprendido que los intereses sociales son a menudo contradictorios, que las ideologías no tienen por qué ser coherentes y que las identidades rara vez son estables, y se había trabajado en esos tres terrenos para formar a nuevos sujetos populares que encarnaran su hegemonía. Esa hegemonía, tal como había expuesto Gramsci, tenía necesariamente un núcleo económico: la desregulación financiera y la privatización de los servicios públicos para la City, impuestos más bajos para la clase media, aumento de los salarios para los trabajadores cualificados y venta de viviendas municipales para las masas en general. Pero, englobando todo eso, estaba la versión de Thatcher de una «revolución pasiva» gramsciana: la promesa ideológica de una modernidad retrasada, en un país que no había conocido la segunda ronda de transformación capitalista que había revigorizado Alemania o Japón en la posguerra. La clave de su éxito radicaba en la paradoja de una «modernización regresiva»^[122].

Era un análisis convincente del régimen de Thatcher, se mire como se mire. Le faltaba ciertamente un marco internacional, mientras Reagan consolidaba su mandato —de base más amplia— en Estados Unidos y las recetas neoliberales se difundían por todo el mundo capitalista avanzado. Pero ninguna lectura política de una coyuntura es exhaustiva, y la de Hall tenía al menos un propósito: proponer la mejor forma de resistir y vencer al régimen conservador en Gran Bretaña. Para ello había que combatirlo en su propio terreno, argumentaba Hall, con la visión de otro tipo de modernidad, ofreciendo una emancipación del pasado más generosa y radical. Habría que combatir en todos los terrenos de la

sociedad civil, así como en el del Estado, y no cabía permitirse el lujo de caer en posturas de indiferencia o desdén hacia áreas y temas tradicionalmente considerados menos que políticos: género, raza, familia, sexualidad, educación, consumo, ocio, naturaleza, así como el trabajo, los salarios, los impuestos, la salud o las comunicaciones. Había que respetar el pequeño rincón del mercado donde un capitalismo artesanal ofrecía un ámbito de variedad y elección, y la izquierda no debía dejarse «apartar del paisaje de los placeres populares». Pero su objetivo debía ser igualar las ambiciones de su adversario: no reformar sino transformar la sociedad.

En Italia el partido de masas que heredó las ideas de Gramsci las esterilizó, produciendo poco análisis original de la sociedad que lo rodeaba y ninguna estrategia coherente para cambiarlo. En Gran Bretaña sucedió lo contrario: se produjo un análisis original y se propusieron elementos de una estrategia coherente con él, pero no había ningún vehículo para ponerlo en práctica. Las intervenciones de Hall fueron publicadas en la revista de un pequeño CPGB que siguió al PCI en el eurocomunismo y la autoextinción. Eso dejaba únicamente al Partido Laborista, donde la influencia de Hall era mucho menor. Criticando su estatismo estrecho de miras y su hostilidad instintiva a la participación democrática, por no hablar de las movilizaciones, aprobó sin embargo más o menos explícitamente, en nombre de una relativa modernización, la decisión de la dirección del partido de purgarlo de una izquierda considerada aún más atrasada y, aunque no sin recelos, otorgó inicialmente a Blair varios epítetos laudatorios¹²³ antes de concluir que el nuevo laborismo —cada segunda palabra favorita, «moderno»— era una decepción, que extendía más que desplazaba los parámetros generales del thatcherismo. El conocimiento mucho más profundo de la naturaleza del partido que se podía encontrar en la primera publicación sobre Gramsci en el Reino Unido, obra de Tom Nairn, le habría evitado aquella decepción¹²⁴.

Fue también Nairn quien vio el otro lado de la coyuntura que desencadenó el proyecto de Hall, que seguía siendo una ausencia permanente. Para Gramsci, escribiendo desde Italia, un componente crítico de toda hegemonía completa era la creación de una voluntad y una cultura «nacional-popular». En la propuesta de Hall, el momento popular borra, casi completamente, el nacional. Las tensiones que Thatcher estaba introduciendo en la unidad de Ukania, que habían comenzado ya a crispase cuando Nairn publicó *The Break-Up of Britain* (1977)

en los mismos años en que Hall desarrollaba su informe sobre la fractura del acomodo político de posguerra, apenas eran apreciadas. Tal vez había una razón para ello. Gran Bretaña, como explicaba Nairn, no era y nunca había sido una nación: era un reino combinado nacido en el periodo moderno temprano, que había sobrevivido más allá de su época como gran imperio. Pero lo que el thatcherismo proclamaba como una identidad todavía imperial —encarnada en los portaaviones británicos en los mares del Atlántico Sur— estaba empezando a convertirse en un *pis-aller* multicultural para los inmigrantes del imperio, menos impasibles que los ingleses, aunque inevitablemente subordinados a las valencias históricas de Gran Bretaña. No es de extrañar que un jamaicano consciente del destino, no solo de su propia isla, sino del Caribe en su conjunto, se apartara de ese nudo inextricable alrededor de la garganta de lo nacional, tal como lo concebía Gramsci^[125].

Así pues, la propia reafirmación de la posición de su nación en el mundo, como ejemplo británico para todos los pueblos al poner por encima de todo la libertad, que era la más orgullosa proclamación de Thatcher, acabaría siendo su ruina cuando la integración europea que había ayudado a acelerar se cerró a su alrededor como una trampa: un gobernante italiano más sutil la sometió de un modo que no tenía cabida en el relato de Hall sobre su dominio del poder. ¿Arrojaba ese resultado una luz retrospectiva sobre ciertas grietas en su construcción de la hegemonía bajo el thatcherismo? En cierta medida es innegable. La doble torsión a la que se veía sometida Ukania entre Bruselas y Edimburgo, tan evidente hoy, ya era visible entonces. Correlativamente, aunque ya había subrayado una tendencia a la coerción en los años setenta, los textos de Hall de la década de los ochenta minimizaban su papel en cuanto a asegurar el dominio de Thatcher en el país cuando, en realidad, las dos victorias decisivas que le dieron su supremacía, después de un comienzo incierto, fueron ambas ejercicios de violencia: el aplastamiento de la huelga de los mineros y la guerra colonial por las Malvinas. Ni una ni otra recibieron la atención debida. Cuando el nuevo laborismo llegó al poder, hubo un punto ciego similar. «The Great Moving Nowhere Show», con el que ironizaba sobre el régimen de Blair, andaba un tanto descaminado: pronto se iba a poner en movimiento, con las armas en mano, hacia Pristina, Helmand y Basora. A la inversa, en cuanto al consenso alcanzado por Thatcher, el acento caía demasiado insistentemente en la captura ideológica a expensas de los incentivos materiales, y los propios motivos ideológicos aparecían —nunca explícitamente, pero con precaución insuficiente

— demasiado fácilmente desconectables de cualquier anclaje social, como si pudieran flotar libremente en cualquier dirección política bajo la varita de un mago suficientemente hábil. Hall nunca habría dado este paso, pero dejó la puerta entreabierta para que se diera.

II

Una empresa paralela había dejado huellas en su enfoque. A finales de los años sesenta, dos décadas después de su llegada de Jamaica, desembarcó en Gran Bretaña un inmigrante argentino de una edad parecida a la suya, Ernesto Laclau, formado en Historia en Buenos Aires, que había sido militante del pequeño Partido Nacional de la Izquierda Independiente fundado por Jorge Abelardo Ramos, prácticamente el único pensador socialista de su generación en defender el apoyo a Perón desde el principio de su gobierno en 1946^[126]. Tras instalarse en Oxford, su primera publicación en inglés fue un análisis marxista clásico de la constelación social que había producido en Argentina la dictadura de Onganía y el gran levantamiento político del *Cordobazo* contra ella en mayo de 1969^[127]. Después de pasar de la historia a la teoría política para conseguir una cátedra en Essex, produjo una colección de cuatro ensayos, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, realizando un uso original, aunque siempre crítico, de los conceptos althusserianos, que tuvo un gran impacto en el pensamiento de Hall sobre el thatcherismo^[128].

En ese momento Laclau ya había empezado a trabajar con otra inmigrante, Chantal Mouffe, una belga formada en Filosofía que había estado enseñando en Colombia. Juntos publicaron en 1985 *Hegemony and Socialist Strategy*, llevando al posestructuralismo a oponerse osadamente a la tradición marxista, en sintonía política con lo que había sido el eurocomunismo pero ahora con una perspectiva teórica declaradamente posmarxista. Repasando la historia de la Segunda y la Tercera Internacional, concluyeron que ambas habían permanecido atrapadas en la ilusión de que las ideologías correspondían a las clases y el desarrollo histórico llevaba, por pura necesidad económica, al triunfo del socialismo. Lo que ninguna de las dos había podido resolver era la existencia, no solo de divisiones dentro de la clase obrera como portadora de esta supuesta necesidad en forma de sujeto revolucionario de la historia, sino también de clases no

capitalistas que no formaban parte de la clase obrera. Los problemas que estas planteaban solo habían encontrado respuestas incoherentes por parte de Plejánov y Labriola, Bernstein y Kautsky, Luxemburg y Trotski. Un primer paso, aunque todavía muy corto, más allá de esos fracasos, vino con la noción leninista de la hegemonía del proletariado, que implicaba una articulación de los objetivos proletarios con las demandas del campesinado; pero fue Gramsci quien dio el verdadero avance al profundizar en la concepción de Lenin en dos sentidos: transformar la idea de hegemonía, de una forma de liderazgo meramente político a otra moral e intelectual, y entender que el sujeto de una hegemonía no podía ser una clase socioeconómicamente preconstituida, sino que tenía que ser una voluntad colectiva políticamente construida, una fuerza capaz de sintetizar demandas heteróclitas que no tenían ninguna conexión necesaria entre sí y que podían tomar direcciones muy diferentes, en una unidad nacional-popular.

Esto, observaron Laclau y Mouffe, supuso un avance significativo. Pero Gramsci había mantenido la idea de que el proletariado era estructuralmente una «clase fundamental» y, al pensar que una «guerra de posiciones» consensuada podía combinarse con una «guerra de movimientos» coercitiva en Occidente, no había llegado a romper claramente con el bolchevismo. El camino que debía seguirse ahora era desechar todos los residuos del esencialismo de clase, así como cualquier idea de una guerra de movimientos. En lugar de intereses que daban lugar a ideologías, había que pensar en discursos que crean posiciones de sujetos, y el objetivo actual no debe ser el socialismo, sino una «democracia radical», de la que el socialismo —dado que el capitalismo genera relaciones de subordinación antidemocráticas— sigue siendo una dimensión particular, y no al revés^[129]. En la obra posterior de Laclau *On Populist Reason* [ed. cast.: *La razón populista*], la referencia al socialismo se desvanece en su totalidad y el populismo se hace cargo de la hegemonía como el significante más agudo y poderoso de la unificación intrínsecamente contingente de las demandas democráticas —que, aisladas, podrían igualmente entretrejerse en un discurso antidemocrático— en una voluntad colectiva. Unido por un conjunto común de símbolos y lazos afectivos a un líder, un pueblo insurgente puede entonces hacer frente a los poderes vigentes en su sociedad, atravesando la línea divisoria del antagonismo dicotómico entre los dos.

Este esquema formal, propuesto originalmente en tiempos de Thatcher y Reagan, anticipaba lo que iba a suceder en Europa treinta años después, cuando la desindustrialización había reducido y dividido a la clase obrera, dejando un

paisaje social mucho más fragmentado y una multiplicación de movimientos, de derecha y de izquierda, que impugnaban el orden establecido en nombre del pueblo, convirtiéndose así el «populismo» en la pesadilla de las elites en toda la UE^[130]. Si Hall había previsto el surgimiento del thatcherismo, no menos impresionante fue que Laclau y Mouffe supieran prever la reacción contra el neoliberalismo, consiguiendo además algo de lo que Hall no fue capaz; en concreto, la adopción de su visión por una fuerza política con apoyo masivo. En España, los líderes de Podemos —que también habían pasado algún tiempo en América Latina— basaron expresamente su estrategia en sus prescripciones para construir un populismo hegemónico^[131]. Se mire como se mire, no era un pequeño logro para un sistema teórico cuyos tecnicismos lo hacían a menudo difícil. Pero la eficacia política es una cosa y la contundencia intelectual otra. Las aporías del caso eran evidentes.

El giro lingüístico de la teoría, en consonancia con la moda de finales del siglo XX en general, propuso un idealismo discursivo que separaba los significados de cualquier conexión estable con sus referentes. Aquí el resultado fue separar tan completamente las ideas y demandas de los amarres socioeconómicos que en principio podrían ser adoptados por cualquier agencia para cualquier construcción política. De por sí, el rango de articulaciones no conoce límites. Todo es contingencia: la expropiación de los expropiadores podría convertirse en consigna de los banqueros, la secularización de las tierras de la iglesia en un objetivo del Vaticano, la destrucción de los gremios en ideal de los artesanos, los despidos masivos en reivindicación de la clase obrera, los cercamientos en objetivo de los campesinos. La propuesta se derrotó a sí misma. No solo se podía articular cualquier cosa en cualquier dirección, sino que todo se convertía en articulación. Primero la hegemonía, y luego el populismo, se presentaron como un tipo de política entre otros. Luego, en un movimiento inflacionario característico, se convirtieron en la definición de toda la política como tal, haciéndose así superfluos^[132].

Si extravagancias de este tipo podían ser ignoradas como brindis a la moda, otras características de la construcción eran más significativas. La hegemonía, como en la tradición del PCI, se presentaba como una estrategia sin topografía. Aunque lo nacional-popular se consideraba un objetivo clave, no iba acompañado por ninguna descripción de un paisaje nacional. El contraste con el análisis de Laclau del peronismo en Argentina antes de pasar al posmarxismo,

ejemplar en su penetración y detalle, era sorprendente¹³³. Sin duda, la expatriación explicaba en parte el cambio, que a su vez permitió que una estrategia desarraigada se trasplantara tan bien, pero también había una lógica conceptual en funcionamiento. Una vez que la hegemonía se hacía automáticamente populista, no había ninguna necesidad de precisión en cuanto a caracterizar al tablero social. «El lenguaje de un discurso populista, ya sea de derechas o de izquierdas, siempre va a ser impreciso y fluctuante», remarcaba Laclau, pero esta «vaguedad e imprecisión» no era un fallo cognitivo, ya que la propia realidad social era heterogénea y volátil¹³⁴. No era necesario, por tanto, ni siquiera posible, el tipo de análisis de grano fino que Marx realizó de Francia, Lenin de Rusia, Mao de China, Gramsci de Italia. El interlocutor de Mouffe en España, alabando el eslogan de Occupy del «99 frente al 1 por 100», explica que un discurso hegemónico «no es estadístico, sino performativo»¹³⁵. Para tal interpretación, los detalles pueden ser un impedimento y la imprecisión una virtud, la condición para que sea políticamente eficaz.

La delineación del adversario era necesariamente, para la estrategia populista, lo más vaga posible, ya que especificarlo con demasiada precisión o realismo corría el riesgo de lanzar una red demasiado fina de interpelaciones hegemónicas, exponiendo los porcentajes retóricos como la ficción que realmente son. Errejón se niega prudentemente a especificar *la casta* contra la que Podemos llama a *la gente* a alzarse en su propio país¹³⁶. Los motivos políticos de tal reticencia son inteligibles; su contrapartida teórica, en cambio, es vacua. Mientras que Gramsci inició sus reflexiones sobre la hegemonía con un análisis del bloque dominante en el Risorgimento, en la construcción de Laclau y Mouffe, este ha desaparecido prácticamente en las más etéreas abstracciones, convirtiéndose simplemente en «las instituciones» o «el sistema institucional» que nunca se especifica más, como si dar cara a las fuerzas dispuestas contra los de abajo solo pudiera debilitar su moral. Así, lógicamente, a pesar de las cláusulas formales en contrario, la hegemonía se convirtió en la práctica en una cuestión que solo concernía a los gobernados, como en la sentencia «no hay hegemonía sin construir la identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas»¹³⁷. Gramsci se habría asombrado. Lo que se oponía a esa unificación hegemónica era la «diferenciación institucional», un divide-y-vencerás borroso y anónimo¹³⁸. Las formas históricamente normales de hegemonía, que siempre han sido las de las clases dominantes, eran arrumbadas fuera de escena.

De ello se desprende la inexistencia de un balance de las experiencias políticas que *La razón populista* ofrecía como ilustración de su caso, lo que implicaría considerar no solo la construcción de nuevas posiciones de sujeto desde abajo, sino también las condiciones objetivas para tal «ruptura populista», admitida como necesaria para su aparición, y los resultados objetivos de su trayectoria, ya sea en Estados Unidos a finales del siglo XIX, en Argentina en el siglo XX o en cualquier otro lugar. Sintomáticamente, todo lo que se podía decir del destino del populismo americano en la década de 1890 eran tres palabras concisas: «Prevalecían las diferenciaciones institucionales»^[139]. Según esa versión, Togliatti, Tito y Mao eran admirables nacional-populistas, aunque obstaculizados por el internacionalismo retrógrado de la Comintern. Por qué uno de ellos debía fracasar y los otros dos no quedaba fuera de lo explicable. Allí donde las interpelaciones lo son todo, las definiciones son ingravidas. Podemos rechazar la socialdemocracia un día para declararse al día siguiente representante de la nueva socialdemocracia^[140]. Quizá sean únicamente los problemas que conlleva el estirón de la infancia a la adolescencia, muy alejados, en cualquier caso, de los del prisionero de Bari.

III

La herencia de Gramsci fue muy diferente en Asia. En 1947 un joven militante bengalí del Partido Comunista de la India, Ranajit Guha, llegó a París para trabajar como cuadro en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, creada por la Unión Soviética cuando se inició la Guerra Fría en Europa. Tenía entonces veinticinco años; después de pasar los seis años siguientes viajando como emisario de la antigua Comintern en Oriente Medio, África del Norte, Europa oriental y occidental, la URSS y China, regresó a Bengala, trabajando allí primero en talleres y muelles y luego enseñando e investigando sobre historia en las facultades locales. En 1956 abandonó el partido tras la invasión soviética de Hungría y, tres años después, se trasladó a Inglaterra, dando clases durante dos décadas en Mánchester y Sussex. En 1970-1971 un año sabático en la India coincidió con la salvaje represión de la insurgencia campesina naxalita en Bengala, que dio lugar a una colaboración entre las dos alas, prorrusa y prochina, en las que se había dividido desde 1964 el comunismo indio^[141]. Tras decidir

trabajar desde aquel momento sobre la resistencia campesina, convocó al final de la década en Sussex a un grupo de historiadores indios mucho más jóvenes que él para planear una nueva revista, *Subaltern Studies*, cuyo título anunciaba su inspiración. «En nuestro deseo de aprender de Gramsci —escribiría más tarde Guha— estábamos completamente solos y no debíamos nada a los partidos comunistas existentes», de los que el proyecto se mantuvo a distancia: «Para nosotros, ambos representaban una extensión liberal de izquierdas de la elite del poder india»^[142].

En un famoso manifiesto inaugural que atacaba la historiografía nacionalista convencional del movimiento independentista por su restricción a la política de la elite, Guha pidió que se estudiaran las luchas de las clases subalternas — obreros, campesinos, pobres urbanos no industriales y sectores inferiores de la pequeña burguesía— como un dominio autónomo, en el que vastas franjas de la vida y la conciencia popular escapaban a las narraciones oficiales de una burguesía india cuya incapacidad para integrarlas bajo su liderazgo significó el «fracaso histórico de la nación para materializar todo su potencial»^[143].

Durante los treinta años siguientes *Subaltern Studies* dejó una marca indeleble en la historiografía del sur de Asia en la realización de ese programa, con estudios originales de las formas populares de resistencia en una «historia desde abajo» más parecida a la obra de Edward Thompson que a la de la Birmingham School. Con el tiempo, después de que Guha dejara de dirigirla a finales de la década de los ochenta, se produjo una mutación no muy diferente a la que se puede constatar en la obra de Hall o Laclau, virando bajo el impacto del posestructuralismo hacia las construcciones discursivas del poder y la cultura en lugar de los determinantes materiales de la conciencia o la acción, aunque — una diferencia significativa— la reacción contra las pretensiones oficiales de modernidad y progreso posteriores a la independencia, rechazadas como patrimonio ideológico del Raj, acabó convirtiéndose en una adhesión sentimental a las comunidades campesinas y una deriva hacia el neonativismo^[144].

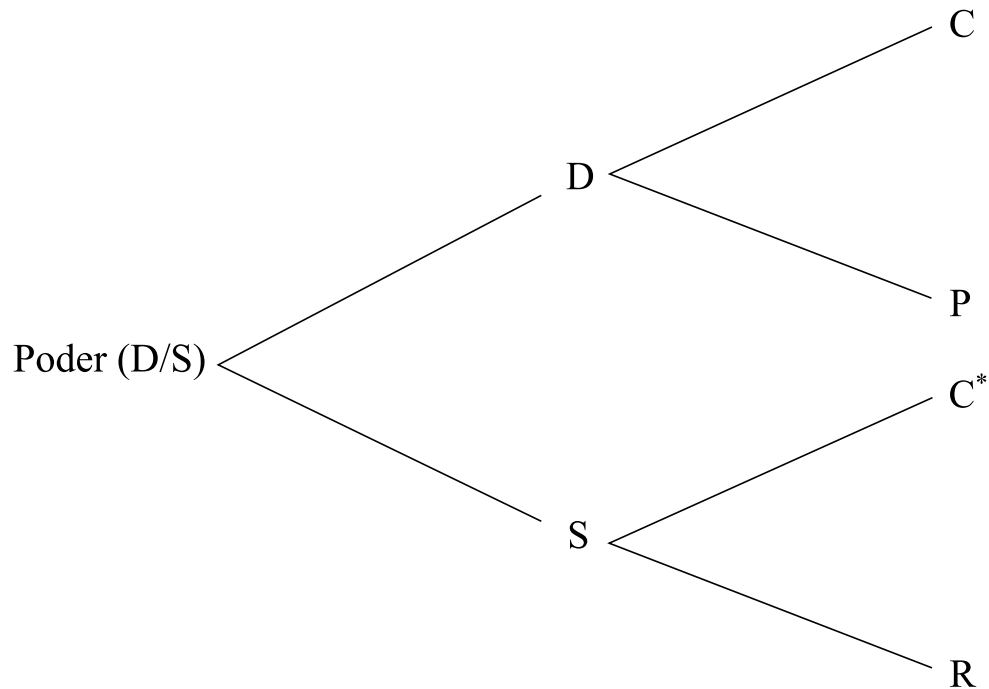
El propio Guha, perteneciente a una generación anterior templada en un movimiento comunista internacional todavía indiviso, cambió poco. En 1980 se trasladó a la ANU en Canberra. Su estudio *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* —fruto de una década anterior de trabajo—, publicado a principios de 1983, pocos meses después de la aparición del primer número de *Subaltern Studies*, exhibía dones cuya combinación es rara en

cualquier historiador: poderosa capacidad teórica formalizadora, investigación empírica meticulosa y registro comparativo seguro, por no hablar de su memorable mordacidad literaria.

El objetivo de *Elementary Aspects* era demostrar la «soberanía, consistencia y lógica» de las concepciones y acciones de los campesinos rebeldes contra los terratenientes, prestamistas y funcionarios bajo el Raj, tratadas no como una sucesión de levantamientos sino como un repertorio de formas, comenzando por la «negación» y prosiguiendo con la ambigüedad, modalidad, solidaridad, transmisión y territorialidad. Guha aplicó en ellas su formidable dominio de recursos intelectuales muy diversos, desde Propp, Vygotsky, Lotman o Barthes por un lado, pasando por Lévi-Strauss o Gluckman, Dumont o Bourdieu, a Hilton, Hill o Lefebvre por otro, por no hablar de Mao como excipiente genérico^[145]. Su objetivo y logro era rehabilitar a los campesinos indios como sujetos de su propia historia y protagonistas de su propia rebelión; pero, a diferencia de muchos que le siguieron, fue inflexible en cuanto a señalar los límites a una y otra en la época colonial, negándose a atribuir un «falso secularismo» a las solidaridades rebeldes, poniendo de manifiesto las múltiples formas en que un sentido de clase podía ser manipulado para convertirlo en un sentimiento de raza, el hecho de que el campesinado podía «producir no solo rebeldes, sino colaboradores, chivatos, traidores», y la frecuencia con que los insurgentes armados salían de «asentamientos de casta única», inevitablemente una minoría de aldeas^[146]. Las visiones sonrosadas de otra generación le eran ajenas.

Por eso era lógico que a *Elementary Aspects* le siguiera una sucinta obra maestra titulada *Dominance without Hegemony*, tal vez el trabajo más llamativo jamás inspirado por Gramsci. Su tema eran las estructuras de poder tanto bajo el Raj como en la lucha por librarse de él. Para describirlas, Guha desarrolló un modelo analítico de tal claridad y fuerza que podía decir, sin énfasis pero con razón, que esperaba poder resolver con él ambigüedades presentes en los propios escritos de Gramsci. En la India colonial había, por supuesto, una desconcertante diversidad de relaciones desiguales; pero todas implicaban una relación entre Dominio [D] y Subordinación [S], estando constituidas a su vez cada una de ellas por otro par de elementos que interactuaban entre sí: Dominio por Coerción [C] y Persuasión [P], y Subordinación por Colaboración [C*] y Resistencia [R], como en:

Figura 1. *Configuración general del poder*



En cualquier sociedad y en cualquier momento dado, la relación D/S varía según lo que —por analogía con el capital— Guha denominaba la «composición orgánica» del poder, que depende de los pesos relativos de C y P en D, y de C* y R en S, que siempre son, sostenía, contingentes. La hegemonía es una condición de dominio en la que P excede a C, esto es, la persuasión sobrepasa la coerción. «Definida en estos términos —proseguía Guha—, la hegemonía opera como un concepto dinámico y mantiene siempre hasta la estructura más persuasiva de Dominio necesariamente abierta a la Resistencia». Pero al mismo tiempo, «puesto que la hegemonía, tal como la entendemos, es una condición particular de D y este último está constituido por C y P, no puede haber un sistema hegemónico bajo el cual P supere a C hasta el punto de anularlo totalmente. Si eso sucediera no habría dominio y, por lo tanto, no habría hegemonía». Esta concepción «evita la yuxtaposición gramsciana del dominio y la hegemonía como antinomias», que, «por desgracia, había proporcionado con demasiada frecuencia un pretexto teórico para un absurdo liberal —el absurdo de un Estado no coercitivo— a pesar de la propia obra de Gramsci»^[147].

Equipado con esta rejilla, Guha procedió a establecer las cualidades distintivas de los cuatro constituyentes de D y S bajo el dominio británico. Por

definición, en un estado colonial C prevalecía sobre P: el Raj se jactaba de «uno de los mayores ejércitos permanentes del mundo, un sistema penal complejo y una fuerza policial altamente desarrollada», regulado todo ello por una burocracia armada con poderes de emergencia. Una vez que el poder británico había establecido un «imperio regulado», el aspecto de la conquista dio paso al del «Orden», que autorizaba no solo la represión rutinaria, sino las intervenciones en salud pública, los trabajos forzados, el reclutamiento militar, etc. Sin embargo, el orden no operaba de manera aislada, sino que interactuaba con un aspecto indígena complementario: el *danda* o «castigo», que denotaba todas las formas tradicionales de poder basadas en la fuerza y el temor como manifestaciones de la voluntad divina en los asuntos del Estado. En el constituyente P de D, por otro lado, donde se buscaban relaciones no antagonistas con la población sometida, el aspecto característico del Raj era la mejora de la educación de estilo occidental, el patrocinio de las producciones literarias o artísticas de la India, los proyectos de patrimonio orientalista, la cooptación administrativa, el paternalismo rural, las infraestructuras modernas, etc. Esto tenía, a su vez, un complemento nativo en las doctrinas hindúes del *dharma*, entendido como el deber moral de realizar las funciones asignadas a cada ser humano en una jerarquía de castas, ideal perfectamente adaptado a las modernas doctrinas de conciliación de clase de Tagore o de Gandhi.

En cuanto a S, sus constituyentes también tenían sus versiones coloniales y colonizadas. La colaboración era inducida tanto por las doctrinas británicas de la «obediencia» (relevantes en Gandhi antes de la matanza de Amritsar en 1919), heredadas de Hume y transmitidas a través del benthamismo temprano, como por las ideologías indias del *bajti* —«lealtad»— que se remontaban al *Bhagavad-gītā*. La resistencia, por otra parte, podía ser codificada en términos británicos como «disenso correcto», apelando a las nociones liberales de derechos naturales procedentes de Locke y expresadas (sobre todo) en marchas, manifestaciones, peticiones y demás, o en términos locales como «protesta dhármica»; es decir, acciones de masas como levantamientos, deserciones, sentadas, *hartales*, en los que no entraba ninguna idea de derecho, sino que se basaban en la cólera por el fracaso de los gobernantes en el cumplimiento de sus deberes morales de protección y socorro a los gobernados

El poder del Raj, basado en un predominio masivo de C sobre P, era Dominio sin Hegemonía. ¿Cómo iban las cosas en el movimiento nacionalista organizado contra él? Puesto que el Congreso no disponía de ningún poder estatal, al que

aspiraba pero del que no gozaba aún, y la representación electoral quedaba limitada a un sufragio estrecho, su reivindicación del consenso popular descansaba sobre la movilización popular. Esto, no obstante, era falso en más de un aspecto. Ciertamente es que el movimiento nacional suscitaba un genuino entusiasmo de masas; pero, como su liderazgo burgués era incapaz de integrar en el movimiento los intereses de clase de los trabajadores o campesinos, la coerción predominaba inevitablemente de un modo u otro de principio a fin. La destrucción de bienes, la intimidación violenta y la aplicación de sanciones de casta marcaron las primeras campañas del *Swadesh*. Luego, durante el periodo de la No Cooperación, llegó la mojigata «fuerza del alma» del sistema disciplinario de Gandhi, diseñada para suprimir cualquier expresión indisciplinada o igualitaria del sentimiento popular, criticada como «turbocracia». Las elites que dirigían el movimiento independentista se esforzaban por la hegemonía, pero al reprimir en lo posible cualquier indicio de inmediatez elemental en la lucha, no podían sino recurrir a métodos coercitivos y, en una revancha de lo reprimido, al final eran incapaces de contener las fuerzas del comunismo que, negando continuamente, eran incapaces de trascender^[148]. Tampoco en R podía prevalecer P sobre C. Tanto entre los gobernantes del subcontinente como entre los aspirantes a serlo, había un déficit hegemónico.

Sigue siendo válida la fuerza y la justicia de esta acusación contra el movimiento nacional que culminó en la partición. Pero, al proyectar el caso sobre el gobierno del Congreso de una India encogida después de la independencia, Guha extendió excesivamente su aplicación^[149]. Vio con demasiada claridad y denunció con razón la apropiación indiscriminada del aparato británico de coerción por el Congreso una vez que quedó al mando del Estado, y su uso despiadado del mismo estilo de violencia militar y policial para vencer la resistencia a su gobierno allí donde brotaba. Pero pasó por alto las nuevas formas de persuasión a disposición del partido, suministradas por el Estado posimperial y la sociedad civil, ya que ahora el sufragio era universal, y las elecciones regulares, sostenidas en las reglas británicas heredadas del Raj, podían convertir la mitad o menos de los votos del país en una abrumadora mayoría de escaños en un parlamento que incorporaba una soberanía popular antes inexistente, lo que constituye el más importante mecanismo de consenso en la estructura de cualquier legitimidad capitalista. También la religión podía desempeñar un papel menos divisivo, una vez que la base sociológica del partido

como formación hindú coincidía mucho más estrechamente con los contornos de la nación y las estructuras de castas sostenían el apoyo electoral por encima de fronteras lingüísticas o étnicas. En esas condiciones, el Congreso convirtió su herencia en una auténtica hegemonía. Tal vez esa conclusión, y su epílogo en el hinduismo actual, le resultaba demasiado desagradable.

En la década de los setenta, mientras preparaba *Elementary Aspects*, Guha intervino en la escena política india con una serie de denuncias de torturas y represión bajo el gobierno del Congreso¹⁵⁰. En la de los ochenta, cuando comenzaron a publicarse los *Subaltern Studies*, cayó políticamente en el silencio. ¿Había una conexión entre una cosa y la otra? Tal vez el aplastamiento del naxalismo en Bengala le arrebató cualquier esperanza de que, durante lo que le quedaba de vida, las masas indias pudieran sacudirse las estructuras de lo que aparentaba ser su emancipación. Sin mencionarla, pudo llegar a la convicción de que ninguna estrategia, tal como la hubiera concebido Gramsci, era posible en semejante desierto. Aun así, nada en tal conclusión desvirtúa la elegancia intelectual y el rigor político de *Dominance without Hegemony*.

IV

En la obra de Giovanni Arrighi, nacido en 1937 pocos meses después de la muerte de Gramsci, confluyeron por primera vez en una síntesis sostenida dos corrientes de pensamiento sobre la hegemonía que hasta entonces habían permanecido disociadas, como relación de poder entre clases y entre Estados. La suya fue una trayectoria inusual, de un puesto de dirección en Unilever pasó a la labor solidaria en Rodesia, la organización de luchas obreras en Italia y la investigación sobre la migración campesina en Calabria, todo lo cual le dio una experiencia única: corporación multinacional, liberación antiimperialista, revuelta obrera, tierra y trabajo. De ella nació, casi al mismo tiempo que Hall trabajaba sobre el thatcherismo, Laclau sobre el populismo y Guha sobre la insurgencia campesina, *The Geometry of Imperialism* (1977), que pretendía integrar los paradigmas alternativos de Hobson y Lenin en un conjunto coherente de proposiciones que cubriera la transición del Imperio británico al alemán y al estadounidense y las correspondientes transformaciones del capital. Respondiendo a sus críticos en 1982, Arrighi reflexionaba que habría sido mejor

designar ciclos de hegemonía las fases sucesivas del imperialismo de las que se había ocupado, una teoría de la que su texto podía ser leído como un bosquejo^[151]. Aquel mismo año su contribución a un volumen colectivo sobre dinámica de la crisis global, basándose en ideas desarrolladas desde el Grupo Gramsci, una de las corrientes revolucionarias de las grandes movilizaciones laborales y estudiantiles de finales de los sesenta y principios de los setenta en Italia, dejaba claro que ya había empezado a conectar en un único marco los planos interestatal e intraestatales de la hegemonía^[152].

Para entonces Arrighi se había trasladado a Estados Unidos y trabajaba con Immanuel Wallerstein en un intercambio productivo de influencias respectivas: Braudel del segundo al primero, Gramsci del primero al segundo. En *The Long Twentieth Century* (1994), concebido en Cosenza muchos años antes, cuando soñaba con conciliar a Smith, Marx, Weber y Schumpeter, fundía la teoría y la historia con una claridad peculiar de estilo y economía de forma. Para Arrighi, como para Gramsci, la hegemonía combinaba fuerza y consentimiento. Pero, a diferencia de sus contemporáneos, él no situó su núcleo en la ideología, sino en la economía. A nivel internacional, la condición para la hegemonía era un modelo superior de organización, producción y consumo, capaz de inducir no solo la conformidad con los ideales y valores de la potencia hegemónica, sino su imitación generalizada como modelo para otros Estados. Esa hegemonía generaba a su vez beneficios para los grupos dominantes de todos los países, estableciendo reglas predecibles para el sistema internacional y vigilando las amenazas comunes. En ese sentido, la hegemonía debía contrastarse con la mera «dominación explotadora», en la que un Estado poderoso obtiene la obediencia o el tributo de los demás mediante el ejercicio de la violencia, sin concederles beneficios compensatorios. Dentro de un país o entre varios, la hegemonía era «el poder *adicional* que un grupo dominante tiene en virtud de su capacidad para situar en un plano “universal” todas las cuestiones en torno a las que puede haber conflicto». A nivel internacional, eso significaba el liderazgo de cualquier Estado que pudiera «proclamar creíblemente ser la fuerza motriz de una expansión general de los poderes colectivos de los gobernantes frente a los súbditos» o «que la expansión de su poder en relación con algunos o incluso todos los demás Estados es de interés general para los súbditos de todos ellos»^[153]. Normalmente, tales proclamaciones se realizaban no solo por la gestión, sino por una transformación del sistema preexistente de Estados, iniciando una nueva combinación de capitalismo y territorialismo, esto es, la dinámica independiente

pero interrelacionada de la acumulación de capital a nivel de la empresa y la expansión territorial al nivel del Estado.

Tal es el marco analítico para la sucesión de hegemonías mundo-históricas rastreadas en *El largo siglo XX*. Después de las protohegemonías de las ciudades-Estado de Venecia y Génova en la Italia del Renacimiento, la narración de Arrighi se desplaza a las tres grandes hegemonías, tal como él las veía, de la era moderna: primero la de la República neerlandesa en el siglo XVII, luego la británica en el XIX y, finalmente, la estadounidense en el siglo XX^[154]. Los eslabones de esa serie eran ciclos de acumulación del capital, bajo el signo de la fórmula de Marx D-M-D'. La expansión capitalista, cuyas empresas más avanzadas se concentran en la potencia hegemónica, es inicialmente material: inversión en la producción de bienes y conquista de mercados. Pero, con el tiempo, la competencia reduce las ganancias, ya que ningún bloque de capital puede controlar el espacio en el que los bloques rivales desarrollan técnicas o productos que obligan a bajar los precios finales. En ese momento, la acumulación en la potencia hegemónica —y en general— pasa a convertirse en expansión financiera, ya que los Estados rivales compiten por el capital móvil en su empeño de engrandecimiento territorial. Con la intensificación de la rivalidad y el estallido de conflictos militares, la hegemonía se descompone, dando lugar a un periodo de caos sistémico, del que surge, en última instancia, un nuevo poder hegemónico, reiniciando un ciclo de expansión material sobre una nueva base, capaz de servir a los intereses de todos los demás Estados y a algunos o todos los intereses de sus súbditos. En esta serie cada hegemonía ha sido más completa que la anterior, disfrutando de una base más amplia y más poderosa: la República Neerlandesa todavía estaba a medio camino entre una ciudad-Estado y un Estado-nación, Gran Bretaña era un Estado-nación y Estados Unidos es un Estado continental.

¿Dónde nos hallamos ahora en ese decurso histórico? Desde muy pronto, Arrighi sostuvo que la expansión material del capitalismo bajo la hegemonía estadounidense de posguerra había perdido fuelle a fines de los años sesenta y que, desde la crisis de los setenta, había dado paso a un ciclo de expansión financiera, explotado por Estados Unidos para conservar su poder mundial más allá de su tiempo^[155]. Arrighi predijo, también desde muy pronto, que esa expansión financiera no podría mantenerse indefinidamente, y que con su implosión final vendría una crisis terminal de la hegemonía estadounidense.

¿Qué cabía esperar? Desde su atalaya de 1994, Arrighi observó que un aspecto sin precedentes del crepúsculo previsible de la hegemonía estadounidense, muy distinto al de la hegemonía neerlandesa o británica, era que se había abierto una bifurcación entre el poder militar y el poder financiero, ya que Estados Unidos aún conservaba un abrumador predominio global de la fuerza armada, mientras caía al estatus de nación deudora a medida que la caja de caudales mundial se trasladaba al este de Asia. Nada parecido había ocurrido antes. ¿Significaba esto que, al desmoronarse la actual potencia hegemónica, se iniciaría otro periodo de caos sistémico?

No necesariamente. En su obra posterior, Arrighi se aferró a la idea de que el mundo podría escapar finalmente de la lógica del capital y de los ciclos de hegemonía con sus secuelas destructivas. Braudel había insistido en que el capitalismo no debía equipararse a la producción para el mercado, sino que era una superestructura financiera erigida por encima de este, que requería el poder estatal para sus operaciones. ¿Podría entonces una sociedad de mercado, como había previsto Smith —nada amigo de la codicia mercantil o de la agresión colonial—, ofrecer una alternativa igualitaria al capital tal como lo había descrito Marx? En los tiempos premodernos, ¿prefiguraban la viabilidad de tal camino los patrones peculiares del desarrollo de Asia oriental antes de la llegada del imperialismo occidental? ¿Podría el crecimiento espectacular de la República Popular China en el nuevo siglo, con una economía que pronto sería mayor que la de Estados Unidos, tener sus raíces en una recuperación de la dinámica de esa época anterior?^[156] Al final solo eran posibles respuestas tentativas, pero las esperanzas de Arrighi iban en esa dirección: «El surgimiento de una sociedad de mercado mundial centrada en el este de Asia basada en el respeto mutuo de las culturas y civilizaciones del mundo» y «un modelo de desarrollo social ecológicamente sostenible»^[157].

Esas esperanzas tenían una lógica derivada de un fallo en la ejecución de su proyecto original. El movimiento obrero —central en la síntesis que había planeado a mediados de los años setenta, antes de trasladarse a Estados Unidos— estaba notoriamente ausente en *El largo siglo XX*. Habría sido demasiado difícil, comentó, acomodarlo en una estructura dominada por la dinámica de la financiarización, de la que conocía poco en aquella época^[158]. Pero en su continuación, *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, seguía ausente. Tras esa laguna había una decepción. Había visto a la clase

obrero de Occidente en el apogeo de su rebeldía de posguerra, en la turbulenta Italia de los años sesenta y principios de los setenta y, mientras trabajaba en *El largo siglo XX*, no había perdido su profundo compromiso con el destino mundial del movimiento obrero. Cuatro años antes de que apareciera el libro, publicó una detenida reconstrucción de su historia desde *El manifiesto comunista*. Para Marx, el futuro de la clase obrera como sepulturera del capitalismo estaba en su combinación del poder colectivo que le confería la industria moderna con la miseria social que le infligía la lógica pauperizante de la producción capitalista en búsqueda de ganancias: una positividad que la hacía capaz de derrocar el poder del capital y una negatividad que la impulsaba a hacerlo.

Pero lo que Marx había unido lo separó la historia. Allí donde la industria avanzada maximizaba el poder social objetivo del trabajo, en Escandinavia y en la Anglosfera, y después de la guerra en Europa occidental y Japón, los trabajadores eligieron el camino reformista de Bernstein. Donde los niveles de desarrollo económico eran bajos, en Rusia y en otros países del Este, la miseria material creó las condiciones subjetivas para la vía de Lenin hacia la revolución. Sin embargo, desde el declive de los años setenta, ambos destinos habían entrado en crisis, ya que la subcontratación hacia el sur debilitó a la clase obrera occidental y la industrialización había fortalecido a la clase obrera del Este, empezando a reorganizar a los constituyentes del trabajo que habían permanecido polarizados durante tanto tiempo. Solidarność en Polonia y las oleadas de huelgas en Corea o Brasil fueron signos de una nivelación global de las condiciones que propiciaron la posibilidad de que algo como la visión de Marx se hiciera realidad^[159].

Más tarde, tras otra década de neoliberalismo —con Solidarność desaparecido y la sindicalización en caída libre en Occidente—, ¿era todavía probable? *Chaos and Governance in the Modern World System*, escrito en colaboración con Beverly Silver, era más cauteloso, pero no desalentado. Ciertamente es que reinaba ahora un «régimen internacional hostil al trabajo», pero ¿no podría estar también en marcha un contramovimiento de resistencia a la mercantilización como los mencionados por Polanyi? Después de todo, los socialdemócratas gobernaban en 13 de los 15 Estados de la Unión Europea. «La pérdida de poder de los movimientos sociales —en particular el movimiento obrero— que ha acompañado a la expansión financiera global de las décadas de los ochenta y los noventa es, en gran medida, un fenómeno coyuntural»,

concluían Arrighi y Silver, pronosticando la posibilidad de una nueva oleada de conflictos sociales¹⁶⁰. Hay un eco de esta expectativa en *Adam Smith en Pekín*, en el que se habla de pasada de los disturbios rurales y urbanos en China, aunque de un modo relativamente velado y marginal con respecto al argumento del libro.

El origen de esta inflexión en el pensamiento de Arrighi estaba en parte en sus años de militancia en Italia. El grupo que había dirigido a principios de los años setenta formaba parte de la amplia corriente del operaísmo —cuyo teórico más influyente fue quizá Mario Tronti—, que contemplaba con admiración los logros del movimiento obrero en la fortaleza del fordismo bajo la presidencia de Roosevelt. Arrighi, quien había heredado de esa tradición italiana una sobrevaloración del New Deal, atribuyó a la hegemonía estadounidense, en su apogeo entonces, la capacidad de proyectar al mundo un modelo de bienestar global en la línea del New Deal, como si Washington hubiese respondido efectivamente al «interés general de los súbditos de todos los Estados». Olvidando su propia advertencia de que «la pretensión del grupo dominante de representar un interés universal es siempre más o menos fraudulenta»¹⁶¹, un cálculo erróneo de lo que habían obtenido el CIO y los UMW preparó el camino para el posterior giro de su mirada apartándola del movimiento obrero. Al mismo tiempo, en su repertorio de experiencias políticas siempre hubo otra fuerza de rebelión y fuente de cambio político, que había presenciado en África y hacia la que nunca perdió una gran sensibilidad. La desigualdad global entre los Estados era, después de todo, mucho mayor que entre las clases en los países avanzados de Occidente. El Tercer Mundo no se subordinaría tan fácilmente. Las predicciones de Marx no habían llegado a materializarse en Detroit, pero las intuiciones de Smith podían estar cobrando forma en Pekín.

Sus años de militancia en Italia tuvieron otro efecto en su obra posterior. A diferencia del curso general del operaísmo, su grupo era expresamente gramsciano; pero, en su teorización de la «autonomía obrera», no se concentró en los cuadernos de prisión, sino en sus textos sobre los consejos de fábrica en la fase de *Ordine Nuovo* de su carrera, antes de su encarcelamiento. En su reacción contra la instrumentalización por el PCI de los escritos en la cárcel, tuvo poco tiempo para el tratamiento en ellos de los temas «nacional-populares», objeto de descarada burla por parte de otros sectores del operaísmo, lo que dejó su huella en Arrighi. Al trasladar las ideas de Gramsci desde el plano nacional de clases al sistema internacional de Estados, transformó el legado de Gramsci de una

manera más radical y creativa que nadie; pero, si bien la arquitectura resultante incluía ambos niveles, no cabía duda sobre cuál predominaba. El sistema iba primero; los Estados que lo componían, bastante por detrás. «Nuestro interés en los procesos a nivel de unidad —observaban Arrighi y Silver en *Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno*— se limita al papel que desempeñan como fuente de cambio sistémico en las transiciones hegemónicas^{162]}». Las naciones fueron, por tanto, siempre el eslabón débil de su construcción gramsciana; las estructuras de poder hegemónico dentro de ellas rara vez cobran mucha importancia. Eso podría llevar a la despreocupación, beneficiándose los gobernantes de Estados Unidos y China, paladines del New Deal o de la Era de la Reforma, de un pincel demasiado grueso para representar a los gobernados entre sus garras.

La acertada trasposición de la concepción gramsciana de la hegemonía desde el plano intraestatal al interestatal tuvo, además, un coste inesperado. Arrighi conocía la obra de Guha, a quien citaba regularmente como fuente de su representación del declive del poder estadounidense en el mundo, que también se había convertido en «dominio sin hegemonía»^{163]}. Pero hay una diferencia entre los dos planos. Las relaciones entre clases dentro de un país están contenidas en un marco legal y cultural común que no existe entre los Estados. La composición orgánica de la hegemonía, en términos de Guha, es pues siempre distinta en la política internacional, con una proporción mucho mayor de coerción y menor de persuasión que en la política interna. Las guerras siguen siendo un medio clásico de las relaciones entre los Estados —siete de ellas actualmente en curso bajo el liderazgo de un Premio Nobel de la Paz—, y hoy día las sanciones constituyen su complemento, apenas menos coercitivo. Históricamente, el recurso a la fuerza militar que, para Arrighi, demostraba que la hegemonía estadounidense era cosa del pasado era un ejercicio tradicional en ella, mientras que su correlato como bloqueo económico nunca ha tenido tanto éxito. Pero que su previsión pudiera ser apresurada no significa que su pronóstico fuera equivocado, aunque siempre han faltado, en una opinión tan generalmente sostenida, ciertas salvaguardias contra la posibilidad de que, como en el caso de Saúl con respecto a David, el deseo se convirtiera en padre del pensamiento.

CAPÍTULO IX

Inversión

En el mundo actual solo hay un país, China, en el que la hegemonía sea un término clave en el lenguaje oficial del Estado; allí se encuentra hasta en la Constitución. La ironía de esa posición de preeminencia arroja una luz paradójicamente relevante —intensa, aunque oblicua—, sobre su suerte en Occidente, en una historia que se remonta aún más allá de su aparición en la Grecia clásica. Tras el derrumbamiento del reino occidental de Zhou, que se había mantenido casi trescientos años, en el siglo VIII a. C., el reino oriental de Zhou que lo sucedió acabó convirtiéndose en un mosaico de señoríos feudales rivales bajo una autoridad real cada vez más nominal, rodeado por una periferia solo chinizada a medias. En aquellas condiciones surgió hacia el siglo VII a. C. la figura de un señor al mando de una gran fuerza que protegía formalmente al reino contra amenazas externas o internas con el apoyo de señores menores, invirtiéndose *ex post facto* su papel, designado por el nuevo término *ba* [霸], con el del rey, con el título tradicional de *wang*. Los *ba* —legendariamente habría con el tiempo hasta cinco de ellos, un número mágico— encabezaban ligas compuestas por sus aliados, celebraban asambleas y solemnizaban pactos y juramentos entre sí. La semejanza de este patrón con las ligas de la Grecia clásica llevó muy pronto a los historiadores occidentales a traducir el título o término *ba* como «hegemón»^[164].

A medida que la casa de Zhou se iba desmoronando y los señores regionales acumulaban territorio y tropas con los que creaban auténticos Estados en rivalidad unos con otros, en la época de Confucio (551-479 a. C.) el *ba* había desaparecido prácticamente de escena; pero su recuerdo pervivió otros doscientos cincuenta años durante el anárquico periodo de los Reinos Combatientes, cuando China se dividió en un conjunto de señoríos militares depredadores en guerra continua de unos contra otros, y los eruditos

consternados por aquellas circunstancias buscaban remedios en imágenes de la unidad perdida del pasado, cuando el imperio Zhou abarcaba todo el territorio y dictaba en él su ley. En tal orden de valores los *ba* no podían acomodarse fácilmente, ya que simbolizaban el desmembramiento y la división de lo que debía ser uno e inigualado. Confucio era todavía ambivalente al respecto. Al preguntarle qué pensaba de Guan Zhong, la despiadada mano derecha del primer *ba*, eludió una respuesta concluyente: «Con Guan Zhong como primer ministro, el duque Huan pudo convertirse en hegemón e imponer el orden en el reino. La gente se beneficia hasta hoy de sus iniciativas». Pero, interrogado por sus cualidades morales, solo pudo suspirar: «En cuanto a su benevolencia, su benevolencia [...]»^[165].

Dos siglos después, en medio del caos de los Reinos Combatientes, Mencio [Mengzi] era categórico: los *ba* eran abominables, aunque quienes vinieron después de ellos fueran aún peores: «Un hegemón usa la fuerza para fingir benevolencia. Debe tener un gran estado para empezar. Un rey es virtuoso y practica la benevolencia. No requiere la posesión de un gran Estado [...]. Un hegemón somete a otros por la fuerza, pero no lo obedecen voluntariamente; se someten a él porque son más débiles. Un rey pide obediencia por su virtud, y el pueblo es feliz y sincero rindiéndole homenaje». Y añadía, para dejar las cosas aún más claras: «Los cinco hegemones eran criminales en comparación con las Tres Dinastías»^[166].

Así quedó establecida una clara dicotomía: los principios de un *ba* eran el engaño y la violencia, los principios de un *wang* eran la humanidad y la benevolencia (*ren*, la principal virtud confuciana). A principios del siglo III a. C., Xunzi se mostraba más matizado: dado que los gobernantes de su época eran moralmente mucho más reprobables incluso que los *ba*, una tipología del poder tenía que ser una tricotomía, para incluir ahora la figura del *qiang*, un tipo simplemente fuerte. «Un *wang* trata de rodearse de hombres justos. Un *ba* trata de ganar aliados. Un *qiang* solo trata de adquirir territorio». Mientras que un *qiang* gobernaba por la fuerza bruta, despertando el odio de los demás y provocando con ello su propia destrucción, un *ba* podía desempeñar un papel económico y político relativamente constructivo, si faltaba un verdadero *wang*. Sin embargo, era vergonzoso elogiar a los *ba*, que «no gobernaban mediante la educación» ni trataban de «fomentar la cultura y el buen orden», utilizaban «la deferencia como cobertura para el conflicto» y «daban la apariencia de

benevolentes, cuando lo que les interesaba en realidad era mejorar sus posiciones». Eran un *pis-aller*. Xunzi, aunque era un pensador mucho más realista que Confucio o Mencio, recaía en lugares comunes al ensalzar a sus oponentes: «El verdadero rey no es así. Su benevolencia es la más noble del mundo, como lo son su justicia y su autoridad [...]. No hay nadie en el mundo que no sienta afecto por él. Con una autoridad a la que nadie se puede resistir, obtiene la victoria sin batalla y adquiere territorios sin ataque. Sin necesidad de armas o armaduras, todo el mundo se somete a él»¹⁶⁷].

¿Qué tenía que hacer para lograr ese milagro? «Quien cultiva el ritual (*ru*) se convertirá en un verdadero rey»¹⁶⁸]. Rodeada por la violencia de la época, allí cristalizó la contraimagen de un reino pacificado, gobernado por la persuasión en la persona de un rey sabio, que encarnaba la autoridad moral y la sabiduría práctica, capaz de unir «todo bajo el cielo» (*tianxia*). Dado que en el pensamiento chino no existía ningún principio de trascendencia religiosa al que se pudiera apelar como último criterio de valor, un pasado histórico mítico —la edad de oro de las «Tres Dinastías»— llegó a funcionar como sustituto, sirviendo desde el tiempo de Confucio como un absoluto imaginario. En esa fijación retrospectiva, en el poder no había fricción: siempre y cuando se observaran los ritos y se respetaran de nuevo los rangos, la sociedad funcionaría al unísono con su gobernante.

Le iba a corresponder a la mente más poderosa de la época, desde la tradición completamente distinta del legalismo, dejar atrás tales supersticiones. Para Han Feizi, el pasado no era el patrón de excelencia: la humanidad había estado compuesta en otro tiempo por meros recolectores de frutas y bayas, sin utilizar siquiera el fuego para cocinar. El pasado no era el referente para el conocimiento o la acción¹⁶⁹]. El culto de las Tres Dinastías era estúpido y la obsesión por el ritual, inútil. El gobernante ilustrado «no tiene tiempo para ensalzar a los antiguos. Por eso no habla de benevolencia o justicia»¹⁷⁰]. Han Feizi, de una generación anterior a la de Xunzi y de familia aristocrática, descartó la tricotomía de Xunzi de *wangdao*, *badao* y *qiangdao* —la vía del rey, la vía del hegemón y la vía del déspota— para proponer simplemente el *zhudao* o «vía del soberano», fusionando el legalismo y el taoísmo en una teoría del gobierno que integraba la violencia y la ideología, la coerción y el consentimiento, en un solo sistema entrelazado. En esa síntesis era la autoridad impersonal de la ley —a la vez compulsión y adoctrinamiento—, y no los efectos mágicos del ritual, la que aseguraba la obediencia del pueblo, y el *wu wei*

(no acción), atentamente aplicado, el que garantizaba el control de los funcionarios que lo llevaban a cabo¹⁷¹. En un ensayo dirigido a Yinzheng, gobernante de Qin antes de convertirse en el primer emperador de China, Han Feizi le instó a atacar la «alianza vertical» de los Estados de la llanura central que aspiraban a dominar la *tianxia* y lograr así la supremacía como personificación de lo que los estudiosos anteriores habían separado y contrapuesto polémicamente. Debía aspirar a convertirse en un *bawang*, es decir, en un gobernante que combinara la fuerza de un hegemón con la persuasión de un rey.

El rey de Qin, después de unificar China, prefirió el nuevo título que inventó para sí mismo de *huangdi* («emperador»). Pero, cuando el imperio Qin se derrumbó después de su muerte, Xiang Yu, el general rebelde que ocupó su capital, no se proclamó emperador sino *bawang*, antes de ser derrotado y asesinado por un rival que fundó el imperio Han. Bajo la nueva dinastía, el legado ideológico de su predecesor no fue abruptamente suprimido, como el primer emperador había reprimido (supuestamente) las enseñanzas de *ru*, sino que evolucionó hacia un sincretismo ambiguo de elementos legalistas y taoístas, con algunos toques de confucianismo, en lo que se conoció como pensamiento de Huang-Lao, que basó su expresión política en la surtida recopilación conocida como *Guanzi* (atribuida míticamente a Guan Zhong, primer ministro del duque Huan quinientos años antes pero que, en su mayor parte, se redactó durante el siglo II compilándose finalmente a finales del siglo I a. C.). En él *wang* y *ba* se repiten retóricamente al modo ya presente en *Xunzi*, aunque ahora el tercer término del trío (o cuarteto) ya no es *qiang* al final, sino *di* —emperador— al principio, como convenía tras la época Qin. En tales pasajes, la ambigüedad perceptible en torno al *ba* en *Xunzi* ha desaparecido: no hay connotaciones negativas adheridas a la hegemonía¹⁷². Otros pasajes establecen condiciones comunes de gobierno para reyes y hegemones, antes de especificar las particularidades de cada uno de ellos. En otros, los dos términos vuelven a fundirse en el compuesto *bawang*, como en el *Han Feizi*¹⁷³.

Pero, a medida que el Estado Han iba encontrando gradualmente un nuevo equilibrio, basado en menores tributos y mayores latifundios, compensando la aristocracia erudita a la cortesana y militar, la ideología confuciana —elaborada por los letrados y naturalmente compatible con su estilo de vida— acabó envolviendo y desarrollando el núcleo de prácticas legalistas heredado de la era

Qin. En esta síntesis, las «cien escuelas» de los Reinos Combatientes —así como la escuela Huang-Lao que había prevalecido durante la dinastía Han— fueron lentamente relegadas al limbo por la ortodoxia confuciana, con la canonización de sus doctrinas del *ru*. Pero fue un proceso gradual; a mediados del siglo I a. C. el emperador Xuan todavía podría reprender a su heredero por pensar que era posible gobernar el Imperio solo con rituales, en lugar de una combinación del *badao* con el *wangdao*¹⁷⁴, y el híbrido *bawang* pervivió en usos ocasionales neutrales o laudatorios hasta la época Tang y más allá.

Con el surgimiento del neoconfucianismo a finales del siglo XII, todo esto cambió. Bajo los Song del Norte, las fuerzas rivales en la corte imperial habían adoptado una visión pragmática de la distinción entre rey y hegemón: el estadista reformista Wang Anshi aceptó la devaluación de este último, pero sosteniendo que no se debían atribuir al primero los criterios antiguos, que ya no eran realistas, mientras que su oponente conservador, el historiador Sima Guang, argumentaba que *wang* y *ba* habían sido simplemente designaciones de rango, sin connotaciones morales, aplicando unos y otros los mismos métodos de gobierno¹⁷⁵. Con la expulsión de la dinastía al otro lado del Yangtsé por los Yurchen y su atrincheramiento en el sur, seguido de un amplio cuestionamiento entre los letrados de lo que había salido mal, ganó la partida la corriente del confucianismo que lo había convertido en un moralismo metafísico abstracto, hostil tanto a la gobernabilidad práctica como a la sensibilidad estética. La doctrina *dao xue* —«el camino verdadero»—, sistematizada por Zhu Xi, el líder de turno, contrapuso los principios a los resultados, dando por primera vez estatus canónico a Mencio como uno de los Cuatro Libros sobre los que se iba a basar a partir de entonces el examen de acceso al funcionariado [mandarinato], con lo que hacía irremediable la condena de los *ba*. El cultivo de la virtud no debía malearse por la obtención de beneficios derivados del interés propio y que no podían aportar nada positivo. Los supuestos logros de *Guanzi* habían resultado efímeros, y los gobernantes posteriores, todos ellos contaminados más o menos de legalismo, habían degenerado aún más.

La doctrina de Zhu Xi encontró una vigorosa resistencia durante su vida. Su principal adversario intelectual, Chen Liang, situaba los resultados sociales claramente por delante de las cualidades personales. No solo Guan Zhong, envuelto en las brumas de la leyenda, sino los fundadores de las dinastías Han y Tang, Gaozu y Taizong —cada uno de los cuales había empleado sin vacilación

la violencia y la traición para conquistar el poder— eran figuras heroicas, que encarnaban a un tiempo las virtudes del rey y del hegemón, ofreciendo beneficios históricos a la sociedad. No tenía sentido contraponer los métodos del *wang* y del *ba*: todo método de gobierno exitoso se basaba en un equilibrio entre ambos. Zhu Xi, sorprendido al descubrir que entre los estudiantes de Zhejiang una «pandilla de sinvergüenzas abogaban soezmente por despreciar al *wang* y honrar al *ba*, considerando las ventajas y calculando los resultados», advirtió a Chen contra el intento fatal de combinar integridad y utilidad^[176]. Aquel fue el último debate al respecto en mucho tiempo. En 1238 un decreto imperial convirtió el sistema de Zhu Xi —rebautizado oficialmente como *li xue*, Escuela de Principios— en ortodoxia estatal, y a él mismo en objeto de adoración en los templos confucianos. En 1313 sus Cuatro Libros —habiendo sido posteriormente el de Mencio purgado de sus pasajes incómodos— se convirtieron en base del sistema de exámenes. A partir de entonces ya no habría ambivalencia. El *ba* se convirtió en sinónimo del interés egoísta y la violencia y el *wangdao* y el *badao*, en polos del bien y del mal, cuyas connotaciones se hundían en el lenguaje popular, en el que el *ba* se convirtió en un término coloquial para la intimidación y el *bawang* podía aplicarse en *Hóng lóu mèng* [El sueño del pabellón rojo] de mediados del siglo XVIII (con el segundo término como complemento más que contrapeso del sentido peyorativo del primero) como reproche al reprensible hermano de Baochai, el depravado Xue Pan.

II

La entronización de la Escuela de Principios como doctrina del Estado no redujo la cultura confuciana en la China Ming-Qing al sistema de Zhu Xi. La literatura pudo prosperar, pese a su menosprecio; perspectivas filosóficas alternativas hallaron expresión, y surgieron nuevas disciplinas, principalmente una filología de mentalidad más histórica. Pero el pensamiento político quedó esterilizado, y el conformismo ideológico con un orden neoconfuciano de moralismo estático abstracto se vio reafirmado por la represión y la censura con la llegada de los manchúes.

En Japón, durante el mismo periodo, los estudios confucianos tomaron una dirección totalmente distinta. Allí, desde el siglo XII, habían gobernado guerreros

más que funcionarios, en una sociedad feudal con una figura imperial a la cabeza, pero sin una burocracia estatal centralizada; el poder político supremo era ejercido por una sucesión de *shōguns*, los señores de la guerra más poderosos del país. Después de ciento cincuenta años de conflictos intestinos, a principios del siglo XVII el shogunato Tokugawa había pacificado el país y estableció un régimen estable (Baku-han), en el que las ideas confucianas podían cobrar por primera vez un carácter significativamente autóctono. El escenario en que lo hicieron difería radicalmente, sin embargo, del chino. No había un sistema de exámenes para los altos funcionarios ni un culto a los antepasados ni templos confucianos. Tradicionalmente, la legitimación del poder provenía del budismo, mucho más arraigado que en China, o del sintoísmo. Los intelectuales confucianos —normalmente facultativos, monjes o samuráis desclasados— partían, pues, de posiciones marginales y eran susceptibles de ser acusados de un sinocentrismo antipatriótico. Sin embargo, la cultura china siempre había gozado de gran prestigio en Japón, y podían recurrir a un conjunto de enseñanzas mucho más amplio y sofisticado que cualesquiera rivales que pretendieran influir en el *bakufu*, que poco a poco —hacia la época del cuarto o quinto *shōgun* de Tokugawa— los integró en su administración aunque nunca con el estatus de sus homólogos chinos. Al mismo tiempo, dado que en Japón no había una centralización burocrática del poder, también eran, en muchos aspectos, más libres que los letrados chinos, ya que el *bakufu* no solo estaba flanqueado por una corte imperial que, aunque prácticamente impotente, retenía su aura simbólica, sino que solo controlaba directamente una tercera parte del país, quedando el resto en forma de feudos de señores *daimio*, cada uno con sus propios ingresos y guerreros; aunque debían lealtad al *shōgun*, funcionaban independientemente en sus dominios. A su debido tiempo, además, el orden feudal japonés permitió en Edo y Osaka una cultura mercantil mucho más dinámica que la tolerada por la autocracia Qing en las ciudades de China. En aquel paisaje mucho más variado, el espacio para el pensamiento independiente era significativamente mayor.

En aquellas condiciones, los confucianos afrontaban problemas políticos para los que sus fuentes chinas ofrecían escasa orientación. La unidad del reino era un valor absoluto en el canon clásico chino que, a partir de los tiempos de Qin, se había configurado en la práctica en torno al Estado imperial centralizado. Pero, si la división del reino no se podía aceptar de ninguna manera, no sucedía

lo mismo con el derrocamiento de una dinastía. El mandato del cielo se podía perder. Era como un préstamo, no un título irrevocable de poder, transferible *ex post facto* a una rebelión triunfante. En Japón sucedía exactamente al contrario. La soberanía estaba dividida entre un gobernante militar al mando formal del país y un emperador residual, que era quien teóricamente le delegaba el poder. La línea imperial, por otra parte, podía ser impotente pero no se rompía. Los emperadores chinos se hacían llamar Hijos del Cielo, pero el título era metafórico: nadie lo entendía literalmente, siendo el Cielo, además, una pura abstracción. Los emperadores japoneses eran, por el contrario —en la mitología; biológicamente, eran de origen coreano—, progenie del acoplamiento de la diosa Amaterasu con su hermano. Este origen espiritual religioso hacía imposible de hecho su sustitución, aunque no su neutralización. ¿Cómo se teorizaba esta combinación y la tensión inherente a una soberanía dividida? Los confucianos tenían a mano la dicotomía entre rey y hegemón o, en japonés, entre *ō* y *ha*. ¿Se podían hacer esas figuras equivalentes a la del emperador y el *shōgun*? En tal caso, ¿había que preservar sus valencias o debían modificarse? ¿O era la propia división de la soberanía una anomalía en sí misma que no debía ser legitimada, sino criticada y superada?

Bregando con este conjunto de problemas durante los más de doscientos cincuenta años del shogunato Tokugawa, los intelectuales japoneses no solo generaron un corpus de pensamiento político más vivo y más rico que el que podía darse bajo los Qing en China, sino que necesariamente alteraron los significados y las connotaciones del *wangdao* y el *badao*. Al principio, el principal representante del *ru*, Itō Jinsai (1627-1725), que en general prefería evitar las cuestiones de estatalidad, no podría haber sido más ortodoxo, declarando: «La distinción entre el verdadero rey y el hegemón es el primer principio del confucianismo». Más original y políticamente dotado, Ogyū Sorai (1666-1728), fomentó el estudio de Han Feizi en un momento en que todavía se trataba de un autor maldito en China^[177], y atacó a Mencio por su oposición moralizante entre el *wangdao* y el *badao*. «Los verdaderos reyes», escribió, «se diferencian de los hegemones simplemente por cuestiones de rango relacionadas con su época histórica», no según la humanidad u otras características de sus métodos de gobierno ya que, si los hegemones tenían que ejercer coerción, «eso era algo —proseguía— que no puede evitarse»; porque, después de todo, «ni siquiera Confucio tenía un feudo de un *shaku* y, por lo tanto, no pudo ejercer el

poder. Aunque una persona sea virtuosa, ¿cómo podría evitar recurrir a la fuerza?»¹⁷⁸].

Sorai, que tenía una baja opinión del nivel cultural de los gobernantes militares pasados y presentes del país, con la excepción del fundador Tokugawa Ieyasu, considerándolos «ineducados», no ofreció una justificación explícita del *bakufu* sobre esa base; el *ha* seguía siendo un término demasiado delicado como para aplicarlo al *shōgun*. Pero, como dejó claro que consideraba la línea imperial políticamente difunta, y sus criterios para el ejercicio del poder eran decididamente consecuencialistas, los críticos no dudaron en atacarlo como poco más que «un hegemón confuciano» que, como el *ha*, fingía benevolencia para propagar la subversión¹⁷⁹]. Su tratado inédito sobre el gobierno, que contenía muchas críticas inquietantes sobre los males sociales de la época, bien podría haberse considerado subversivo, al igual que su advertencia de que, «aunque los *daimyo* son todos vasallos del *shōgun*, algunos pueden tender interiormente a considerar al emperador como su verdadero soberano, ya que sus títulos se conceden como cartas imperiales de nombramiento emitidas por la corte. Si siguen sintiendo que son vasallos del *shōgun* simplemente por temor a su poder, en los años venideros puede haber problemas»¹⁸⁰]. Siguiendo a Sorai, su discípulo Dazai Shundai (1680-1747) sostuvo que los preceptos de Mencio podían estar bien como dieta política en tiempos ordinarios pero que, para las enfermedades, se requería una medicina más fuerte basada en el legalismo, cuando el *badao* podía servir mejor que el *wangdao* para la función primaria de todo gobierno: asegurar el bienestar material de la gente. La línea imperial era un mero «hilo pendiente», incapaz de responder a las necesidades sociales; un *shōgun* que sí lo hiciera merecía el título de «gobernante famoso».

Esos pensadores nunca disfrutaron de una verdadera proximidad al poder. Arai Hakuseki (1657-1725), en cambio, formaba parte del aparato interior del *bakufu* como asesor de los shogunes Tokugawa VI y VII. Sin preocuparse por la exégesis de los textos clásicos, redactó una historia política del Japón desde la época medieval, en la que sucesivos predecesores de los Tokugawa —Taira, Muromachi, Ashikaga, Oda, Hideyoshi— eran tratados como otros tantos *ha* que habían respetado la dinastía imperial, pero vaciándola tanto de poder que su narración podía esencialmente ignorar al trono. Sin embargo, al no convertirse ellos mismos en monarcas, habían perpetuado una soberanía bifurcada que carecía de garantía confuciana. ¿Cómo debían rectificarse los nombres, de modo que correspondieran a la realidad de las cosas? La solución de Hakuseki fue

inclinarse el shogunato hacia el estatus real de un *ō*, ignorando el aura de la corte imperial sin deponerla, ya que la autoridad religiosa seguía siendo necesaria una vez que se había roto el poder de los monasterios. Pero eso planteaba su propio problema ya que, en el orden mundial confuciano después de Qin, un rey era el gobernante de un reino periférico —Corea o Siam— que rendía homenaje al emperador de China: un estatus inaceptable para cualquier Tokugawa y para el propio Hakuseki, para quien Japón, como Imperio del Sol Naciente, prevalecía sobre cualquier otro^[181]. El octavo *shōgun* renunció a cualquier intento de unir los protocolos del *ha* y el *ō* bajo el dosel del *bakufu*.

En la dirección opuesta, Yamagata Daini (1725-1767) lamentó el estado de la «casa caída» del *tennō*, un «preso virtual» en Kioto, incapaz incluso de recorrer sus provincias. Citando a Confucio —«en el Cielo no hay dos soles, un pueblo no tiene dos reyes», preguntaba: «¿De qué lado nos deberíamos poner? Uno otorga honores, pero es pobre. El otro dispensa riqueza, pero no goza de prestigio. La autoridad está dividida porque la gente no puede obtener ambos. Uno debe ser soberano; el otro, súbdito»^[182]. El shogunato debía asistir a la dinastía, no expropiar el poder imperial. *In extremis*, insinuó, tal usurpación podría provocar una rebelión triunfante como en China. Las cosas no habían llegado a ese punto, pero una soberanía dividida era antinatural e inestable. Para que el reino sanara, nombre y cosa, título y poder, debían reunirse en torno al emperador. Su tesis fue ridiculizada así por un defensor del orden establecido: «El *shōgun* mantiene el estatus de súbdito a pesar de que domina todo el reino. Esta hermosa costumbre japonesa, sin paralelo en ninguna parte, es algo que los estudiosos confucianos no pueden apreciar. ¡Contén tu lengua, seguidor de doctrinas ajenas!»; poco después Daini fue ejecutado por orden del *bakufu*^[183].

Desde una postura más radical que la de Sorai y Shundai, Kaiho Seiryō (1755-1817), rechazando un fondo samurái bien conectado para la vida como un estudioso independiente, procedió a una transvaloración al cuadrado de la dicotomía de Mencio. El Camino Real —*ōdō*— estaba muy bien para un imperio pacificado al que no amenazaran presiones o peligros externos: era adecuado para un «anciano imperturbable y paciente». La vía hegemónica —*hadō*—, en cambio, se hacía precisa donde no había tal seguridad, sino un ambiente de conflicto y competencia, que exigía un tipo muy diferente de gobernante, con «rara inteligencia, de talento afilado como la punta de un taladro y deslumbrante para el ojo»^[184]. Ahí, en otro giro inesperado, Seiryō asignaba al *bakufu* una posición de pensionista como *ō*, promoviendo el *daimyō* al papel dinámico,

potencial o real, del *ha*. Pero tampoco era todo esa inversión y desplazamiento de los signos confucianos. La competencia era el fluido vital del hegemon, pero no era principalmente militar, sino económica. El medio esencial de la rivalidad no eran las tropas ni las armas, sino las fábricas y el comercio, ya que la riqueza era la raíz del poder, y cada *daimyō* debía aspirar a maximizar la propia. Seiryō consideraba toda relación social —entre señor y vasallo, amo y sirviente, comprador y vendedor— como un intercambio económico. El mundo de las relaciones era un universo de mercancías y nada más. «Todo bajo el cielo es mercancía». La estratificación social era un mero producto del hábito y el rechazo confuciano del interés propio, un ardid cínico para engañar a los pobres. Los ritos y la música eran «juguetes infantiles» y los valores morales, utensilios para distintos usos, como las diversas cacerolas que cuelgan en una cocina. Sería difícil imaginar una inversión más completa del *ru*.

Las enseñanzas de Sorai habían sido censuradas por el *bakufu* en la Purga de Kansei conducida por Matsudaira Sadanobu en 1790, donde se estableció la versión de Zhu Xi del neoconfucianismo como ortodoxia oficial. Seiryō, alumno de Shundai, dejó Edo un año antes de la Purga y, viajando modestamente de un lugar a otro en las provincias, escribiendo notas y dando charlas, escapó a la vigilancia. Después de él, la heterodoxia viró en una dirección más nativista hacia el polo de referencia imperial, culminando a mediados de siglo, cuando creció el descontento con el inmovilismo Tokugawa ante la intrusión occidental, lo que dio lugar a la ideología conocida como *sonnō jōi* —«defender al emperador, expulsar al bárbaro»— de la que se alimentó la rebelión que acabó derrocando el shogunato en 1867^[185]. En sus últimos años se le adjudicó por primera vez ampliamente la etiqueta de *ha* como un estigma inequívoco. En 1855 el más dotado intelectualmente de todos los jóvenes rebeldes contra la inercia del *bakufu*, Yoshida Shōin, pronunció una serie de conferencias sobre Mencio exigiendo un cambio fundamental e invitó a un anciano erudito de su *han* Chōshū, Yamagata Taika, a responderle. Se le dijo entonces que, «en nuestra tierra, muchos dicen ahora que el *bakufu* es un hegemon y que los diversos *daimyō* son vasallos de la corte imperial», justo lo que Sorai había temido que algún día llegara a pasar. «Ese es un error que proviene de la insistencia de los letrados formados en el pensamiento chino en usar términos de la antigua China para referirse a asuntos de nuestro país». En Japón había, por el contrario, como explicaban los pronunciamientos oficiales, una legítima delegación de autoridad del emperador al *shōgun*. En palabras de Yamagata, «las condiciones en nuestro

país difieren de las de China y aquí no hay tal cosa como un *ba*. En China el término *ba* se aplicaba a uno de los muchos señores que, encabezando un Estado grande y fuerte, usaban su fuerza militar para dominar a los señores de otros Estados y encabezarlos en una liga. La corte militar actual [esto es, el *bakufu*] no es solo el amo de un Estado; mantiene bajo su autoridad las tierras y el pueblo de todo el reino. Por eso no se le puede considerar como un *ba*», mientras que los *daimyō* eran «todos ellos vasallos del *shōgun* que los enfeudaba». Shōin replicaba a esto que los sucesivos shogunatos —enumerando cinco *ba* como en la antigua China: Minamoto, Ashikaga, Oda, Hideyoshi y Tokugawa— habían actuado como hegemones tal como los describió y condenó Zhu Xi, mitigando únicamente la culpabilidad de los Hideyoshi, que habían venerado sinceramente al emperador^[186]. Cuatro años después, Shōin fue ejecutado, para acabar ser considerado como un mártir una vez que la Restauración Meiji puso fin a la dualidad de la soberanía en Japón.

Sin embargo, esa dicotomía centenaria no murió con él, persistiendo en dos aspectos políticamente opuestos. Cuando los oligarcas Meiji ignoraron su promesa en la Carta de la Restauración de introducir una Constitución y una asamblea deliberativa, en la década de 1880 surgió un movimiento por los derechos populares cuyos brotes de rebelión tuvieron que ser reprimidos por la fuerza. En medio de aquella crisis, un joven intelectual sin hogar que enseñaba en un pueblo de montaña, Chiba Takusaburō, expuso un proyecto detallado de una Constitución y un parlamento liberal para el país con una versión novedosa del *ōdō* («el Camino del Rey»), en la que rechazaba a los «confucianos decadentes e ignorantes rurales» que retorcían el Camino del Rey para propugnar una monarquía absolutista al estilo de Luis XIV, convirtiendo la máxima «el rey nunca muere» en «el pueblo nunca muere»; iniciaba su ensayo explicando que el *ōdō* ni siquiera requería una monarquía; un país sin un príncipe podía seguirlo perfectamente^[187]. Takusaburō murió en la pobreza un año después. La Constitución Meiji, aprobada una vez que los disturbios habían sido reprimidos, iba a crear un orden político cuya lógica era la antítesis de sus esperanzas.

Pero el *ōdō* recibió su forma ideológica final en la expansión imperialista que presidía el nuevo Estado. Nanbu Jiro (1835-1912), de un *han* leal a los Tokugawa, que había servido como cónsul Meiji en China y presenciado la decadencia de la monarquía manchú, comenzó a argumentar que se necesitaba una visión común para unificar Asia y que se encontraría en el benevolente

Camino del Rey, defendido desde antiguo en los clásicos confucianos, más que en la vía hegemónica de dominación seguida por las potencias occidentales. Sus ideas iban a fascinar a un joven militar, Ishiwara Kanji (1889-1949), quien se iba a convertir en uno de los conspiradores del incidente de Mukden en 1931, que propició la invasión de Manchuria por Japón, y en jefe de operaciones en el Estado Mayor en 1935. Posteriormente se opuso a la Guerra del Pacífico, siendo destituido por la virulencia de sus ataques contra Tōjō. En los prolíficos escritos de Ishiwara, la mente más apocalíptica e inconformista del Ejército Imperial, en los que se combinaba el *Kriegskunst* alemán con el budismo de Nichiren, el *ōdō* se convirtió en la misión edificante de Japón en Manchuria con la entronización del último emperador Qing, Pu Yi, como gobernante benevolente del país; luego debía ampliarse a toda Asia Oriental, ordenándola contra el despiadado hado de los hegemones de Occidente, por no hablar de la Unión Soviética^[188]. Una versión civil de la misma concepción, empleando la misma dicotomía, fue obra del antiguo intelectual y periodista liberal Tachibana Shiraki, también desplazado a Manchuria, y se convirtió en un componente estándar del arsenal ideológico del Ejército de Kwantung^[189]. Lejos de abandonar esa concepción cuando fue marginado en 1939, Ishiwara abogó por su realización a cargo de una Liga del Asia Oriental, cuyo diseño despertó las sospechas de las autoridades como insuficientemente japonés al diferir de la Esfera de Coprosperidad proclamada en 1940. Cuando cualquier idea del *ōdō* se había desvanecido en 1945, después de una guerra contra Estados Unidos a la que él se había opuesto, terminó como testigo de la defensa en los juicios de Tokio, condenando también los crímenes del *hadō* en Hiroshima y Nagasaki desde el otro lado del océano.

III

En la China de finales del siglo XIX y principios del XX, el espacio del pensamiento político se modificó. En la época clásica, la hegemonía había llegado a entenderse como coerción oponiéndola a la persuasión, en una cultura cuyo pensamiento político las distinguía más tajante y sistemáticamente que en Occidente. Pero eso sucedía en una civilización sin competidores reales. La hegemonía permaneció como una noción con una carga exclusivamente interna: en ausencia de cualquier orden interestatal, no tenía aplicación externa. El

sistema tributario, idealizado en el pensamiento confuciano como homenaje de los países vecinos a la autoridad imperial del Imperio del Centro, era la antítesis conceptual de la misma. Pero, una vez que China se enfrentó al imperialismo occidental, el término podría ser fácilmente aplicado a sus depredadores.

En 1924 Sun Yat-sen, dirigiéndose a una audiencia en Kobe, llamó a los pueblos de Asia a sacudirse el yugo de la opresión occidental en una lucha común por su libertad e independencia. Dos civilizaciones, explicó, habían entrado ahora en conflicto. Durante los últimos siglos, la civilización europea se había basado en una cultura de la fuerza: aviones, bombas y cañones. En el idioma de los antiguos, representaba la regla del *badao*, que siempre se había menospreciado en Oriente, ya que había una civilización asiática superior, cuyos valores eran «benevolencia, justicia y moralidad», un orden que los antiguos habían llamado «Camino Real» (*wangdao*). El contraste entre los dos era muy claro. Durante mil años, China había estado en la cima del mundo, siendo tan poderosa como Estados Unidos y Gran Bretaña juntos hoy día. ¿Cómo se relacionaba entonces China con las naciones más débiles? ¿Enviaba su ejército o armada para obligarlas a la sumisión? Lejos de ello, remitían un tributo a China por su propia voluntad, considerando un honor poder hacerlo y una vergüenza si no lo hacían. Bajo el pabellón del Camino Real, seguían haciéndolo generación tras generación, no solo desde países como Nepal, sino incluso desde la lejana Europa. Hoy, en cambio, ¿podrían los pueblos de Asia recuperar su independencia confiando solo en la benevolencia? Eso era imposible. Japón y Turquía se habían armado, y el pueblo chino tendría que recurrir a la fuerza para vengar sus ofensas y recuperar su libertad. En esa lucha, la nueva Rusia se había separado de Occidente y se había unido al Oriente en un *wangdao* común. ¿Qué pasaba con Japón? Se había familiarizado con la norma occidental del poder, pero conservaba rasgos orientales de la norma del derecho. La cuestión que se planteaba ante su pueblo era si su país se convertiría en un halcón y un lacayo de Occidente, o en un pilar de la fuerza de Oriente^[190].

En China, mientras hablaba, los términos que utilizaba ya estaban desapareciendo. Con la caída de la monarquía a la que él había contribuido tanto, la invocación de cualquier *wangdao* quedaba obsoleta y, con la consolidación de la república, llegaron las abstracciones de un nuevo vocabulario político, alterando su opuesto en un cambio conceptual de persona a sistema en los rangos superiores de uso, eliminando la noción tradicional de un Camino. En lugar del hegemón, ahora figuraba la hegemonía, pasando del *ba* al *baquan*, como su

correlato en Occidente, que desde aquel momento sería un término mucho más usual. Disponible en unos pocos comentarios Song poco conocidos del periodo de la Primavera y el Otoño, ahora comenzó a proliferar después del movimiento del 4 de mayo contra el Tratado de Versalles y, en los años treinta, tenía ya un lugar en el vocabulario político, aunque quizá no muy prominente.

Después de la Segunda Guerra Mundial esto cambió. En 1946, entrevistado por Anna Louise Strong, Mao denunció el impulso expansionista de Estados Unidos de rodear el mundo con sus bases como una apuesta por la hegemonía global, introduciendo por primera vez el *baquan* en el discurso comunista^[191]. Durante algún tiempo el término estuvo en barbecho en el vocabulario de la República Popular, pero, con el estallido de un feroz conflicto ideológico y diplomático con la Unión Soviética durante la Revolución Cultural, se aprovechó como designación del carácter parecido de las dos superpotencias de la época que pujaban, cada una a su modo, por la hegemonía global. Cuando la República Popular China recuperó finalmente su asiento en la ONU y en su Consejo de Seguridad a finales de 1971, en el primer discurso de su delegado ante la Asamblea General, este elogió el «creciente número de países medianos y pequeños» que se oponían «a la hegemonía y la política de poder de una o dos superpotencias». Cuando las relaciones con la URSS empeoraron, el 1 de enero de 1973 el pueblo chino fue aleccionado por Mao —en una variante del consejo de Zhū Yuānzhāng, el fundador en el siglo XIV de la dinastía Ming— para «excavar profundos túneles, almacenar grano en todas partes y nunca pretender la hegemonía». En febrero del año siguiente Mao explicó que había tres mundos, como se solía considerar en la década de los sesenta, pero que sus componentes habían cambiado. Estados Unidos y la URSS formaban el Primer Mundo; «elementos intermedios» como los países de Europa, Japón, Canadá o Australia, el Segundo Mundo, y toda Asia, con la excepción de Japón, África y América Latina, constituían el Tercer Mundo^[192]. Sus comentarios fueron rápidamente codificados en un comentario autorizado como denuncia del *baquanzhuyi* o «hegemonismo», indicando el sufijo una escalada semántica. A partir de entonces, el deber de «combatir el colonialismo, el imperialismo y el hegemonismo» se convirtió en una consigna de la República Popular China, reiterada en editoriales, discursos, documentos y pronunciamientos desde la cumbre del Estado: fue el tema central del discurso de Deng Xiaoping en las Naciones Unidas en abril de 1974, invocando «la lucha de todos los pueblos

contra el imperialismo y particularmente contra el hegemonismo», y también un *leitmotiv* del discurso de Zhou Enlai al Congreso Nacional del Pueblo al año siguiente; los peligros de hegemonismo quedaron inscritos en la Constitución de 1975 de la República Popular China, donde permanecen hasta la fecha¹⁹³l.

En los últimos años de la Revolución Cultural todos los discursos compartían, de un modo u otro, la línea oficial. Con la llegada de la Era de la Reforma se abrió un espacio para los pronunciamientos políticos que era menos oficial, surgiendo pensadores con sus propias agendas, algunas notablemente divergentes de las directivas estatales. Desde mediados de los años noventa ha destacado entre ellos Yan Xuetong, quien, después de un doctorado en Berkeley y una década trabajando para un *think tank* del Ministerio de Seguridad del Estado, encabeza ahora el Instituto de Relaciones Internacionales Modernas de la Universidad de Qinghua. Durante su periodo de estancia en Estados Unidos, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, Deng Xiaoping había reformulado la política exterior china tras la desaparición de la URSS —ahora solo había una superpotencia— con un conjunto de directivas cuya frase más famosa iba a ser «ocultar nuestras capacidades y esperar nuestro tiempo», y que también incluían el precepto de Mao en 1973 «no busquemos nunca la hegemonía»¹⁹⁴l. Durante los veinte años siguientes prevaleció efectivamente en la República Popular la doctrina de que era esencial para China mantener un perfil bajo, pero Yan trató de ofrecer ahora otra agenda más ambiciosa. Al iniciarse el nuevo milenio, China podía aspirar al liderazgo mundial, para lo que requería una gran estrategia y una teoría para encontrarla.

La teoría que ideó fusionaba las relaciones internacionales que había absorbido en Berkeley con los clásicos pre-Qin. De las primeras tomó el toque de realismo de Morgenthau; de los últimos, cualquier cosa que pudiera servir a su propósito, rechazando cualquier intento de precisión filológica o histórica como erudición irrelevante para la ciencia tal como la practican los especialistas en las relaciones internacionales contemporáneas. Seleccionó, amalgamó y modernizó a su antojo pasajes y términos del canon clásico, en una adaptación tácita del esquema de Sun Yat-sen para el nuevo siglo. En el clima restauracionista de los círculos intelectuales de la década de los noventa, en el que se podía detectar la nostalgia del monarquismo constructivo de los Qing o de Yuan Shikai, el *wangdao* podía reaparecer ahora como el ideal político supremo, la «verdadera realeza» en la concepción de Yan. El *badao*, en cambio, quedaba

relativizado. La guía adecuada para los tiempos modernos no era la dicotomía rígida de Mencio, sino la tricotomía de Xunzi. La hegemonía era inferior a la verdadera realeza, pero mejor que *qiangdao* como mero poder, compartiendo algunas características positivas con la realeza, apreciada por Xunzi. Ambos requerían una sólida base de poder material (económico y militar). Lo que las diferenciaba era el factor que Xunzi había considerado acertadamente como decisivo: el poder político, que, a lo largo de la historia, prevalecía sobre los otros dos. Era, por supuesto, un término moderno; pero los antiguos habían captado su esencia: para ellos estaba en «la virtud, la benevolencia, el Camino, la justicia, la ley, los valores y los conocimientos»; en suma, en la moralidad^[195]. Lo que definía la superioridad de un *wang* sobre un *ba* era una mayor moralidad: la benevolencia real sobre (en el mejor de los casos) la fiabilidad hegemónica. Un buen Estado era entonces, como lo es ahora, el gobernado por un líder sabio apoyado por ministros dotados de talento.

A nivel internacional, concedía Yan, Xunzi era menos perspicaz, subestimando el grado en que el poder militar y económico es más importante en las relaciones interestatales que en las internas. Pero sí entendía que la jerarquía era esencial para el orden, no solo dentro de una sociedad, sino entre Estados, cuyas diferentes magnitudes siempre han impuesto diferentes responsabilidades, desde el Sistema de Cinco Normas u Ordenanzas de los Zhou occidentales al Consejo de Seguridad de hoy día. Además, y esto es lo importante, su presentación de la diferencia entre la hegemonía y la verdadera realeza captaba el contraste entre el papel actual de Estados Unidos y el futuro potencial de China en el mundo contemporáneo. Sin lugar a dudas, Estados Unidos es todavía la superpotencia mundial, que ejerce un *baquan* militar y económico sobre otros países, grandes y pequeños^[196]. China no ha conseguido todavía igualarlo en tal poder material, aunque la brecha entre ellos se vaya cerrando. Pero, tal como son las cosas, a lo que China debe aspirar es al liderazgo moral. En ese aspecto decisivo ha emprendido un buen comienzo al poner la reforma económica por delante de la política, una prioridad «universalmente aceptada por las naciones en vías de desarrollo», que han concedido a China un «estatus preeminente en el mundo en el campo de la reforma»^[197]. Pero el país tendía todavía demasiado a considerar el éxito económico que había obtenido como la clave del liderazgo internacional, que solo podía ser político y, por lo tanto, moral. Para hacer más comprensible —y aceptable— para las audiencias occidentales la perspectiva de la primacía global de China, Yan cambió su designación cuando publicó sus

ideas en forma de libro, tres años después de ofrecerlas a los lectores chinos. Para el consumo occidental, la «verdadera realeza» a la que ahora debía aspirar la República Popular China se rebautizó como «autoridad humana», remontando el eufemismo a la Antigüedad^[198]. Con el advenimiento de Xi Jinping a la presidencia de la República Popular, que exigía un rejuvenecimiento del país, las esperanzas de Yan en un curso nuevo y más audaz para él se elevaron. Ya no está obligado, explicaba a sus lectores anglófonos, a la estrategia de Deng de «mantener un perfil bajo» (MPB), sino que ahora debía «esforzarse por el logro» (EPL). El horizonte de la autoridad humana, cuando China desplazaría al hegemón al frente del mundo, apuntaba en el horizonte. Para alcanzarlo, la RPC debía abandonar su rechazo a las alianzas, establecer bases en el extranjero y preferir la ayuda militar a la económica para los países en vías de desarrollo, pero sin buscar la hegemonía, sino demostrando su liderazgo moral ante la consideración de las naciones, alzando la bandera de las Naciones Unidas y las normas legales internacionales y ayudando a castigar a quienes las desprecian^[199].

Con esa construcción se creaba una imagen especular de las apologías occidentales de la supremacía estadounidense, pudiendo equipararse su «autoridad humana» al «liderazgo de Estados Unidos» o, en su siguiente recensión, a la «hegemonía liberal» (véanse Nye, Hoffmann e Ikenberry). Consciente de la valencia positiva de esta última descripción entre sus interlocutores en *think-tanks* en Europa y América, Yan reajustó posteriormente su terminología, explicando que esperaba que China se convirtiera en «un nuevo tipo de hegemón»^[200], multiplicando a sus amigos por su conducta humana y por su ética más elevada. El vuelco no está acabado, ya que las respectivas reivindicaciones occidentales y orientales de un sistema de valores superior nunca han coincidido desde los días de Sun Yat-sen (o, a un nivel más etéreo, Gandhi). Algo característico de la perspectiva de Yan es la creencia confuciana en que el pensamiento determina la realidad social y la moralidad gobierna el cambio, una estructura profunda en la mentalidad colectiva que halló su propia expresión en la Revolución Cultural. En la era de la política de puertas abiertas, su versión dice: «La causa básica de los cambios en el poder internacional reside en el pensamiento de los líderes más que en la fuerza material»^[201]. El moralismo de la verdadera realeza, por muy travestido que resulte a ojos extranjeros, tiene las mismas raíces. Yan invoca a Morgenthau para reivindicar

un realismo que, inmune a la ironía de Carr, atribuye complacientemente moralidad al ejercicio del poder más que negarla.

CAPÍTULO X

Corte transversal

En Occidente, la construcción entrelazada de la hegemonía desarrollada por Arrighi fue propuesta independientemente por otro pensador de izquierdas casi al mismo tiempo. En 1981-1982 Robert Cox, un canadiense que había trabajado durante un cuarto de siglo en la Organización Internacional del Trabajo, publicó dos ensayos proponiendo un nuevo enfoque para el estudio de las relaciones internacionales basado en el legado de Gramsci, seguidos en 1987 por una ampliación en forma de libro: *Production, Power and World Order*. Al igual que Arrighi, Cox definía una hegemonía global como la expansión hacia el exterior de la hegemonía interna de una clase social dominante, que liberaba las energías de su ascenso al poder más allá de las fronteras estatales para crear un sistema internacional capaz de ganarse la aquiescencia de los Estados y clases más débiles, alegando representar intereses universales. Que lo lograra o no dependía de un ajuste coherente entre las tres fuerzas básicas de cualquier estructura del poder: capacidades materiales, ideas e instituciones; emblemáticamente, en el caso de la *Pax Britannica*, el ejercicio del poder marítimo, la ideología liberal del libre comercio y las funciones reguladoras de la City de Londres^[202]. Tal configuración descansaba siempre en fuerzas sociales insertas en relaciones de producción particulares. Si estas se alteraban, sus efectos se dejarían notar en todo el sistema. Clásicamente, como había demostrado Carr, con la aparición de la industria pesada en Europa había surgido una clase obrera industrial cuyas demandas de bienestar generaron exigencias de protección que intensificaron las rivalidades interestatales que, al explotar en la Primera Guerra Mundial, acabaron con la hegemonía británica. Fueron los Estados más poderosos los que sufrieron una profunda revolución socioeconómica y desarrollaron todas sus consecuencias y, uniendo «un elemento ideológico e intersubjetivo a la relación bruta de poder», obtuvieron una hegemonía superior a cualquier mero

imperialismo. Tal era la situación que disfrutaba Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial.

Aunque ninguno de los dos citó nunca al otro, la proximidad entre las formulaciones de Cox y de Arrighi era muy estrecha, aunque no fuera completa. Esto correspondía en parte a las diferencias de formación y audiencia. Por muy radical que fuera su perspectiva, Cox era un producto de su ambiente: la OIT no era el Gruppo Gramsci, y su estilo académico era más convencional. Aunque distinguía entre la «resolución de problemas» y la teoría «crítica», no se sentía a gusto con la primera, publicando sus trabajos en colecciones o revistas cercanas a los intereses de las estructuras que criticaba, y se dirigía en primer lugar a la comunidad profesional de las relaciones internacionales, más que a una audiencia política de izquierdas más amplia. Por otra parte, en su exposición era más expresa y sistemáticamente gramsciano que Arrighi^[203]. Las diferencias más significativas, sin embargo, estaban en otra parte. Cada uno era fuerte donde el otro era menos. En Cox no existe una teoría amplia de la financiarización ni ninguna dialéctica entre territorialismo y capitalismo: los Estados nacionales carecen de exploración histórica o peso en sus textos. Las clases, por otra parte, figuran con mayor profundidad y matices —Cox hacía uso de la noción gramsciana del bloque histórico—, y las normas e instituciones internacionales figuran más destacadamente como elementos disciplinarios de un sistema hegemónico. En el mundo contemporáneo, donde la producción se iba haciendo estructuralmente cada vez más transnacional, era crucial el surgimiento de una clase gerencial en el ápice del sistema, y el orden hegemónico estaba entretejiendo las fuerzas sociales por encima de las fronteras estatales en nuevos patrones jerárquicos. Cox consideraba cuidadosamente no solo la gama de grupos dominantes y subordinados, sino también distintos tipos de producción en todo el mundo^[204], tal como aparecieron en los últimos años del mandato de Reagan, más de una década después del comienzo de la larga recesión a principios de la década de los setenta.

¿Dónde se situaba en esas nuevas circunstancias la hegemonía estadounidense? En aquel entonces Cox concluía, como Arrighi, que, bajo el impacto de la crisis continua y los síntomas de desorden, estaba declinando a una mera dominación, un juicio que iba a alterar en años posteriores. Pero la influencia de su trabajo no llevaba siempre en la misma dirección. Característico de las escuelas «neogramscianas» directa o indirectamente inspiradas por él iba a

ser el énfasis de Cox en los bloques de clase transnacionales y su articulación con el hegemón. En esa tradición intelectual, el análisis más desarrollado de la constelación de fuerzas globales a raíz de la crisis financiera de 2008-2009 llegó a un veredicto distinto. En un ensayo producido en Gran Bretaña y que se alineaba con Cox, Richard Saull iba a ofrecer una sorprendente conainterpretación de la época. *Contra* Arrighi, la hegemonía estadounidense no se hallaba en un declive terminal^[205]. La financiarización había generado una nueva forma de capitalismo más cuajada de crisis, pero, cuando llegó el crac de 2008, Estados Unidos y sus socios del G-7 habían mostrado su capacidad de cooperar para hacerle frente. Hasta la fecha no había pruebas de un cambio básico en el poder económico fuera de Estados Unidos. China no era un contendiente suficiente, ya que su modelo de crecimiento dependía todavía de las exportaciones a Estados Unidos, obligando a Pekín a mantener unas relaciones de subordinación con Washington. Los esfuerzos para avanzar hacia un modelo basado en el consumo interno requerían una mayor liberalización de la economía china, lo que amenazaba no solo con la erosión del poder del PCCh, sino con la fuga de capitales y el aumento de las tensiones sociales. La *Pax Americana* no corría ningún peligro real por ese lado ni estaba sometida a ningún desafío interestatal tradicional, ya que su sistema hegemónico no se basaba principalmente en medidas coercitivas o autoritarias, sino en la incorporación de su pauta inicua de poder social en los acuerdos económicos internos de otros Estados, y en las normas ideológicas, culturales y políticas asociadas a ellos.

En la posguerra, el predominio estadounidense había forjado un bloque histórico que aglutinaba a la clase obrera de Occidente en torno a patrones fordistas de producción en masa y consumo creciente, complementados con la ideología anticomunista. Con el tiempo se vio socavado por la aparición de nuevas formas de producción y relaciones sociales al micronivel de las empresas, más que por cualquier estrategia deliberada por parte de otros Estados. Pero la descomposición de la fórmula orgánica de *les trente glorieuses* no significó un declive de la hegemonía estadounidense porque, en la década de los ochenta surgió otro bloque histórico que incorporaba a una parte mucho mayor del mundo en desarrollo a los dispositivos del neoliberalismo, atrayendo a regiones y capas de la población mundial cada vez más amplias a las relaciones de producción capitalistas. En Occidente el trabajo organizado fue expulsado de ese bloque histórico por la represión contra los sindicatos y la externalización de

los empleos, pero los trabajadores se integraron en él mediante una nueva división del trabajo, el crédito fácil, la nacionalización de la deuda y la importación de bienes de consumo más baratos de Asia Oriental. Allí también la generalización neoliberal del consumo individualizado y la libertad de elección, sazonados con una pizca de nacionalismo, no dejó de atraer a capas significativas de la clase obrera.

Lo más significativo, sin embargo, fue la incorporación de las nuevas clases medias de Brasil, India y China a un bloque transnacional emergente de sello neoliberal. En Brasil la financiarización, la especulación inmobiliaria y una obsesión por los artículos de lujo y en India la absorción empresarial de marcas globales y el alineamiento psíquico con Washington eran características distintivas de esa capa social. En los tres países estaba en marcha el mismo tipo de importación y absorción de procesos productivos, pautas de consumo e innovaciones tecnológicas de Estados Unidos que habían configurado la era fordista en Europa y Japón. Sin embargo China, India y Brasil, a diferencia de Europa occidental y Japón, habían preservado su autonomía como Estados frente al dominio geopolítico de Estados Unidos, y buena parte de sus sociedades estaban lejos de integrarse en el orden mundial neoliberal, creando muchas tensiones internas, especialmente en China. El complejo sistema jerárquico de la hegemonía estadounidense no tenía cobertura universal, pero era bastante estable.

II

La fuerza de este diagnóstico estaba, como la visión de Cox en general, en su sentido de las dimensiones transnacionales —no internacionales o nacionales— de la hegemonía de la civilización del capital en el siglo XXI y su condensación en formas ideológicas del neoliberalismo: «disciplinarias» o «compensatorias» según requiriera el contexto, en la convincente fórmula de otro teórico de la misma escuela^[206]. La articulación entre esos tres planos está menos desarrollada: el transnacional tiende a emborronar los perfiles de los otros dos, como si los abarcara, a expensas de ocultar su especificidad: cada uno de ellos está dotado de poderes coercitivos que el transnacional, según la definición weberiana, no posee, aunque no fueran imprescindibles, como iba a mostrar un

pensador chino cuyo trabajo sobre ese país registra no pocos de los procesos descritos por Saull. Para Wang Hui, la marca distintiva de la época actual es una despolitización de la política, esto es, la cancelación de cualquier agente popular capaz de luchar por una alternativa a un *statu quo* en el que se simulan formas representativas para vaciarlas mejor de división o de conflicto. Tal política es despolitizada, pero no desideologizada. Muy al contrario, es ideológica hasta los tuétanos. Basta considerar el primero de los tres planos de hegemonía analizados por Wang Hui, esto es, el nivel nacional y su cristalización ideológica en los países donde nació el neoliberalismo que luego se extendió al mundo entero, la Gran Bretaña de Thatcher y los Estados Unidos de Reagan. Fue Thatcher quien acuñó el más famoso eslogan del neoliberalismo, captando la esencia de la política despolitizada: «TINA: There is No Alternative». No hay alternativa; es decir, al dominio de los mercados financieros desregulados: el capital como reino de la libertad. Pero ese estaba lejos de ser el único instrumental ideológico de los regímenes de Thatcher y Reagan. De por sí era demasiado seco, demasiado contundente y, a su modo, demasiado expresivo de las realidades de la época, por lo que siempre requería un suplemento que lo cubriera y amortiguara. En Gran Bretaña fue una combinación de nacionalismo y de los valores familiares, como los llamaba Thatcher; en Estados Unidos, el suplemento era el nacionalismo y la religión. Tal dualidad ideológica es la fórmula típica de una hegemonía a nivel nacional. Históricamente, China proporcionó una de las primeras y la más duradera de todas esas combinaciones. Los contemporáneos solo necesitaban pensar en los siglos de poder estatal que, de acuerdo con la bien conocida fórmula *ru biao, fa li* era, como dijo el historiador He Bingdi, ornamentalmente confuciano y funcionalmente legalista; eso por no hablar de sus posibles variaciones actuales.

¿Qué ocurre con el tercer componente de la hegemonía en el universo despolitizado que describía Wang Hui; es decir, la componente transnacional o global, que no opera a los niveles estatal ni interestatal, sino traspasando todas las fronteras a los niveles cultural y social? Como él mismo señalaba, «la hegemonía no atañe únicamente a las relaciones nacionales o internacionales, sino que está íntimamente ligada al capitalismo transnacional y supranacional; también debe ser analizada, pues, en el ámbito de las relaciones mundiales de mercado». ¿Cuál es su sustancia ahí? «Las expresiones más directas del aparato ideológico del mercado son los medios de comunicación de masas, la publicidad,

el “mundo de las compras”, etc. Estos mecanismos no solo son comerciales, sino también ideológicos. Su mayor poder reside en su apelación al “sentido común”, a las necesidades corrientes que convierten a la gente en consumidores que siguen voluntariamente la lógica del mercado en su vida cotidiana^[207]».

Ahí se señala el *consumismo* como una pieza clave de la hegemonía global del capital. Pero también a ese nivel la estructura de la hegemonía actual es doble. El consumo es ciertamente un terreno de captura ideológica en un ámbito de la vida cotidiana; pero el capitalismo es básicamente un sistema de *producción* y es, en el trabajo, tanto como en el ocio, donde se reproduce su hegemonía en la «sorda compulsión del trabajo enajenado», como la llamó Marx, que adapta incesantemente a la gente a las relaciones sociales existentes, insensibilizando sus energías y capacidades para imaginar cualquier otro orden mejor del mundo. Es en esa doble estructura existencial, en el universo entrelazado de la producción y el consumo —por un lado, una compensación medio real y, por el otro, medio ilusoria— donde se encuentra en la base de las formas transnacionales de hegemonía del pensamiento neogramsciano.

CAPÍTULO XI

Perduración o decadencia

Esos eran los críticos del papel de Estados Unidos en el mundo después de que acabara la Guerra Fría. ¿Cómo debían concebirlo los patriotas? En vísperas de su triunfo sobre la URSS, Nye había menospreciado la *Pax Americana* como un mito y la discusión sobre la hegemonía como confusión. El término correcto para la contribución de Estados Unidos a la comunidad internacional, como había indicado Kindleberger, era el de liderazgo. Pero, una vez que Estados Unidos quedó instalado como única superpotencia, ¿podía esa tonificante locución, libre de cualquier sospecha de fuerza, seguir describiendo su nueva posición? Algunos proponían alternativas más antisépticas, carentes de su inspiración moral, como primacía o unipolaridad; pero pronto quedaron arrumbadas por la proliferación de libros y torrentes de artículos en los que, sin dejarse abochornar por las restricciones de Nye, la hegemonía se convirtió en moneda corriente en la década de los noventa. Entre los pensadores convencionales, con tal que no fueran en ese momento funcionarios de una administración u otra, había que llegar a un arreglo. Diez años después del *Bound to Lead* de Nye, John Ikenberry rastreó una equivocación sintomática. *After Victory* (2001) repasó los grandes logros de Estados Unidos en la construcción de un nuevo orden internacional después de la Segunda Guerra Mundial, integrando a Alemania y Japón en un sistema económico y de seguridad bajo su liderazgo, que había asegurado la paz y la prosperidad de Occidente. Ahora Estados Unidos debía repetir la hazaña integrando al bloque soviético derrotado. ¿Había sido alguna vez o era ahora un hegemón? Eso, en principio, parecía un nombre equivocado. Los órdenes hegemónicos eran jerárquicos y, ya fueran abiertamente coercitivos o relativamente más benignos, «se basaban esencialmente en un poder sin límites», muy distinto de un «orden constitucional», en el que «instituciones jurídicas y políticas acordadas de

antemano cooperaban para asignar derechos y limitar el poder», domándolo para «hacerlo menos trascendental»^[208]. El acuerdo de posguerra era esencialmente constitucional; Estados Unidos se comprometía a un conjunto de restricciones que limitaban las ventajas derivadas de su poder asimétrico en el concierto de las democracias. Sin embargo, la mención de la hegemonía, por incoherente que fuera con el contraste inicialmente establecido entre las dos, no podía ser totalmente desterrado. Había que admitir la existencia de una hegemonía estadounidense, después de todo. Pero no solo era «renuente», sino singularmente «abierta y penetrada», permitiendo que otros Estados hallaran su voz dentro de la prosperidad y la paz que traía^[209]. Aun así, seguía siendo un orden constitucional, uno de cuyos fundamentos, la OTAN —básicamente, «una agrupación defensiva de potencias»—, se había ahora ampliado felizmente al este. Como todos sus miembros eran democracias pluralistas, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia podía observar con justicia que eso «prácticamente excluye el ejercicio de una política exterior agresiva»^[210].

Volviendo a la carga un año después, Ikenberry era más ingenuamente asertivo. Ahora explicaba que no había contradicción entre un orden constitucional y un orden hegemónico y que el primero era el lubricante más útil del segundo, ya que «un arreglo constitucional conserva el poder hegemónico», llegando de inmediato a arreglos que le son favorables y reduciendo los costes de mantener un orden que, de otro modo, se descompondría. Las instituciones y relaciones que tal hegemonía fomenta en torno a ella producen inevitablemente rendimientos crecientes. «Una buena analogía es el *software* informático; un proveedor de *software* como Microsoft, después de obtener una ventaja inicial en el mercado, fomenta la proliferación de aplicaciones y programas informáticos basados en su lenguaje operativo; esto crea, a su vez, un enorme complejo de proveedores y usuarios dependientes del formato de Microsoft» y «un conjunto cada vez más denso de compromisos con Microsoft» basados en «la creciente realidad de que cambiar a otro formato sería más costoso, aunque fuera más eficiente».

Así pues, cualquier cambio importante en la organización básica del «orden hegemónico estadounidense», tal como lo podíamos llamar directamente ahora, sería «cada vez más costoso para una amplia gama de individuos y grupos que componen ese orden. Cada vez más gente participa de un modo u otro en el sistema, aunque no mantenga ninguna lealtad o afinidad con Estados Unidos y

aunque, en realidad, podría preferir un orden distinto», ya que «cada vez más gente vería su vida trastornada si el sistema cambiara radicalmente». En ese sentido, «el orden de posguerra estadounidense es estable y creciente»^[211]. Fue ciertamente un resultado satisfactorio para Estados Unidos, pero también respondía a un requerimiento más general de la época. El poder estadounidense era aceptable para el resto del mundo porque «el “proyecto” de Estados Unidos es congruente con las fuerzas más profundas de la modernización»^[212].

Lo mismo parece valer para otros contribuyentes al mismo volumen. La negación de la hegemonía estadounidense había dejado de tener sentido; ahora exigía aprobación. Uno de los autores todavía consideraba necesario explicar: «Mi énfasis en la hegemonía no significa, en modo alguno, una crítica radical». De hecho, a su juicio, «la hegemonía estadounidense es peculiarmente benigna. No solo permite a los países más pequeños una influencia relativamente mayor sobre el hegemón, sino que también promueve el florecimiento humano —la libertad y la prosperidad—, mejor que cualquier otra alternativa que se haya intentado»^[213]. Otro observaba que su dominio no era completo: los dos mayores países de Asia están fuera del sistema de seguridad estadounidense; así que el desafío de «completar la hegemonía», integrando a China y la India en el orden estadounidense sin irritar a Japón, estaba todavía pendiente, y no sería fácil. Pero los resentimientos históricos y las sospechas mutuas en la región, que enfrentaban a un Estado con otro, eran una razón para que cada uno de ellos buscara una relación especial con Estados Unidos, lo que creaba condiciones para el éxito en la tarea. Es cierto que «nadie ama a un hegemón global. Pero la hegemonía estadounidense es lo bastante benigna para ser al menos tolerable, incluso para los Estados con grandes aspiraciones de poder propias»^[214].

Ese era el consenso efectivo al iniciarse el nuevo milenio. El liderazgo podía haberse inclinado hacia la hegemonía, a la que algunos francotiradores habían dado a veces una connotación negativa, pero, aun teniendo un aura más brillante de autoridad, el término ahora de moda implicaba, como los antiguos, beneficios otorgados libremente y una orientación voluntariamente aceptada, dejando a un lado descontentos aislados. A partir de finales de 2001, sin embargo, ese equilibrio semántico tuvo que soportar el choque del 11-S, la invasión de Afganistán, la guerra contra Irak y todo lo que siguió. El resultado fue un cambio potencial adicional. ¿Era la hegemonía realmente distinguible del imperio? Eso, tal como confesaba un historiador clásico, ya había sido un problema en la antigua Grecia, donde no se podía negar que el imperio era el «gemelo malvado»

de la hegemonía^[215]. Pronto surgió otra gran oleada de textos en los que se ensalzaban, atacaban o negaban las operaciones o ambiciones imperiales de Estados Unidos en todo el mundo^[216].

Ajustándose a las nuevas circunstancias, Ikenberry substituyó una década más tarde el vocabulario de una constitución por el de una negociación: «Lo que distingue al orden hegemónico es que se trata de un orden negociado en el que el Estado dirigente presta servicios y ofrece marcos de cooperación; a cambio invita a la participación y la conformidad por parte de los Estados más débiles y secundarios». La hegemonía estadounidense era, por definición, liberal, basada en reglas compartidas y en la reciprocidad de las ganancias: «Estados Unidos configura y domina el orden internacional, garantizando al mismo tiempo un flujo de beneficios a otros gobiernos que le garantiza su aquiescencia. A diferencia del imperio, ese orden negociado depende de acuerdos relativos a las reglas del sistema entre el Estado líder y todos los demás». Ciertamente es que incluía relaciones patrón-cliente de carácter más asimétrico con Estados periféricos y «que también acechan otros mecanismos de orden —equilibrio y mando— en los bordes del orden internacional liberal»^[217]. Pero se mantenía la diferencia entre principio y realidad. No había habido nunca un imperio estadounidense.

¿Iba a alterar esto la política exterior de la Administración republicana después de 2001? Tratando de «revisar el sistema global de seguridad», había «abrazado la lógica de un mundo poswestfaliano y ofrecido un nuevo acuerdo hegemónico con el mundo», pero, al hacerlo, había situado por desgracia a Estados Unidos por encima de las normas que imponía a los demás, haciendo que la negociación les resultara más incómoda. En consecuencia, otros países habían tendido a «desatender la cooperación» y, en un breve lapsus de desánimo, Ikenberry podía lamentar que «eso significaba, de hecho, imperio», aunque se olvidó de ello en cuanto lo había dicho. Lo que Bush había hecho del poder unipolar estadounidense después del 11 de Septiembre fue, más bien, una «hegemonía no liberal», creyendo suficiente esa discreta recusación para mantener la frontera entre ambos y permitir la recuperación de la «autoridad y respeto» de los que el país había gozado tradicionalmente en la renovación de la «gran estrategia de la construcción del orden liberal»^[218].

Si esto mostraba la necesidad de defender una inversión ideológica realizada hacía mucho tiempo, más importantes aún fueron dos intervenciones de historiadores, ambos de perspectiva conservadora, pero de temperamento opuesto. En su *Colossus* (2004), Niall Ferguson, al tiempo que señalaba que

espíritus más elevados habían aprobado recientemente el uso del término, argumentaba que Estados Unidos todavía negaba, al menos oficialmente, ser un imperio. La palabra más popular para describir su lugar en el mundo era ya la hegemonía, pero la distinción entre las dos descripciones descansaba sobre una definición del imperio como dominio político directo, formalmente declarado como tal, sobre territorios extranjeros, que había sido desde hacía tiempo reemplazada por una comprensión más sofisticada de la variedad de formas bajo las que se podía ejercer el poder imperial; por no hablar de la variedad de regímenes políticos —desde la Roma de Augusto hasta la Gran Bretaña victoriana, la Alemania nazi y ahora la Patria de la Libertad— que podían ejercer tal poder, de los que Ferguson ofrecía una panorámica. «Con una definición más amplia y sofisticada de imperio —observaba—, parece posible prescindir por completo del término hegemonía»^[219]. En cuanto a los juicios de valor, no hacía ningún secreto del suyo: «Estoy fundamentalmente a favor del imperio». Pero, si bien respaldaba absolutamente la intención de alcanzarlo de su país adoptivo, Ferguson no era un entusiasta al respecto. El imperio liberal de Estados Unidos, una empresa a la vez de interés nacional y de altruismo global, era la mejor esperanza para el mundo desarrollado y, contrariamente a lo que pensaban sus críticos, los objetivos de su invasión de Irak eran loables y alcanzables; pero había una buena razón para temer de que la nación no estuviera a la altura de su destino, ya que, a diferencia del Imperio británico, pocos de sus ciudadanos estaban dispuestos a dar su vida vigilando o administrando tierras lejanas; sus votantes eran volubles; sus soldados estaban sobreprotegidos, y —lo más decisivo— su futuro fiscal estaba en manos de titulares de derechos que no podía satisfacer. Inquietantemente, «el poder global de Estados Unidos descansa hoy —por impresionante que parezca al contemplarlo— sobre fundamentos mucho más débiles de lo que comúnmente se supone», ya que los estadounidenses «prefieren consumir a conquistar, y construir centros comerciales antes que naciones. Desean para sí mismos una larga vida y les aterroriza, aunque otros estadounidenses hayan optado voluntariamente por el servicio militar, la muerte prematura en la batalla»^[220]. Tristemente, el peligro para el Imperio estadounidense no provenía de rivales externos, sino de «la ausencia de una voluntad de poder» interna.

La expresión más sobresaliente del punto de vista opuesto vino de Paul Schroeder, historiador de la política internacional en Europa desde la Paz de París en 1763 hasta el estallido de la Gran Guerra en 1914. Era el único de los

académicos estadounidenses que había advertido, pocas semanas después del 11-S —antes incluso de la invasión de Afganistán, por no hablar de la de Irak—, de los peligros de una intervención militar estadounidense en una región con la que históricamente había tenido poco que ver, presagiando que era probable que un fácil éxito inicial fuera el prólogo de un desastre^[221] y, durante los seis años siguientes, publicó una serie de durísimas críticas de la guerra para derrocar el régimen del Baaz, con una fuerza analítica única en la literatura de la época. Pocos días antes de que las tropas estadounidenses entraran en Bagdad, cuando el triunfo de la Operación Libertad Iraquí ya era objeto de celebración en los medios de comunicación estadounidenses, Schroeder escribió un ensayo titulado «The Mirage of Empire versus the Promise of Hegemony», que sigue siendo la contraposición más sistemática jamás expuesta de las dos concepciones. El imperio era el control político sobre extranjeros, más a menudo informal que directo, pero la autoridad final correspondía al Estado imperial. La hegemonía, por el contrario, era un «liderazgo e influencia superior reconocidos de un poder dentro de una comunidad de unidades, *no* una autoridad única». Los imperios funcionaban para dominar; las hegemonías, para administrar. Las decisiones de los primeros eran imperativas; las de los últimos, simplemente indispensables. Crucialmente, la hegemonía era compatible con el sistema internacional moderno compuesto por Estados autónomos, jurídicamente iguales en estatus, aunque desiguales en poder, mientras que el imperio no lo era^[222].

Los intentos de instituir un imperio habían generado invariablemente caos y guerra, mientras que las hegemonías eran, a menudo, constructoras o condicionantes de la paz y estabilidad; su ausencia conducía, de hecho, a una quiebra del orden internacional. Schroeder admitía que «esta distinción, como la mayoría de ellas en la vida social e intelectual, no es absoluta, sino de grado, como la diferencia entre templado, caliente e hirviente». También era cierto que las potencias hegemónicas podían convertirse en imperios y se vieron regularmente tentadas a hacerlo, pero eso no borraba la distinción. Desde el siglo XVII hasta el XX, esta podía ilustrarse en dos conjuntos opuestos de gobernantes: Carlos V, Felipe II, Fernando II, Luis XIV, Carlos XII, Napoleón, Hitler y Stalin, por un lado; Fernando I, Richelieu y Mazarino, Leopoldo I, Fleury, los vencedores de 1815, Bismarck y «el ejemplo más evidente e impresionante», Estados Unidos después de 1945, por el otro. Desafortunadamente, con la conquista y ocupación de Irak, Estados Unidos

estaba tomando ahora el camino del imperio, como si pudiera reproducir la conquista británica de Egipto a finales del siglo XIX, cuando ya no existía ninguna de las condiciones históricas que la hicieron posible entonces. En el siglo XXI no se podía resucitar el imperialismo victoriano. No se ha presentado todavía, ni es probable que se presente, ningún argumento más convincente para distinguir la hegemonía del imperio. Sin embargo, ni siquiera ese intento podía escapar de la aporía de tantos otros. ¿Cómo podía ser incompatible el imperio con un sistema estatal moderno que se remonta al siglo XVI, cuando los principales Estados europeos, e incluso algunos menores, habían adquirido un imperio en 1914? ¿No eran las dos potencias principales del Congreso de Viena, cada una de ellas en posesión de territorios conquistados por la fuerza, indivisiblemente imperiales y hegemónicas en la Europa de la Restauración? La guerra de México de 1846-1848 ¿tuvo lugar en algún universo exterior al sistema internacional? ¿No tiene implicaciones para el ejercicio de la autoridad imperial al estilo posmoderno el enorme aumento de las diferencias de poder dentro de la jerarquía de Estados a finales del siglo XX y principios del XXI, mucho mayor que en los siglos XVIII o XIX? ¿Cuánta autonomía poseen los Estados que no pueda ser sometida a una abrumadora presión, penetración política y cultural, establecimiento de bases militares, etc., reduciéndolos a la condición de clientes o incluso menos, con todos los respetos por su soberanía nominal? Los gemelos no son enemigos; cohabitan bastante confortablemente.

II

La palabra llegó a Estados Unidos desde Europa como un término de política internacional y allí permaneció como tal en el lenguaje común. ¿Qué ha sido de ese uso en el continente que la vio nacer y que es considerado por toda autoridad respetable como la región que mejor acepta y más se beneficia de la hegemonía estadounidense, a menudo caracterizada, en la fórmula de un noruego, como un «imperio por invitación»? Gran Bretaña, con el mayor imperio en su época y la relación más estrecha con Estados Unidos, desarrolló bajo la *Pax Americana* la tradición de pensamiento más importante en las relaciones internacionales: una «Escuela Inglesa» característica, en la obra de sus dos mentes más originales, Martin Wight y Hedley Bull, con una profundidad histórica e intelectual

significativamente mayor que la trayectoria de las Relaciones Internacionales como disciplina en Estados Unidos^[223]. Para la primera generación de esa Escuela Carr suponía una influencia de la que no se podía escapar, pese a lo distante que pudiera ser su perspectiva política, en absoluto uniforme. La marca distintiva de la escuela, aunque en su variante menos coherente, era la idea de que, en Europa, había surgido desde el principio de la era moderna, no solo un sistema interestatal, sino una «sociedad internacional» de Estados que comparten intereses y valores comunes y están ligados por reglas y procedimientos comunes, constituyendo un universo normativo que los abarca, propicio al compromiso y la paz entre ellos. Para Carr, esto era una mentira piadosa. No existía ni había existido nunca una sociedad internacional, sino solo un «club abierto sin reglas sustantivas». El trabajo de la Escuela Inglesa, como el de sus homólogos transatlánticos, era poco más que un estudio sobre «cómo dirigir el mundo desde una posición de fuerza»^[224]. En cuanto a las pretensiones éticas de la sociedad que imaginaba, afirmaba secamente: «El poder siempre crea una moralidad a su conveniencia».

Pero esto significaba subestimar su propio impacto sobre lo que desdénaba. Aunque Wight, después de extraordinarios comienzos, acabó cediendo a los truisms de la autocomplacencia atlántica, eso nunca fue cierto para Bull, un juicioso australiano que no solo argumentaba que la sociedad internacional, tal como él la concebía, estaba siempre en tensión con un estado de guerra como posición por defecto hobbesiana del sistema interestatal, así como con fuerzas políticas que atravesaban las fronteras estatales, sino que se apoyaba en una serie de «instituciones» —en el tenso vocabulario de la escuela— que incluían no solo una jerarquía de Estados dominados por las grandes potencias, sino la propia guerra, junto con referencias más tranquilizantes como la diplomacia, el derecho internacional y el equilibrio de poder. Una sociedad internacional de este tipo podía presentarse en dos versiones, mínima o máxima: una comunidad «pluralista» de Estados que respeta la soberanía de los demás y una «solidarista» que impone normas comunes dentro de cada Estado y que obligaría a respetar una autoridad o sociedad civil supranacional. El orden era el objetivo que gobernaba la primera; la justicia, la segunda. Bull no tenía ninguna duda de que la primera era más realista y menos proclive al abuso que la segunda.

La segunda generación de la escuela, en la época del Tratado de no Proliferación [de armas nucleares], la Responsabilidad de Proteger, la Intervención Humanitaria, la Guerra contra el Terror, etc., invirtió esa

preferencia. El pluralismo no era suficiente. El solidarismo requería menos circunspección con la soberanía, más sentido del *droit d'ingérence* de la «comunidad internacional», como podía denominarse ahora oficialmente en una refrescante innovación. ¿Qué espacio quedaba en esta nueva constelación, esencialmente progresiva, para la hegemonía? Bull no la había considerado, ciertamente, como uno de los pilares de la sociedad internacional. «Allí donde una gran potencia ejerce la hegemonía sobre las potencias menores —observaba— hay recurso a la fuerza y a la amenaza de la fuerza», aunque sea ocasional y remisa más que desinhibida y habitual, estando disponibles otros instrumentos para imponer su voluntad. La hegemonía era «imperialismo con buenos modales»^[225].

Esto era, en general, demasiado brusco para la siguiente generación. Había, sin embargo, una construcción alternativa en la Escuela Inglesa, propuesta por el exdiplomático Adam Watson, que daba un alcance mucho más amplio a la hegemonía, dentro de una taxonomía de sistemas estatales que se remontaba a los albores de la civilización en Mesopotamia; un arco conceptual que iba desde el imperio en un extremo, pasando por el dominio y la soberanía, hasta la hegemonía y los Estados independientes en el otro extremo. Históricamente, si el arco se consideraba como un péndulo, había un alejamiento gravitatorio tanto del imperio como de la independencia hacia el centro, donde la hegemonía era virtualmente ubicua si existía una multiplicidad de Estados formalmente independientes pero fácticamente desiguales^[226]. Como forma debía verse desapasionadamente, no peyorativamente. La hegemonía, aunque naturalmente requería la fuerza militar, no operaba mediante un fiat dictatorial: implicaba diálogo y un sentido de conveniencia mutua. Por otra parte, mientras que Watson había mantenido originalmente que los hegemones solo controlaban las relaciones externas de los subordinados, acabó concluyendo que las presiones hegemónicas se extendían rápidamente a sus asuntos internos, lo que podía afectar a todo, desde sus sistemas económicos y políticos hasta su orientación religiosa o su estructura social^[227].

Esta era una visión más comprensiva de la hegemonía, pero la escala olímpica de la retrospectiva de la que formaba parte también la distanciaba de cuestiones de interés urgente para los miembros posteriores de la Escuela Inglesa. La «sociedad internacional», como había señalado después de todo el propio Watson, era constitucionalmente «antihegemónica». ¿No corría la preponderancia de Estados Unidos el riesgo de frustrar el consenso moral del

que dependía? ¿Cómo podía la sociedad internacional mantener su legitimidad si un Estado podía imponer rutinariamente su voluntad a los demás? En 2005 Ian Clark —titular hasta 2013 de la cátedra E. H. Carr de Política Internacional en la Universidad de Aberystwyth, y el más prolífico de su generación— se preguntaba preocupado si un nuevo unilateralismo estadounidense no amenazaba «las nociones prevalecientes de constitucionalidad». El problema no era la hegemonía estadounidense en sí, sino la ausencia hasta ahora de un «principio de hegemonía satisfactorio» que pudiera hacerla aceptable a un número suficientemente amplio de Estados, asegurando la «aceptación moral de una idea de hegemonía». Si podía encontrarse, la sociedad internacional podría llegar a un acomodo con el poder estadounidense. Su legitimidad había quedado lesionada por la invasión de Irak, pero legitimidad no era lo mismo que legalidad, que era solo una condición para ella. Por su naturaleza, la legitimidad era más bien «políticamente dinámica», ajustándose a las circunstancias. Una señal esperanzadora fue la resolución retroactiva de la ONU que respaldaba la ocupación de Irak, una «bendición de importancia crítica para futuros resultados»^[228].

En la tarea de legitimar la hegemonía estadounidense, la Escuela Inglesa tenía una responsabilidad especial. Lamentablemente, en el pasado había parecido «mucho más comprometida con la prevención de la hegemonía que con la exploración de su aceptación consensuada». Sin embargo, lo que siempre la había animado como proyecto era «la gestión del orden en un mundo con diferencias de poder» y, si había asumido una sociedad internacional en la que había una serie de grandes potencias, ¿no sería contrario al espíritu de la escuela abandonar su misión cuando solo había una? Después de *Legitimacy in International Society* llegó su complemento necesario, *Hegemony in International Society*, comenzando con el Congreso de Viena y llegando hasta Obama. ¿Sus conclusiones? Había una tensión entre dos principios de orden internacional, la aceptación casi universal de la necesidad de que las grandes potencias desempeñaran un papel dirigente en su gestión y la necesidad de que existiera un equilibrio entre ellas para que ninguna abusara de su poder. ¿Cómo se podía preservar la primera en ausencia del segundo? La Escuela Inglesa podía hacerse ahí «relevante en las condiciones contemporáneas», suministrando la «pieza perdida en la arquitectura» de su pensamiento, sin la cual «se encontraría en un callejón sin salida». La solución era que la sociedad internacional

«socializara» la hegemonía, «adoptándola como una institución de su propia creación», esto es, convirtiendo la hegemonía en «una práctica institucionalizada de derechos y responsabilidades especiales conferida por la sociedad internacional o una parte de ella, a un Estado (o varios) con recursos para dirigirla»^[229]. Estados Unidos todavía no disfrutaba de esa verdadera hegemonía, aunque Obama parecía entenderla mejor. Pero ahí es donde debía estar la clave de un mundo estable y ordenado.

«Una parte de ella»... ¿Para qué preocuparse por su tamaño? Desde Bull, la escuela que fundó ha caído en la apologética en busca de relevancia; Clark, de mirada más crítica en sus primeros trabajos, no es un caso aislado ni extremo^[230]. El popularizador de la escuela, Barry Buzan, es menos deferente, dejando de lado incluso esta versión que encumbra la hegemonía para los eufemismos más seguros del liderazgo estilo Nye. «No cabe ninguna duda de que Estados Unidos ha sido un líder internacional extraordinariamente afortunado y constructivo durante el último medio siglo y de que no hay a la vista otros candidatos capaces de hacer ese trabajo igual o mejor». De hecho, independientemente de sus fallos ocasionales, el liderazgo estadounidense durante esa época ha tenido un «efecto ampliamente benigno sobre el desarrollo de la sociedad internacional, sin precedentes en los anales de la historia». Bush puso en peligro ese liderazgo, pero «había que descartar sin vacilación» las críticas francesas^[231]. Solo amigos como Gran Bretaña pueden influir en las creencias estadounidenses sobre el modo en que su país puede percibirse en el extranjero, y le ayudará a volver a la vía que había seguido tan soberbiamente en el pasado: una tradición marcada en otro tiempo por una notable independencia de criterio, que se contrae a los trillados desdenes de la Relación Especial. En dos frases memorables, Bull señaló la diferencia entre su punto de vista y el de la mayoría de quienes lo siguieron y escribió su epitafio. Al principio de su obra principal, comentó: «La investigación tiene su propia moralidad y es necesariamente subversiva con respecto a las instituciones y los movimientos políticos de todo tipo, tanto buenos como malos» y, al final, «la búsqueda de las conclusiones que se pueden presentar como “soluciones” o “consejos prácticos” es un elemento corruptor en el estudio actual de la política mundial»^[232].

CAPÍTULO XII

Perspectivas de futuro: un nuevo aspirante

Si las últimas contorsiones de la «sociedad internacional» en Gran Bretaña —que, en palabras de Clark, alimentan la planta de la hegemonía en un suelo teórico aparentemente inhóspito— podían leerse como síntomas intelectuales del intento de un imperio del pasado de dignificar su papel como ayudante del imperio del presente, en Europa se podía ver un movimiento en la dirección opuesta, reivindicando el surgimiento de un poder del futuro. En 2012, en la principal revista de pensamiento alemana, el jurista Christoph Schönberger proclamó el advenimiento de su país como hegemón de la Unión Europea²³³¹. No era hegemonía en su sentido anglófono, como predominio en un sistema interestatal, por no hablar de su uso vulgar antiimperialista en Gramsci (Vacca se habría sobresaltado), sino en el sentido estricto expuesto por Triepel: liderazgo dentro de una federación, como el papel de Atenas en la Liga de Delos, el de Holanda en Las Provincias Unidas y el de Prusia en el Segundo Reich. La Unión Europea era una federación compuesta de más de dos docenas de Estados de tamaño e importancia diferente, cada uno con derechos de pertenencia formalmente iguales, cuya compleja maquinaria en Bruselas carecía de ninguna conexión transparente con la política interna de cualquiera de los países del continente y, de hecho, tenía que aislarse de ellas para poder funcionar sin problemas. La coherencia y dirección en esa difícil estructura solo podría provenir de un Estado inconfundiblemente mayor y más fuerte que todos los demás, como había sido Prusia en el Segundo Reich creado por Bismarck.

Alemania era ahora esa potencia, y los alemanes debían abandonar la introversión provinciana de un pasado reciente y hacerse a la idea de un papel que ya no podían evitar. En la República Federal un Parlamento entrometido y un tribunal constitucional obstructivo, cada uno de los cuales restringía las posibilidades de una acción ejecutiva intrépida, eran dificultades locales. Lo

mismo ocurría con un anhelo idealizado de democracia típico de los pueblos con un pasado antidemocrático reciente, incómodo con la opaca burocracia de la Comisión y su laberinto de comités tecnocráticos, el tipo de anhelo proclamado por Habermas, con sus sueños de una democracia supranacional en la que se eligiera a un gobierno responsable ante un electorado paneuropeo. Las nociones de ese tipo eran pura ciencia ficción política. La única realidad factible era una federación de Estados, iguales en teoría, jerarquizada en la práctica, dirigida por una Alemania hegemónica. Francia, con su economía no reformada y sus desgastados atributos de prestigio —armas nucleares y un puesto permanente en el Consejo de Seguridad—, tendría que acomodarse a una posición como la de Baviera bajo Bismarck, compensando su pérdida de poder con gestos tranquilizadores y pagos colaterales. No había arrogancia en predecir esta configuración. Alemania se estaba convirtiendo en un hegemón contra su propia voluntad, y tal hegemonía sería más una carga que un privilegio. Era el destino del país.

Advertido por Helmut Schmidt de que ese mensaje era una indiscreción que podía perjudicar a los intereses alemanes, Schönberger se esforzó por disipar cualquier malentendido^[234]. Al hablar de hegemonía, no estaba en absoluto usando el término como solía aplicarse genéricamente a la política de las grandes potencias. Triepel había criticado esa confusión, restringiendo el término a las estructuras federales de poder (a diferencia de las internacionales) y había dejado claro que solo implicaba una «influencia determinante». El margen de poder de Alemania en Europa, además, no era en absoluto abrumador, menor incluso que el de Prusia en el Segundo Reich, así que no había por qué alarmarse. Ciertamente era poco probable que fuera muy amada; los hegemones rara vez lo eran, pero sería respetada como tal, siempre que se mostrara capaz de gestionar los asuntos de la Unión con un espíritu desinteresado. Cierta estrechez de miras económicas podría obstaculizarlo. Sería prudente no insistir demasiado en que sus socios adoptaran su cultura económica, producto de un pasado particular, ni insinuar que todos podrían reproducir su modelo exportador, lo que no era posible. Pero, en contra de esas orejeras, la cultura política del país era ideal para su papel como hegemón de la Unión, ya que la propia Alemania era una federación de cierta complejidad, cuyas elites políticas tenían gran experiencia en el tipo de negociación pragmática y ajuste mutuo que era la esencia de la gestión de la UE.

Este tono moderadamente tranquilizador no sobrevivió al voluminoso libro

sobre la posición del país en Europa publicado dos años después por Herfried Münkler, titular de la cátedra de Teoría Política en la Universidad Humboldt de Berlín y el exponente alemán más destacado de la geopolítica comparada. Más conocido por un estudio histórico-mundial de los imperios reivindicando su papel en imponer el orden con un vacío de poder a su alrededor —anarquía tribal o de otro tipo en el pasado, Estados débiles o fallidos en tiempos más recientes—, Münkler había saludado las intervenciones de Estados Unidos en los Balcanes y Oriente Medio, por no hablar de la Guerra contra el Terror, como la última empresa en esa línea sucesoria. Europa, en su opinión, debía desarrollar una política imperial comparable, capaz de vigilar su periferia de un modo parecido, en leal paralelismo con Estados Unidos^[235]. A partir de 2006 Alemania había empezado a actuar como una «potencia media» más segura de sí misma, enviando tropas al extranjero en defensa del interés común, pero todavía le preocupaba demasiado su capacidad económica en relación con su seguridad nacional. Necesitaba diversificar su cartera de poder.

Una década más tarde ya se le podía asignar un mayor papel. *Macht in der Mitte* (2015) exponía las razones por las que la Bundesrepublik había alcanzado por fin la posición en Europa que los regímenes anteriores no habían conseguido. «Somos el hegemon», anunció Münkler^[236], porque Alemania no solo era la mayor economía y la nación más poblada de la Unión, sino que establecía las normas de cohesión social y competencia política. A diferencia de Francia, había llevado a cabo con la Agenda 2010 una gran reforma de su mercado de trabajo y sus prestaciones sociales, dejando a su socio de otro tiempo en la gestión de la UE muy atrás en cuanto al ritmo de crecimiento y rendimiento exportador. A diferencia de Italia, donde, a pesar de décadas de gastos inútiles, el Mezzogiorno seguía siendo un lastre atrasado para el norte, había logrado elevar a los *Länder* empobrecidos y no competitivos del este a los niveles occidentales de eficiencia y prosperidad. A diferencia de cualquier otro gran país de Europa —Francia, Italia, España y Gran Bretaña—, sus ciudadanos se habían demostrado hasta ese momento inmunes frente a cualquier tipo de populismo, de derechas o de izquierdas, estabilizando a sus vecinos con un espectáculo único de responsabilidad política. Ciertamente es que no debía haber complacencia, ya que los síntomas del mismo trastorno estaban empezando a aparecer en la propia Alemania con la *Alternative für Deutschland*; pero esto no hacía más que subrayar la inevitable prolongación de la colaboración entre la CDU y el SPD en la

ocupación del terreno intermedio de la política, que ofrecía un excelente entrenamiento para el liderazgo colaborativo alemán necesario para el conjunto de la Unión Europea^[237].

Los propios alemanes no habían querido —aún no la querían— esa hegemonía que la historia les había impuesto. La elite política la rehuía; los votantes la ignoraban; los intelectuales evitaban deliberadamente debatirla. Pero las tareas que afrontaba el país no admitían demora. La UE todavía no había convertido su legitimidad de salida (tecnocrática) en una legitimidad de entrada (democrática) y convertirse en un proyecto ciudadano. En su interior operaban potentes fuerzas centrífugas. La demagogia populista era desenfrenada alrededor de Alemania: bastaba pensar en el Front National en Francia, 5 Stelle en Italia o Wilders en los Países Bajos; hasta bastiones de sobriedad en el norte como Suecia o Dinamarca se estaban viendo infectados. Con este contagio venía el rechazo a cualquier racionalidad económica, poniendo en peligro el Pacto de Estabilidad que Alemania había conseguido impulsar en la Eurozona. Al sur había un Mediterráneo que había dejado de ser una frontera, convirtiéndose una vez más, como antaño, en un mar que conectaba más que separaba sus costas, mientras los refugiados invadían la Unión. El norte de África y el Levante, desde Túnez hasta Libia, Egipto y Siria, estaban sacudiendo Europa como nunca desde la Edad Media. En el mundo en general, la Unión corría el riesgo de quedar marginada si seguía a la deriva con bajas tasas de crecimiento, débil espíritu empresarial, falta de innovación y ausencia de disciplina financiera.

Solo Alemania podría proporcionar, por ejemplo y voluntad, el liderazgo necesario para hacer frente a estos peligros. De ella dependía ahora el futuro de la UE: «Si Alemania fracasa, Europa fracasa»^[238]. Su tarea inmediata era doble: convertirse a la vez en «pagador e instructor» —*Zahlmeister und Zuchtmeister*— de Europa. Alemania era ya el mayor contribuyente al presupuesto de la Unión, proporcionándole sumas equivalentes a las indemnizaciones impuestas en Versalles, y sus ahorradores y consumidores pagaban tipos de interés negativos diseñados por el Banco Central para alentar el endeudamiento de los vecinos derrochadores^[239]. Nadie podía decir que Alemania fuera poco generosa; pero, a cambio, tenía derecho a insistir en que los Estados miembros pusieran su casa en orden y en asegurarse de que lo hicieran.

Por encima de todas estas consideraciones contemporáneas, había una constante antropológica: que todos los sistemas culturales y políticos, de cualquier dimensión, requerían un centro. Históricamente, Jerusalén-Atenas-

Roma habían cubierto esa necesidad en el imaginario europeo. Hoy día, debido a su ubicación geográfica en el centro del continente, limitando a la vez con países del norte, sur y este de Europa, esa posición simbólica recaía en Alemania. Al garantizar la expansión de la UE hacia el norte y el este, compensaría su anterior ampliación al sur; se trataba de una posición que Berlín había buscado y que debía salvaguardar atentamente contra el peligro de que se configurara un bloque latino en su contra, como lo propuso Giorgio Agamben en memoria de Kojève. Alemania debía hacer todo lo posible para mantener a Gran Bretaña dentro de la Unión como un contrapeso saludable, para disuadir a Francia de cualquier tipo de trastada. La prudencia geopolítica no requería menos^[240].

¿Podía todo eso generar resentimiento, o incluso miedo, hacia el nuevo hegemón? Eso no era probable: los alemanes no deberían esperar ser amados, sino respetados, y a veces admirados, ya que Alemania tenía una última y paradójica ventaja en el papel que ahora tenía que asumir. Era un hegemón «vulnerable» a causa de su pasado. La propia criminalidad del Tercer Reich había asegurado que la Bundesrepublik se convirtiera en el portador de la fiabilidad democrática en la Europa de posguerra, y era percibida como tal. Los europeos podían estar seguros de que Alemania no abusaría de su poder, como un país con un pasado menos culpable podría estar tentado a hacer^[241]. No tenían razón para asustarse por un poco de instrucción en su propio beneficio. Ante ellos estaba la responsabilidad común de que Europa pusiera orden en su *Großraum*, mientras Estados Unidos se concentraba más en su flanco pacífico que en el atlántico. El poder estadounidense se retiraba del Mediterráneo, del mar Negro y del Báltico. Al hacer acopio de las fuerzas colectivas para las tareas tradicionales en la periferia, se necesitaría también al nuevo hegemón. Alemania no podía permitirse la abstención de su papel en Libia: se necesitaba una mayor fuerza militar y la voluntad de utilizarla en la causa común.

En tales imágenes posmodernas de la supremacía alemana en Europa han reaparecido tropos desgastados con el tiempo. Para Weber, la Primera Guerra Mundial no fue deseada por Alemania, sino que se vio empujada a ella, como gran potencia cuya existencia era un obstáculo para otras grandes potencias: «El hecho de que somos un pueblo no de 7, sino de 70 millones de personas, marca nuestro destino. Estableció una inexorable responsabilidad ante la historia, que no podíamos eludir aunque lo hubiéramos deseado»^[242]. Sin enfrentarse ya a la Entente, sino a sus debilitados descendientes, ha vuelto el mismo vocabulario. El tamaño de Alemania la condena a una responsabilidad —*Verantwortung*:

ninguna palabra es más frecuente en la boca de sus políticos, desde su pastor-presidente hasta el último— que no puede eludir, aunque lo deseara, como efectivamente sucede. Dicha responsabilidad es una carga, como entendía Kipling, y además dolorosa. No cabe, pues, asombrarse de que, como Estados Unidos en la posguerra tal como recuerda entrañablemente Ikenberry, la Alemania posterior a la Guerra Fría se muestre reacia a asumirla: el país se ve obligado a convertirse en un hegemón contra su voluntad. Para tales tropos puede actualizarse el juicio de Carr: en la autocompasión como autoalabanza, al servicio del autoengrandecimiento, el poder crea el *pathos* que le conviene. Pero es instructivo, ya que en ningún lugar se muestra más claramente que en ese discurso alemán actual el continuo conceptual entre la hegemonía como liderazgo consensuado en una federación, como predominio compulsivo de una potencia sobre todas las demás y como hermano natural del imperio.

CAPÍTULO XIII

Conclusiones

No hay mejor alivio del *pathos* que las principales voces disidentes con respecto a la política exterior estadounidense en los propios Estados Unidos. Últimamente, dos de ellas se destacan por su realismo poco sentimental, capaz de llamar fríamente a las cosas por su nombre. En su importante obra *The Tragedy of Great Power Politics*, John Mearsheimer definió un hegemón como un Estado «tan poderoso que domina a todos los demás Estados del sistema. Ningún otro Estado tiene los medios militares para emprender un serio combate contra él». Tal hegemonía, argumentaba, nunca podría ser más que regional, dado que era prácticamente imposible que ningún Estado lograra el dominio global dada la dificultad de proyectar la fuerza armada a todo el planeta al otro lado de los océanos^[243]. Estados Unidos era, y lo había sido durante mucho tiempo, el hegemón del hemisferio occidental y siempre había resistido con éxito —como suelen hacer los hegemones— el intento de cualquier rival de establecer un mando comparable en el hemisferio oriental, en cualquiera de los extremos de Eurasia. Tras el final de la Guerra Fría, sin embargo, y a pesar de gozar de una seguridad casi inexpugnable tras dos océanos en sus propios dominios, Estados Unidos se había embarcado, en el ambiente permisivo de la unipolaridad, en un intento imprudente de dominación global, en dos versiones: la «neoconservadora» bajo Bush II y el «imperialismo liberal» de Clinton y Obama, hundiendo cada uno de ellos al país en una serie de guerras en regiones sin importancia estratégica, con un coste enorme y sin final previsible. En los propios Estados Unidos, el impulso hacia el dominio mundial había socavado el imperio de la ley, instalando una obsesión por la vigilancia y el desprecio hacia el debido proceso^[244]. El imperialismo liberal era un callejón sin salida. Era hora de retirarse a una actitud más prudente de equilibrio en el exterior.

Sin ningún compromiso con el poder de contención de los mares, viéndolos más como un bien común global cuyo dominio permitía precisamente la retracción del poder estadounidense que Mearsheimer recomendaba, Barry Posen, del MIT, podía prescindir de su limitación regional y dar al imperialismo liberal un sinónimo apropiado. Su mordaz trabajo sobre la reciente política exterior estadounidense se inicia con la simple frase clínica: «Estados Unidos se ha hecho incapaz de moderar sus ambiciones en el ámbito de la política internacional». ¿Por qué razón? «Desde el colapso del poder soviético, ha seguido una gran estrategia que se puede llamar “hegemonía liberal”»^[245]. Esa estrategia no es una política de *statu quo*: es intrínsecamente expansionista. Sus hitos han sido la ampliación de la OTAN hasta las fronteras de Rusia, la guerra en Kosovo y la guerra en Irak, todas ellas equivocaciones electivas, agravadas por el modo «ingenuo y despilfarrador» en que se ha llevado el conflicto en Afganistán. En total, ha mantenido a Estados Unidos en guerra durante casi el doble de tiempo del que lo estuvo durante la Guerra Fría. El precio de esas aventuras ha sido alto. En términos reales, en 2010 el coste de la guerra tan solo en Irak era el doble del de la Guerra de Corea y superaba el de la Guerra de Vietnam, mientras que un desorganizado nacionalismo iraquí había infligido más daño proporcional a las tropas estadounidenses, en cuanto a proporción de las bajas de combatientes, que el muy organizado nacionalismo vietnamita. Se han gastado enormes sumas que se podrían haber invertido en la reducción de la deuda o en infraestructuras internas^[246].

¿Con qué resultado? El intento de construir una democracia multiétnica en el Gran Oriente Medio ha fracasado. En Afganistán resultaba imposible establecer un gobierno central fuerte. Irak estaba envuelto en una crisis crónica de violencia política. Ignorando las lecciones de su propia guerra civil, Estados Unidos había procedido como si las identidades nacionales, étnicas o religiosas no constituyeran un obstáculo para la imposición de su voluntad hegemónica a pueblos extranjeros. La confianza en el armamento moderno de alta tecnología había alimentado la ilusión de que «el poder militar es un bisturí que se puede utilizar para extirpar la política enferma», cuando en realidad «sigue siendo un bastón, que en definitiva nos permite superar los problemas imponiendo una sumisión a regañadientes o, como mínimo, una dilación»^[247]. Una gran estrategia racional pondría fin a todo eso, reduciendo el gasto militar a la mitad y concentrándose en el control del mar, el aire y el espacio, en una política de

restricción controlada. Pero, a falta de un gran *shock* económico, había pocas perspectivas inmediatas de que eso se produjera. «La gran estrategia estadounidense está en manos de una elite de seguridad nacional muy confiada en sí misma, enormemente ambiciosa y que se reproduce sin cesar», generosamente dotada con recursos de inteligencia y *hardware*, que abarca tanto al partido republicano como al demócrata. «El proyecto de hegemonía liberal no será fácilmente abandonado^[248]».

II

Durante más de dos milenios, el término se ha ido alterando en su uso y ha cambiado de terreno muchas veces. Geográficamente, después de su nacimiento en la Grecia clásica, la hegemonía viajó bajo diferentes configuraciones a Alemania, la Rusia zarista, la Italia fascista, la Francia de la Entente, Estados Unidos durante la Guerra Fría, la Inglaterra neoliberal, la España retromonárquica, la India poscolonial, el Japón feudal, la China revolucionaria y, de nuevo, una Gran Bretaña subalterna, una Alemania ambiciosa y unos Estados Unidos unipolares. Políticamente, sus teóricos han sido, en diferentes momentos y lugares, liberales, conservadores, socialistas, comunistas, populistas, escudos de la reacción en un extremo y lanzas de la revolución en el otro. Pero la suya no ha sido una historia aleatoria, en la que los significados tuvieran poca relación entre sí al desplazarse de un ámbito espacial o ideológico a otro. Tiene un patrón inteligible. Desde el principio hubo una tensión entre las connotaciones subyacentes de la hegemonía. El liderazgo de una liga ¿era político o militar? ¿Eran sus miembros súbditos o aliados? ¿Eran sus vínculos voluntarios o forzados? Cada aspecto posterior bajo el que ha aparecido la hegemonía iba marcado por la misma ambigüedad, aunque frecuentemente —no siempre— quienes empleaban el concepto trataban de disiparla.

Si la hegemonía fuera solo autoridad cultural o poder coercitivo, el concepto sería superfluo: hay muchos nombres más claros para una u otro. Su persistencia como término se debe a su combinación y la gama de posibles formas en que puede presentarse. Clásicamente, siempre ha supuesto algo más que un simple poder. Ese excedente ha sobresalido a menudo, como si agotara su significado. La razón no es ningún misterio. En cada época el lenguaje de la política es

propenso a eufemismos peculiares; el poder buscado u obtenido se resistía a cualquier exposición completa del mismo. La hegemonía, reducida a una forma de consenso, puede prestarse a esto, aunque una persistente sensación de que puede incluir otros significados puede hacerla sospechosa, como demuestran las oscilaciones y reservas que han marcado su trayectoria en Estados Unidos^[249].

La conjugación de los diferentes planos de la hegemonía ha sido rara y reciente. Tradicionalmente, y todavía en general de hecho, la historia de los usos nacionales e internacionales del término ha seguido caminos diferentes, siendo el segundo estructuralmente más propenso a su inclusión en el registro de la compulsión que en el de la persuasión, en razón de la ausencia de una autoridad común reconocida en las relaciones interestatales, aparte de las ficciones educadas de lo que pasa por derecho internacional, observado solo cuando es ventajoso hacerlo. El plano transnacional de la hegemonía, en contraste con el más puramente cultural, sigue siendo el menos explorado, y también las formas en que se articula con los otros dos planos o depende de ellos. En la base del complejo sistema que forman, las hegemonías nacionales son, como percibió Gramsci, el terreno donde el consentimiento y la coerción suelen estar más equilibrados, mientras que, en los planos por encima de él, suele predominar uno u otra.

Con la globalización del capital, esos planos están cada vez más interconectados. Para una ilustración simbólica, basta considerar la concesión del Premio Nobel de la Paz al último presidente de Estados Unidos, cuando todavía no había pasado un año desde su entrada en funciones. El premio en sí, un millón de dólares en efectivo y muchos más en publicidad, pertenece enteramente al consumo y comercio transnacional de la cultura de la celebridad. A nivel nacional, barnizó la imagen del titular del puesto al inicio de su mandato, reciclándose hasta su garbosa salida. A nivel internacional, su humilde homenaje recordaba al mundo la continua supremacía de Estados Unidos y la lealtad que le debe hasta un aliado tan discreto como Noruega. En un momento en que sus ejércitos estaban ocupando Irak, escalando la violencia en Afganistán y lanzando fuego sobre Pakistán, su presidente recibía la más alta distinción en Occidente como reconocimiento por su humanidad-benevolencia, al estilo del siglo XXI. Gabriel García Márquez comentó una vez, recordando a receptores anteriores del premio como Kissinger y Begin, que sería mejor llamarlo por su verdadero nombre, el Premio Nobel de la Guerra. El primer gobernante en la historia de

Estados Unidos en presidir campañas militares ininterrumpidas en el extranjero durante dos periodos completos, Obama, lo merecía: al final de su mandato se mantenían bajo su mando no menos de siete guerras, abiertas o encubiertas, con nuevas tropas destinadas o enviadas a lugares de los que se habían comprometido a retirarse. Esto también obedece a una pauta clásica: el historiador griego Diodoro Sículo, contemporáneo de Julio César, expuso, con palabras que describen como si hubieran sido escritas hoy mismo, la transición desde la «audacia de la esperanza» a los drones que destruyen pueblos del Hindú Kush y de la frontera noroccidental, el juicio de mundo antiguo sobre la misma combinación de persuasión y coerción, ideología y violencia, benevolencia y *Schrecklichkeit*. En un enigmático fragmento que nos ha llegado de su *Biblioteca histórica*, comentando tal vez las operaciones romanas en el norte de África, escribió: «Quienes desean alcanzar la hegemonía la adquieren con valor e inteligencia (*andreia kai sunesis*), la aumentan con moderación y benevolencia (*epieikeia kai philanthropōia*) y la mantienen con temor y terror paralizante (*phobos kai kataplêxis*)»^[250]. Ese último término puede valer como descripción final de, al menos, esta hegemonía. En nombre de la guerra contra el terror, la guerra como terror, sin límites o fin: *kataplêxis*, hasta donde pueda ver el ojo humano.



PERRY ANDERSON, ensayista e historiador, es profesor emérito de Historia en la Universidad de California (UCLA). Editor y piedra angular durante muchos años de la revista *New Left Review*, es autor de un volumen ingente de estudios y trabajos de referencia internacional entre los que cabe destacar: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, *El Estado absolutista*, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, *Tras las huellas del materialismo histórico*, *Spectrum*, *El Nuevo Viejo Mundo*, *Imperium et Consilium*, *La ideología india* y *Las antinomias de Antonio Gramsci*.

[1] George Grote, *A History of Greece; from the Earliest Period to the Close of the Generation Contemporary with Alexander the Great*, Londres 1850, vol. v, pp. 395-397, basándose en Tucídides, I, 97. Más adelante en su narración, aunque deplora la reducción de los aliados de la ciudad a súbditos, Grote alababa sin reservas el imperio que Atenas había construido, «una visión admirable de contemplar», cuyas operaciones eran «altamente beneficiosas para el mundo griego», considerando «su extinción una gran pérdida para sus propios súbditos», Londres, 1850, vol. VIII, pp. 394-395. <<

[2] John Wickersham, *Hegemony and Greek Historians*, Londres, 1994, pp. 74 y 31. <<

[3] En una lectura alternativa plausible, su frase podía referirse al carácter, más que al desarrollo, del *arjê* ateniense, ya que en otros lugares —por ejemplo I, 99— Tucídides parece remontarse hasta la formación de la Liga de Delos. Para la crítica del uso por Grote del pasaje en cuestión y la prueba banal en que se convirtió, véase la cuidadosa documentación y tajante conclusión de Richard Winton, «Tucídides I, 97, 2: The “*archê* of the Athenians” and the “Athenian Empire”», *Museum Helveticum* 38 (1981), pp. 147-152. <<

[4] Consecuencia: «Ahora ejercemos el imperio con todo merecimiento», Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso (Ιστορία του Πελοποννησιακού Πολέμου)*, V-VI, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2001, pp. 278 y 279. <<

[5] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, cit., I-II, II, 63, 64, pp. 382 y 384-385. <<

[6] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, cit., II, 65, p. 389. <<

[7] *Staatsform und Politik. Untersuchungen zur griechischen Geschichte des 6 und 5 Jahrhunderts*, Leipzig, 1932, pp. 196-251. <<

[8] Como diría Victor Ehrenberg, «había una tendencia a que el poder supremo en la Liga pasara enteramente a manos del hegemón, y a que la autonomía de los aliados se redujera y finalmente quedara anulada. Eso significaba una tendencia a pasar de la alianza bajo un hegemón a un *arjê*, un imperio unido basado en la dominación. Esta tendencia se manifestó en diversas formas y grados, pero estaba presente en todas partes. Dejar la Liga significaba ahora no solo transgredir un juramento, sino una rebelión política», *The Greek State*, Londres, 1969, p. 113. <<

[9] *Panegírico* (Πανηγυρικός), 107. Después de señalar que los atenienses habían «tratado a [los demás] griegos con consideración y no con insolencia», y que por eso «en justicia estaban autorizados a reivindicar la hegemonía», explicaba que, si los habitantes de Melos habían sido masacrados, solo habían recibido lo que se merecían. No era una «señal de nuestro mal gobierno que algunos de los que habían batallado contra nosotros tuvieran que ser severamente disciplinados», 80 y 100-101. <<

[¹⁰] *Sobre la paz* (Περί ειρήνης), 66 y 86. <<

[¹¹] *Nicocles* (Νικοκλής), 9; *Panathenaicos* (Παναθηναϊκός), 13. <<

[12] Para la discusión de los pasajes de Arriano que informan sobre los títulos de *hégemon autokrator* que Alejandro atribuía a su padre, y *hégemon tes Hellados* a sí mismo, y variantes en otras fuentes, véase A. B. Bosworth, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander*, Oxford, 1980, pp. 48-49. <<

[13] *Política* (Πολιτικά), IV, 1296.^a: «Ἔτι δὲ καὶ τῶν ἐν ἡγεμονίᾳ γενομένων τῆς Ἑλλάδος πρὸς τὴν παρ' αὐτοῖς ἐκάτεροι πολιτείαν ἀποβλέποντες οἱ μὲν δημοκρατίας ἐν ταῖς πόλεσι καθίστασαν οἱ δ' ὀλιγαρχίας, οὐ πρὸς τὸ τῶν πόλεων συμφέρον σκοποῦντες ἀλλὰ πρὸς τὸ σφέτερον αὐτῶν»; «ἤδη δὲ καὶ τοῖς ἐν ταῖς πόλεσιν ἔθος καθέστηκε μηδὲ βούλεσθαι τὸ ἴσον, 1296b ἀλλ' ἢ ἄρχειν ζητεῖν ἢ κρατουμένους ὑπομένειν. Τίς μὲν οὖν ἀρίστη πολιτεία, καὶ διὰ τίν' αἰτίαν, ἐκ τούτων φανερόν». <<

[¹⁴] George Cawkwell, *Philip of Macedon*, Londres, 1978, pp. 171, 174-175. <<

[15] Para él, la hegemonía debía entenderse como «mando o autoridad»: I, 75, 96-97 y 120. *Arjé* es, sobre todo, «dominio» —I, 75; II, 62, 65; V, 69; VI, 83, 85)—, pero también «gobierno», «mando», «supremacía sobre los demás», «libertad»; solo en una ocasión lo entiende como «imperio»: en el pasaje I, 97, que Grote escogió por su distinción, tal vez impulsado por Hobbes. <<

[16] OED, *Times*, 5 de mayo de 1860. <<

[17] *Briefwechsel zweier Deutscher*, Stuttgart-Tubinga, 1832, 2.^a ed., pp. 270-272, 174-175. <<

[18] Añadiendo, a la inversa, que «el Estado prusiano representa el progreso» y, «grande y fuerte como es, caerá si se detiene. Por lo tanto, Prusia debe expandirse a Alemania». Los otros países alemanes tenían «simplemente el título de Estados aunque, de hecho, eran meras provincias»: *Schleswig-Holsteinische Zeitung*, 16 de mayo y 28 de agosto de 1848. Mommsen importaría más tarde el término griego en la historia que lo hizo famoso: véase *Römische Geschichte*, Bd I, en la que se dedica un capítulo a «La Hegemonía de Roma en el Lacio». <<

[19] Ansioso por borrar los primeros enunciados de Droysen de las imputaciones de un nacionalismo estrecho, era sobre esa lección religiosa sobre la que reflexionaría Momigliano, aunque reprochando más tarde a Droysen, «uno de los más grandes historiadores de todos los tiempos», que hubiera dado un enfoque demasiado político, y no solo cultural, al helenismo, sin apreciar debidamente el peso del judaísmo en el surgimiento del cristianismo. Véase *Filippo il Macedone*, Florencia, 1934, pp. xi y xvi, y *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Chicago, 2012, pp. 307-320. <<

[20] *Geschichte Alexanders des Grossen*, Berlín, 1917, pp. 33 y 45. <<

[21] *Historische und Politische Aufsätze*, IV, 1908, p. 97. La valoración por Grote de los gobernantes de Macedonia, desde el punto de vista del liberalismo inglés, era naturalmente opuesta. Filipo, quien obligó a los atenienses a reconocer «su supremacía en el mundo griego», era «el destructor de la libertad y la independencia» de los griegos. Véase *History of Greece*, vol. 11, Londres, 1853, pp. 700 y 716. De Alejandro, cuyos contingentes griegos en su invasión de Asia comparaba Grote con los desventurados alemanes enrolados a la fuerza por Napoleón en su invasión de Rusia, decía: «Sus grandes cualidades solo eran aptas para el uso contra los enemigos, entre los que figuraban todos los seres humanos, conocidos y desconocidos, salvo los que decidían someterse a él», *History of Greece*, vol. 12, Londres, 1856, pp. 69-70 y 352. Como es lógico, juzgaba muy duramente a Droysen: *ibid.*, pp. 357 y 360. Sobre los puntos de vista discrepantes de Droysen y Grote sobre Alejandro y el helenismo, así como sus actitudes filosóficas y políticas (hegeliano; nacionalismo romántico-benthamita; imperialismo liberal), véanse las agudas reflexiones de Ian Moyer en *Egypt and the Limits of Hellenism*, Cambridge, 2011, pp. 11-17, y Phiroze Vasunia, *The Classics and Colonial India*, Oxford, 2013, pp. 36-51. <<

[22] *Politische Schriften*, Berlín, 1933, pp. 83 y 135. <<

[23] *Briefwechsel*, Bd I, Osnabrück, 1929, p. 496. <<

[24] Karl Jürgens, *Zur Geschichte des deutschen Verfassungswerkes 1848-9* (segunda parte, 2.^a mitad), Hannover 1857, p. 561. <<

[25] «Denkschrift zum Frieden», *Hinterlassene Schriften*, Viena, 1872, p. 32, publicado por su viuda después de su muerte. <<

[26] Véase Jonathan Wagner, *Germany's Nineteenth-Century Cassandra: The Liberal Federalist Georg Gottfried Gervinus*, Nueva York, 1995, pp. 162-165. Gervinus ya había invocado en 1848 la posibilidad de imponer una «unidad absoluta» de Alemania, en un «espíritu alejandrino», pero predijo que tal conquista macedonia fallaría por «falta de sucesores de cualquier Alejandro y la probable reacción localista», *Hinterlassene Schriften*, p. 95. <<

[27] «Selbst-Kritik», *Hinterlassene Schriften*, pp. 82-89: escrito en forma de dos voces, fiscal y acusado, expresa la angustia con un patetismo sin paralelo en la historia de la disciplina. La sugerente acuñación de *Gewalthegemonie* y sus correlatos viene de «Denkschrift zum Frieden», p. 32. <<

[28] «La hegemonía prusiana no descansa solo en su poder superior, sino en todos Los fundamentos de nuestro nuevo orden estatal que Prusia ha generado», declaró. «La posición hegemónica de Prusia en el Imperio no tiene contrapartida en la historia de las federaciones». El estatus de Holanda en las Provincias Unidas no se le podía comparar: «Bund und Recht» (1874), en *Aufsätze, Reden und Briefe*, Merseburg, 1929, vol. IV, pp. 236-237. Véanse también sus observaciones sobre los Países Bajos en *Politik. Vorlesungen gehalten an der Universität zu Berlin*, Leipzig, 1911, pp. 312-314. <<

[29] *Perepiska G. V. Plejanova i P. B. Aksel'roda*, Moscú, 1925, pp. 141-142. <<

[30] «Eshchyo raz sotsializm i politicheskaya borba», *Sochineniya*, vol. XII, Moscú, 1923, pp. 101-102, un texto que apareció en *Zarya*, publicación mensual hermana de *Iskra*, en abril de 1901. Entre la carta de Axelrod y el artículo de Plejánov tuvo que haber una intensa discusión del concepto en los pequeños grupos marxistas de la época, desde que Lenin —que se quejaba de que la forma en que se estaban dando las negociaciones con Struve sobre las publicaciones comunes pudieran darle la preeminencia— pudo escribir a Plejánov tres meses antes, el 30 de enero de 1901: «¿La famosa “hegemonía” de la socialdemocracia no se transformará, en estas condiciones, en simple hipocresía?», en *Obras completas*, tomo XXXVII, Madrid, Akal, 1978, p. 91. <<

[31] V. I. Lenin, «La agitación política y “el punto de vista de clase”», *Iskra* 16, 1 de febrero de 1902, en *Obras Completas*, tomo v, Madrid, Akal, 1976, p. 345. <<

[32] Véase «La guerra en China»: «Periodistas rastreros ante el gobierno y las bolsas de oro se esfuerzan por inflamar el odio del pueblo contra China. Pero el pueblo chino jamás y en ninguna parte causó el menor daño al pueblo ruso. El pueblo chino sufre de los mismos males que agotan al pueblo ruso. Un gobierno asiático que exprime con impuestos a un campesinado hambriento y que reprime, por la fuerza de las armas, toda aspiración hacia la libertad»; «Incorporación de 183 estudiantes al ejército»: «El obrero que pueda contemplar con indiferencia cómo el gobierno envía tropas contra la juventud estudiantil es indigno del nombre de socialista. Los estudiantes vinieron en ayuda de los obreros, y los obreros deben acudir ahora en ayuda de los estudiantes»; «El partido obrero y el campesinado»: «[Vamos a izar] la bandera de la emancipación del campesinado ruso de todos los vestigios del oprobioso régimen de servidumbre»; «Sendos discursos de dos jefes de la nobleza»: «En cuanto a los jefes de la nobleza, les diremos despidiéndonos de ellos: ¡Hasta la vista, señores, aliados nuestros de mañana!», V. I. Lenin, «La guerra con China», *Iskra* 1 (diciembre de 1900); «Incorporación de 183 estudiantes al ejército», *Iskra* 2 (febrero de 1901); «El partido obrero y el campesinado», *Iskra* 3 (abril de 1901), en *Obras Completas*, tomo IV, Madrid, Akal, 1976, pp. 384, 427, 437; «Sendos discursos de dos jefes de la nobleza», *Zariá* 2-3 (diciembre de 1901), en *Obras Completas*, tomo V, Madrid, Akal, 1976, p. 302. <<

[33] La exposición principal de esta perspectiva se produjo en la recopilación de 700 páginas *Obshchestvenno dvizhenie v Rossii v nachale XX-ve veka*, editada por Márto, Máslov y Potrésov, San Petersburgo, 1909, en la que el largo ensayo de Potrésov «Evoliutsia obshchetvenno-politicheskoi mysli v predrevolutionnuyu Epoju», pp. 538-639, era la *pièce de résistance*. <<

[34] *Likvidatsiya Gegemonii Proletariata v Menshevistskoi Istorii Russkoi Revoliutsii*, Járkov, 1925, reimpresión de dos artículos de septiembre-octubre de 1909, p 12. <<

[35] V. I. Lenin, «Problemas de principio en la campaña electoral», en *Obras Completas*, tomo XVII, Madrid, Akal, 1977, pp. 407, 417, 419-422 y 425; «El reformismo en la socialdemocracia rusa», p. 239; «El marxismo y *Nasha Zariá*», p. 48. <<

[36] Como él mismo señalaría sobre la época en que disenta de la perspectiva bolchevique después de 1905, «la hegemonía del proletariado en la revolución democrática se distinguía claramente de la dictadura del proletariado, y se oponía polémicamente an ella»: «Cambio de orientación del partido bolchevique», *Historia de la Revolución rusa*, cap. xvi, Bilbao, Zero, 1973, p. 294. Después de la muerte de Lenin, Stalin invocó el término «hegemonía» en 1927 para atacar a Trotski (y Zinóviev y Kámenev se le unieron en ello) por ignorar la importancia del campesinado en la conquista y el mantenimiento del poder en Rusia: «El pecado principal del trotskismo es que no entiende, y en esencia se niega a aceptar la idea leninista de la hegemonía del proletariado en la cuestión de establecer y consolidar la dictadura del proletariado, y en la cuestión de construir el socialismo en cada país», *Obras*, vol. 10 (1927), Moscú, Lenguas extranjeras, 1953, «Pleno conjunto del Comité Central y de la Comisión Central de Control del P. C. (b) de la URSS». El uso que hacía Stalin del término servía únicamente a sus intereses faccionales: en sus propios *Fundamentos del leninismo*, presentado en 1924 antes de poner en marcha la campaña para eliminar toda oposición, había escrito (vol. 6, p. 131): «La hegemonía del proletariado era el germen [*zarodysh*] y la etapa de transición a la dictadura del proletariado», es decir, que había desempeñado un papel preparatorio en la estrategia bolchevique para la toma del poder y había tenido su momento. En cuanto a la necesidad persistente de una alianza con el campesinado después de la conquista del poder, supuestamente minusvalorada por la oposición de izquierda, al cabo de un año de esta superchería Stalin lanzó una guerra sin cuartel contra el campesinado con la colectivización forzosa. <<

[37] Crispi, quien había participado en la expedición de Garibaldi a Sicilia, se convirtió en el «auténtico hombre de la nueva burguesía» cuando llegó al poder dos décadas después: para consolidar la unidad del Estado, sin resolver la cuestión de la tierra, «manejaba una culebrina oxidada como si fuera una pieza de artillería moderna», *Quaderni del Carcere*, Turín, 1975, vol. I, p. 45. <<

[38] *Quaderni*, cit., I, p. 59 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, tomo I, México, Era, 1981, 1985, 1999, p. 124]. <<

[39] También había, por supuesto, influencias italianas. El centauro de Maquiavelo, medio animal y medio humano, había simbolizado las dos perspectivas necesarias en política, «fuerza y consenso, autoridad y hegemonía, violencia y civilización», mientras que Croce había distinguido «lo que en política se llama “hegemonía”, el momento de consentimiento o de dirección cultural», del «momento de la fuerza, de la constricción, de la intervención estatal, legislativa o policial», *Quaderni*, cit., vol. III, Quad. 13, §14, p. 1576; *Lettere dal Carcere*, Turín 1965, p. 616 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, tomo III, México, Era, 1984, pp. 259-260 y 339]. «[...] lo que es el Estado en el significado integral, dictadura + hegemonía», *Quaderni*, cit., II, §155, pp. 810-811 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, tomo III, México, Era, 1984, p. 112]. <<

[40] *Quaderni*, cit., vol. I, pp. 122-123, donde examina las luchas anticoloniales contra el dominio británico en India e Irlanda, desde los boicots y las huelgas hasta los asaltos armados y la guerrilla. Para una discusión extensa de esas dimensiones estratégicas de su pensamiento, véase *The Antinomies of Antonio Gramsci*, Londres y Nueva York, 2017, *passim* [ed. cast.: *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Madrid, Akal, 2018]. <<

[41] *Die Hegemonie*, Stuttgart y Berlín, 1938, pp. 2, 127 y 13; *Neudruck herausgegeben und eingeleitet von Prof. Gerhard Leibholz*, Aalen, Scientia Verlag, 1961. <<

[42] «Führung und Hegemonie», *Schmollers Jahrbuch* (1939), p. 518, donde reprocha a Triepel psicologizar el concepto. <<

[43] *Die Hegemonie*, cit., pp. 91-92. <<

[44] *Ibid.*, pp. 131 y 140. <<

[45] *Ibid.*, pp. 341-342 y ss., donde adjudica a Schaefer *inter alia* una inclinación tácita hacia la concepción de Schmitt de lo político, rechazada por Triepel. A Schaefer no le resultó difícil mostrar cortésmente pruebas adicionales de que la hegemonía en Grecia era como él la había descrito: inicialmente, el mando militar en una liga de ciudades y, subsecuentemente, la dominación en general. Véase su respetuosa revisión, aunque decisiva en esa área, del libro de Triepel, en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte (Romanistische Abteilung)* 63 (1943), pp. 370 y 380-383. <<

[46] *Die Hegemonie*, cit., p. 484. <<

[47] Este era otro punto en el que Schmitt criticaba a Triepel: «Führung und Hegemonie», pp. 513-514. Para Schmitt, «el imperialismo siempre significa también hegemonía», que últimamente se suele ejercer como intervención, cuya autorización encontró su arquetipo en la Doctrina Monroe y ejemplificación en las expediciones estadounidenses al Caribe y América Central, aunque también en las acciones británicas en Egipto o francesas en la Pequeña Entente en Europa Oriental, con las correspondientes justificaciones: «Völkerrechtliche Formen des Modernen Imperialismus» (1932), en *Positionen und Begriffe*, Hamburgo, 1940, pp. 169-174 y ss. <<

[48] *Die Hegemonie*, cit., pp. 565 y 553. <<

[49] *Ibid.*, pp. 145-146. <<

[50] *Die Hegemonie*, pp. 237-240. Hans Herz, quien había revisado con admiración el libro de Triepel en Estados Unidos, no podía ocultar su consternación ante ese lapso: «¡Llega incluso a considerar la intervención armada como una de las formas en que se puede expresar la “hegemonía genuina”! Tenemos derecho a preguntar en qué se distingue ese tipo de “liderazgo” del *brutum factum* de una relación de poder basada en la pura fuerza», John Herz, *Political Science Quarterly* (diciembre de 1940), p. 601. El autor escritor de estas líneas, exiliado primero en Suiza y luego en Estados Unidos, en 1935 y 1938 respectivamente, pasó a ser allí un importante teórico realista de las relaciones internacionales después de la guerra. Veinte años después recordaría el libro de Triepel como un estudio sobresaliente sobre el tema: *International Politics in the Atomic Age*, Nueva York, 1960, p. 114. <<

[51] V. Andreev, *Voina za utverzhdenie prusskoi gegemonii v Evrope i otnoshenie k nei Rossii*, San Petersburgo, 1871. Alemania podría dominar Europa sin dañar a Rusia, ya que esta última era, a la vez, una potencia europea y asiática, a diferencia de Alemania. Las dos podían confiar en dividirse entre ellas el Imperio austriaco: pp. v-vii, 350-351 y 362-363. El autor, que enseñaba en Kiev, era un geógrafo e historiador defensor de los viejos creyentes y hombre de letras con variados intereses. <<

[52] Arkolay [Johann Woldemar Streubel], *L'Allemagne du sud sous l'hégémonie prussienne et sa perte certaine en cas de guerre entre la France et l'Allemagne*, Paris, 1869; su subtítulo pronto se convirtió en realidad. <<

[53] «Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany», Foreign Office, 1 de enero de 1907. Crowe, quien se esforzaba por parecer juicioso, después de presentarla *pro forma* como solo una opinión sobre las intenciones de Berlín, proseguía: «Sería inútil negar que esta puede ser la interpretación correcta de los hechos». <<

[54] Véanse los documentos publicados por el gobierno soviético y editados por Otto Hoetzsch, *Internationalen Beziehungen im Zeitalter des Imperialismus; Dokumente aus den Archiven der zarischen und der provisorischen Regierung*, Berlín, 1934, pp. 278-280. Buchanan, el embajador inglés, informó a Londres de que él había dictado la redacción final del cablegrama. <<

[55] A. Gérard, «L'Hégémonie allemande et le réveil de l'Europe (1871-1914)», *Revue des deux mondes* (mayo-junio 1915), pp. 242, 255, 264 y 271. Tal lenguaje era común a todas las potencias imperialistas contendientes, por supuesto: abundaban también los ejemplos en Alemania; la única diferencia es que las versiones de la Entente, algo deshidratadas en la dicción para una era más prosaica, son todavía comunes en la literatura angloamericana, un poco menos en francés, raras en italiano e inexistentes en ruso. <<

[56] *Storia d'Europa nel secolo decimonono*, Bari, 1931: compárense las pp. 324-331 y 333-343. Esta combinación —todas las culturas se habían visto por desgracia infectadas, pero era a Alemania a la que había que culpar de la guerra— se iba a convertir en un tropo estándar de la historiografía, difundido hasta nuestros días. Aunque Gramsci tenía en prisión en 1932 el libro de Croce y fue incitado por Sraffa para dar su opinión sobre él, en sus extensas notas sobre Croce escritas aquel año no comentaba su conclusión, observando únicamente que, al comenzar con la Restauración, eludía significativamente cualquier tratamiento de la época revolucionaria y napoleónica: *Quaderni*, cit., II, p. 1227.

<<

[57] L. Oppenheim y H. Lauterpacht, *International Law*, Londres-Nueva York, 1948, pp. 244-245. De acuerdo con esa concepción, la Doctrina Monroe fue solemnemente inscrita en el artículo 21 del Pacto de la Sociedad de las Naciones. Sobre la demolición por Schmitt de la coherencia jurídica de la Sociedad, demostrando que en realidad no lo era, véase *Die Kernfrage des Völkerbunds*, Berlín, 1926. Su designación tenía «un sentido meramente decorativo, como el nombre de muchos negocios u hoteles. Un amigo honrado de la paz y el entendimiento entre los pueblos que pensara que debía apoyar esa Sociedad estaría en la posición de un europeo bien intencionado en un *spa* moderno que se sintiera obligado a alojarse en un Hôtel de l'Europe antes que en un Hôtel Impérial», p. 21. <<

[58] Véase Charles Kruszewski, «Hegemony and International Law», *American Political Science Review* (diciembre de 1941), pp. 1136 y 1129. <<

[59] *The Twenty Years' Crisis*, Londres, 1939, pp. 81-86. ¿Podría haber sido Carr el primer lector anglófono de *Geschichte und Klassenbewußtsein* de Lukács? <<

[60] Cuando su subsecretario «dudaba de que Inglaterra o Rusia movieran un dedo» si las fuerzas francesas tomaban la iniciativa en hacerlo, Gray simplemente anotó: «importante». Véase *The Twenty Years' Crisis*, p. 235. <<

[61] *The Twenty Years' Crisis*, cit., p. 213. <<

[62] *Ibid.*, p. 217. <<

[63] Churchill se había enfurecido por las críticas de Carr a la intervención británica en Atenas para aplastar la principal fuerza de resistencia a la ocupación nazi antes de que la guerra terminara, como un obstáculo comunista para la restauración de la monarquía griega: véase Jonathan Haslam, *The Vices of Integrity. E. H. Carr 1892-1982*, Londres-Nueva York, 1999, pp. 115-116 y ss. [ed. cast.: *E. H. Carr. Los vicios de la integridad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009]. El British Committee on the Theory of International Politics, progenitor de la «Escuela Inglesa» que todavía domina ese campo en su país de origen, se tomó el cuidado de excluir a Carr cuando se formó con dinero de la Fundación Rockefeller en 1959. <<

[64] *Gleichgewicht oder Hegemonie*, Krefeld, 1948, pp. 10-14 y ss. <<

[65] *Ibid.*, p. 200 y, con mucho más detalle, «Ranke und der deutsche Imperialismus», en *Deutschland und die Weltpolitik*, Múnich, 1955, pp. 49-54.
<<

[66] Aunque nunca lo expresó directamente así, la lucha por la hegemonía y el avance de la civilización técnica constituían, para Dehio, procesos interrelacionados, ya que la lógica de ambas —implícita en la frase «die hegemoniale Einheitstendenz» que aparece bien pronto en su relato— era antagónica de la diversidad. Véase *Gleichgewicht oder Hegemonie*, cit., p. 39.

<<

[67] «Das Gleichgewicht in Europa aber, dessen Bürgen die Seemächte blieben, war ja für England nicht Selbstzweck, sondern nur Voraussetzung für sein Übergewicht jenseits der Ozeane», *Gleichgewicht oder Hegemonie*, cit., p. 76.
<<

[68] Para una cuidadosa reconstrucción de la carrera de Stadelmann, véase Verena Schaible, «Stadelmann: ein Nationalsozialist?», en Jörg-Peter Jatho y Gerd Simon, *Gießener Historiker im Dritten Reich*, Giessen, 2008, pp. 207-219, su autora concluye que, más que un nazi convencido, era simplemente un «compañero de viaje». Sobre recensiones y otros textos de la época, que de haber sido examinados a fondo bien le podrían haber costado su puesto en la posguerra, véase *ibid.*, pp. 113-121, 134-138. <<

[69] Existe cierto misterio en torno a la fecha de su composición, cuya publicación como opúsculo por una pequeña imprenta en Wurtemberg no arroja ninguna luz. <<

[70] *Hegemonie und Gleichgewicht*, Laupheim, 1950, pp. 9 y 11-12. <<

[71] Hay datos que confirman una cierta continuidad en la perspectiva de Stadelmann y explican por qué asumió aquel riesgo en 1938. Amplió su valoración de la negativa de Hitler a tratar seriamente con Chamberlain en otro texto póstumo: «Deutschland und England am Vorabend des zweiten Weltkriegs», en Richard Nürnberger (ed.), *Festschrift für Gerhard Ritter zu seinem 60. Geburtstag*, Tubinga, 1950, pp. 401-428. <<

[72] *Hegemonie und Gleichgewicht*, cit., p. 16. <<

[73] Recensión en *Historische Zeitschrift*, 1950, pp. 137-139. <<

[74] «Versailles nach 35 Jahren», en *Deutschland und die Weltpolitik*, Múnich, 1955, pp. 114-115 y 121-122. <<

[75] *The Precarious Balance*, Nueva York, 1962, pp. 272-276; para la advertencia de Burckhardt sobre Rusia, véase *Gleichgewicht und Hegemonie*, pp. 85-87. <<

[76] «Diesem bleibt nur, wenn die Halle gebörsten ist, dies Scherben des Glückes von Edenhall einzusammeln»; alusión a una balada de Uhland, en la que el joven señor de Edenhall provoca la ruina de su casa tintineando demasiado fuerte la copa mágica que asegura su fortuna y rompiéndola, *Gleichgewicht und Hegemonie*, pp. 200-201. <<

[77] «En el Tercer Reich, por primera vez, una de las grandes naciones, una nación vigorosa y vital, se vio de hecho comprometida en una lucha de muerte» y, «cuando un hombre lucha contra la muerte, esas fuerzas elementales de su naturaleza que sostienen su supervivencia abren una salida con energía aterradora. Dejan de lado los sentimientos más nobles que los equilibraban en días más felices. Sin embargo, sería injusto juzgar la verdadera naturaleza de un hombre por tales manifestaciones de agonía e interpretar su vida anterior como si fuera simplemente su preludio. Por eso es también incorrecto recalcar únicamente las líneas oscuras de la historia alemana que conducen a estos últimos acontecimientos e ignorar las características armoniosas de épocas pasadas», *Gleichgewicht und Hegemonie*, cit., pp. 223-224. <<

[78] *Ibid.*, p. 232. <<

[79] *Scientific Man and Power Politics*, Chicago, 1946, p. 177. <<

[80] *Ibid.*, pp. 194 y 203. <<

[81] Temperamentalmente renuente a reconocer cualquier deuda, tal vez porque había tomado tanto prestado de otros, a quien más debía el joven Morgenthau era a Nietzsche: véase Christoph Frei, *Hans J. Morgenthau: Eine intellektuelle Biographie*, Berna, 1993, pp. 100 y ss. En *Politics among Nations* equiparaba a Nietzsche con Hitler y Mussolini, contrastándolo con san Agustín (p. 206). Su obra abunda en tales ejemplos: la crítica de la armonía de intereses sin mencionar a Carr, la copia palabra por palabra de la descripción por Spykman del equilibrio de poder, etc. El contraste con [John H.] Herz, casi de su misma edad, ejemplar en su probidad y modestia intelectual, es sorprendente. También formado por Kelsen y comprometido con Schmitt, cuya influencia nunca dejó de reconocer, Herz era una mente más sutil y más original, cuyo realismo no tenía nada en común con la metafísica barata de Morgenthau y con las posturas posteriores de este durante la Guerra Fría: para una expresión cortés de sus diferencias, véase su autobiografía, *Vom Überleben. Wie ein Weltbild entstand*, Düsseldorf, 1984, pp. 160-161. <<

[82] *Politics Among Nations*, Nueva York, 1948, p. 34. Esta concepción peculiar databa de su compromiso con Schmitt antes de la guerra, cuando escribió: «Toda política exterior es solo la voluntad de mantener, aumentar o afirmar el poder propio, y esas tres manifestaciones de voluntad política se expresan por las formas empíricas fundamentales consistentes en el mantenimiento del *statu quo*, la política imperialista y la política de prestigio», *The Concept of the Political*, Basingstoke, 2012, p. 118; una traducción tardía del texto de Morgenthau es *La notion du «politique» et la théorie des différends internationaux*, París, 1933. <<

[83] *Politics Among Nations*, cit., pp. 36, 45-46 y 35-36. <<

[84] *In Defense of the National Interest*, Nueva York, 1951, pp. 69 y ss. y 91. <<

[85] Para apreciar la alarma de Morgenthau, véase *The Impasse of American Foreign Policy*, Chicago, 1962: «Es probable que la primera semana de noviembre de 1956 acabe recordándose como uno de los episodios más calamitosos en la historia diplomática de Estados Unidos»; «Acabamos de presenciar el colapso completo de la posición occidental bajo el impacto de lo que equivale a un ultimátum ruso»; «Cuando el Imperio ruso comenzó a desintegrarse, Estados Unidos renunció desde el principio al uso de la fuerza y dejó así a la Unión Soviética, a todos los efectos prácticos, las manos libres»; «No estamos en vías de rendirnos sobre el plan de instalación, que puede terminar en una guerra atómica de desesperación» pp. 25 y ss. <<

[86] *The Purpose of American Politics*, Nueva York, 1960, pp. 33-34, 101-102 y 192. <<

[87] *Vietnam and the United States*, Washington D. C., 1965, pp. 24 y 32. <<

[88] El triunfo israelí fue, en su opinión, una experiencia transformadora; una guerra que «operó mágicamente» sobre él «como una especie de victoria bíblica. Uno podía imaginar las legiones de Dios combatiendo de parte de los judíos». Véase «The Tragedy of the German Jewish Intellectual», en Bernard Rosenberg y Ernest Goldstein, *Creators and Disturbers: Reminiscences by Jewish Intellectuals of New York*, Nueva York, 1982, pp. 78-79. <<

[89] *A New Foreign Policy for the United States*, Nueva York 1969, p. 156. <<

[90] Aron reproducía, sin saberlo, el índice de Triepel al respecto: *Paix et Guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1962, p. 158 [ed. cast: *Paz y Guerra entre las Naciones*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1985. <<

[91] *Ibid.*, p. 654. Añadía: «o no ser vencidas». No había necesidad de concebir la victoria al modo de Catón. El objetivo de Occidente debía ser solo destruir el régimen soviético, en tanto que este pretendiera una difusión universal de lo que llamaba «socialismo», más que de la propia URSS. Después de 1945 una acción decisiva podría haber impedido la comunización de Europa oriental y, en 1956, podría haber liberado Hungría. Pero, mientras mantuviera su poderío militar, la superioridad ideológica de Occidente bastaría para ese propósito: «Sobrevivir es vencer», pp. 665 y 686-687. <<

[92] El vínculo que señalaba Aron de Morgenthau con Treitschke iba bastante descaminado. Aunque compartía bastantes postulados con Schmitt, quien lo felicitó cordialmente por *Paix et guerre entre les nations*, no había percibido la deuda que tenía con él Morgenthau: la precisión filológica no era su fuerte. Morgenthau, naturalmente molesto por el trato de Aron, respondió a su vez con una despectiva nota sobre *Paix et guerre*. Su calificación de Aron en un texto anterior como un impresionista no estaba en ese sentido equivocada, aunque él mismo era bastante negligente con sus fuentes: «Foreign Policy: The Conservative School», *World Politics* (enero de 1955), pp. 284-286, y *American Political Science Review* (diciembre de 1967), pp. 1110-1112. <<

[93] *République impérial. Les États-Unis dans le monde, 1945-1972*, Paris, 1973, pp. 260-264 y 176 [ed. cast.: *La República imperial*, Madrid, Alianza, 1976]. <<

[94] *Ibid.*, pp. 187 y ss. <<

[95] *Ibid.*, pp. 214 y 317. <<

[96] *The Imperial Republic: The United States and the World, 1945-1973*, Englewood Cliffs, 1974, pp. ix-x, 156 y 161: pasajes añadidos a la edición estadounidense. <<

[97] *République impérial*, cit., pp. 305 y 327-328. <<

[98] *Paix et Guerre*, cit., p. 94. <<

[99] *The Politics of Assimilation: Hegemony and Its Aftermath*, Baltimore, 1971, pp. 20 y 202-203. <<

[100] «International Organization and the International System», *International Organization*, vol. 24 3 (verano de 1970), pp. 389-413. <<

[101] «Introduction», *International Organization*, vol. 25 3 (verano de 1971), pp. 329-349. Seguían 400 páginas de artículos que trataban de todo, de la economía a la ciencia, desde la religión hasta el espacio y desde la paz hasta la revolución, pero con una pronunciada inclinación hacia los negocios de un tipo u otro, de los que trataba el mayor grupo de textos. <<

[102] «The Theory of Hegemonic Stability and Changes in International Economic Regimes, 1967-1977», en Ole Holsti, Randolph Siverson y Alexander George (eds.), *Change in the International System*, Boulder, 1980, pp. 131-162, ampliando *Power and Interdependence*, Boston, 1977, pp. 42-49. <<

[103] «Hierarchy versus inertial cooperation», *International Organization*, vol. 40 4 (otoño de 1986), pp. 841-847. Kindleberger parecía olvidar que en otra parte había escrito: «El liderazgo se puede entender a primera vista como persuasión de otros a seguir un curso de acción que podría no corresponder al interés a corto plazo del seguidor si fuera verdaderamente independiente. Como se sugerirá a continuación, tiene fuertes elementos de coerción y soborno. Sin él, no obstante, se puede producir una cantidad inadecuada de bienes públicos»; véase «Dominance and Leadership in the International Economy», *International Studies Quarterly* (junio de 1981), p. 243. En ese artículo Kindleberger dejaba clara su deuda con la obra de François Perroux: «La dominación fue un concepto introducido en el debate económico, principalmente francés, por François Perroux. Un país, una empresa o una persona dominan a otra cuando esta tiene que tener en cuenta lo que hizo la primera entidad, pero esta puede ignorar a la segunda. Era una idea peculiarmente francesa, con fuertes matices de resentimiento por la supuesta dominación de Estados Unidos en los ámbitos de los intercambios internacionales, la política comercial, las empresas multinacionales y similares» y, en esa medida, era un concepto incómodo para Kindleberger, pese a su admisión de la necesidad de la coerción. El propio Perroux, al lanzar su concepto y señalar su influencia en la posición de Estados Unidos en la economía mundial después de 1945, lo había descrito como una obra de ciencia pura, que evitaba cualquier «polémica estéril» o «vocabulario explosivo», especialmente cualquier «charla emocional» sobre el imperialismo. Sin embargo, su conclusión de que una economía dominante que no había sufrido la guerra podía «beneficiarse de una inmensa renta “colectiva”» no podía sino incomodar a su joven colega estadounidense. Véase «Esquisse d’une théorie de l’économie dominante», *Économie Appliquée*, vol. 1, 1948, pp. 246, 269 y 283. <<

[104] «Public Goods without International Government», *American Economic Review* (marzo de 1986), pp. 8 y 11. <<

[105] *Primacy or World Order: American Foreign Policy since the Cold War*, Nueva York, McGraw-Hill, 1978, pp. 13-14, 151-161, 188 y 208. <<

[106] *War and Change in World Politics*, Cambridge, 1981, pp. 13-15, 23 y 31. <<

[107] «*Cave! Hic Dragones: A Critique of Regime Analysis*», *International Organization* (primavera de 1982), pp. 481-484. <<

[108] *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*, Nueva York, 1991, pp. 19, 108, 65 y 31-32. <<

[109] Presentando su colección de rarezas una década después, Joseph Nye se refirió de oídas a Gramsci, sin que exista ninguna prueba de que hubiera leído ni una sola línea suya, como sucede en el caso de Keohane con respecto a Kautsky, cuya idea del ultraimperialismo aparece fugazmente en *After Hegemony*. <<

[110] *Riforme e rivoluzione*, Turín, Einaudi, 1957, pp. 24-26, 29-37 y ss. Giolitti, nieto del gobernante contra quien había luchado Gramsci en 1920-1921, se unió al PCI bajo el fascismo y lideró uno de los grupos de *partigiani* más eficaces contra el Eje en la Segunda Guerra Mundial. Después de unirse al PSI en 1957 y de participar en los gobiernos de los años sesenta, rompió con Craxi en los ochenta y terminó su carrera como senador independiente elegido en una lista del PCI. <<

[111] Luigi Longo, *Revisionismo nuovo e antico*, Turín, Einaudi, 1957: «El concepto de hegemonía del proletariado define las relaciones internas de las fuerzas de la renovación y la revolución; el concepto de dictadura define las relaciones externas de esas fuerzas con las del conservadurismo y la contrarrevolución. Lejos de excluirse u oponerse entre sí, los dos conceptos están interconectados y, de hecho, se complementan», pp. 36-45. Después de escuchar a Giolitti en el VIII Congreso del Partido antes de su abandono, Togliatti comentó secamente: «No hagamos bromas sobre Gramsci». <<

[112] Para observaciones críticas sobre el cercenamiento por los intelectuales del partido de la concepción gramsciana de la hegemonía para acomodarla a las exigencias políticas del momento, véase Guido Liguori, *Gramsci conteso*, Roma, 1996, pp. 196-197, una historia bastante aceptable de la acogida de Gramsci en Italia durante el medio siglo posterior a la guerra, desde el punto de vista de un miembro leal del PCI entristecido por su final, que luego contó en *La Morte del PCI*, Roma, 2009. Liguori iba a publicar una versión ampliada y actualizada de su libro en 2012. <<

[113] Giuseppe Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci*, Turín, 2012, p. 149, que reproduce prácticamente palabra por palabra las ideas de Keohane y Nye. El liderazgo mundial hacia una economía más planificada provendría así de «la más moderna de las burguesías», la estadounidense, no de una Rusia primitiva bajo los toscos métodos de Stalin y, con la guía estadounidense, el movimiento comunista podría desempeñar un valioso papel «subalterno» en esa evolución, como «actor secundario», p. 140. <<

[114] Franco Lo Piparo, *I due carceri di Gramsci*, Bari, 2012, donde Gramsci se convierte en «caballo de Troya del liberalismo» en el movimiento comunista, del que Mussolini tuvo que protegerlo en prisión, pp. 116 y 123; esa obra obtuvo muy amplia publicidad y un destacado premio literario. <<

[115] Fallos observados por Donald Sassoon, cuyo *Togliatti e la Via Italiana al Socialismo. Il PCI dal 1944 al 1964* (Turín, 1980), escrito con un espíritu de admiración general, aunque no acrítica, se vio obligado a concluir su evaluación de la estrategia del partido en una nota escéptica, observando el peligro de que el PCI pudiera sufrir la derrota de obtener la legitimación que había buscado durante tanto tiempo «a cambio de convertirse en lo que solía llamarse “el partido alternativo de la burguesía”», p. 378. <<

[116] Para más detalles, véase David Forgacs, «Gramsci and Marxism in Britain», *New Left Review* I/176 (julio-agosto de 1989), pp. 74-77. <<

[117] «Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory», *NLR* I/82 (noviembre-diciembre de 1973), pp. 8-13; argumentos ampliados en el subsiguiente estudio de Williams sobre la hegemonía en *Marxism and Literature*, Oxford, 1977, pp. 108-127 [ed. cast.: *Marxismo y Literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009]. <<

[118] Para confirmar el dominio de Hall sobre el método gramsciano, basta releer, de un periodo posterior, «Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity», *Journal of Communication Inquiry* (junio de 1986). Althusser y Poulantzas influyeron también en su pensamiento; en cuanto al último, véase «Nicos Poulantzas: State, Power, Socialism», *NLR* I/119 (enero-febrero de 1980). <<

[119] Stuart Hall y Tony Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals: Youth Sub-Cultures in Post-War Britain*, Londres, 1975, pp. 38-42 y ss. [ed. cast.: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de posguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014]. <<

[120] Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clarke y Brian Roberts, *Policing the Crisis*, Londres, 1978, pp. 307-316. <<

[121] «The Great Moving Right Show», en *The Hard Road to Renewal*, Londres, 1988. <<

[122] «Gramsci and Us», en *The Hard Road to Renewal*, pp. 162, 164 y 167. <<

[123] Desde «una notable demostración de valor político» a una «genuina humanidad»: véanse «Parties on the Verge of a Nervous Breakdown», *Soundings* 1 (otoño de 1995), pp. 23 y 26; «The Great Moving Nowhere Show», *Marxism Today* (noviembre-diciembre de 1998), p. 14, donde, pese a muchas críticas, el nuevo laborismo aún tenía «un derecho sustancial a nuestro apoyo». <<

[124] Tom Nairn, «The Nature of the Labour Party», *NLR* I/27 (septiembre-octubre de 1964) y *NLR* I/28 (noviembre-diciembre de 1964); «Labour Imperialism», *NLR* I/32 (julio-agosto de 1965); véanse también «The English Working Class», *NLR* I/24 (marzo-abril de 1964), y «Hugh Gaitskell», *NLR* I/25 (mayo-junio de 1964). <<

[125] «No soy ni nunca seré “inglés”», diría en su relato más personal sobre su origen familiar en Jamaica, de donde procedía, y la experiencia de la sociedad imperial a la que llegó: entrevista en David Morley y Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, 1996, p. 490; véase también «Negotiating Caribbean Identities», *NLR* I/209 (enero-febrero de 1995). Su contribución al volumen del taller de historia editado por Raphael Samuel en 1981, *People's History and Socialist Theory* —«Notes on Deconstructing the “Popular”»—, citaba a Gramsci sobre lo nacional-popular, pero se limitaba a la segunda mitad del doblete. Samuel, en cambio, editó tres volúmenes dedicados al patriotismo: *The Making and Unmaking of British National Identity* (1989), en los que explicó autocríticamente que el taller de historia había «desempeñado una pequeña parte en el recrudecimiento del nacionalismo cultural», intentando «expulsar palabras extranjeras de nuestras páginas». Pero ahora apostaba por lo «británico» frente a lo «inglés» como algo más hospitalario para los recién llegados y forasteros, aunque mantenía firmemente a raya como elitistas — anticipando las objeciones posteriores de James Scott— «las nociones gramscianas de la hegemonía». La relación entre Hall y Samuel, las dos figuras centrales de la nueva izquierda temprana, daría lugar a un estudio fascinante. El mejor texto que Hall escribió jamás fue el panegírico de su difunto amigo en *NLR* I/221 (enero-febrero de 1997). <<

[126] Véanse las propias observaciones de Laclau en *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres y Nueva York, 1990, pp. 197-201 [ed. cast.: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000]. <<

[127] «Argentina-Imperialist Strategy and the May Crisis», *NLR* I/62 (julio-agosto de 1970). <<

[128] *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism-Fascism-Populism*, Londres y Nueva York, 1977 [ed. cast.: *Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, fascismo, populismo*, México DF, Siglo XXI, 1978; Madrid, Siglo XXI, 2015]. Hall era más reservado sobre la obra posterior de Laclau; véase «On Postmodernism and Articulation: An Interview with Stuart Hall», en *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, cit., pp. 146-147.

<<

[129] *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres y Nueva York, 1985, p. 178 [ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2004; Madrid, Siglo XXI, 2015, p. 222]. <<

[130] Para ello, véase la mordaz reconstrucción histórica de Marco d'Eramo tras las diatribas actuales: «El populismo y la nueva oligarquía», *NLR* 82 (julio-agosto de 2013), pp. 5-28 [ed. cast.: septiembre-octubre de 2013, pp. 7-40]; y, para una animada y reciente reivindicación del término por Chantal Mouffe, «El momento populista», *El País*, 10 de junio de 2016. En lo que sigue no se hace justicia a Mouffe, cuyos textos —en particular su compromiso con Schmitt, con la voluntad de convertir en antagónicas las contradicciones agónicas en un sistema político democrático— constituyen un cuerpo de trabajo distinto al realizado en colaboración con Laclau. <<

[131] Véase el diálogo entre Íñigo Errejón y Chantal Mouffe, *Construir Pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*, Madrid, Icaria, 2015, *passim*; ambos autores explican que su auténtico despertar político se produjo en América Latina: en Colombia en el caso de Mouffe, en Bolivia en el de Errejón, pp. 72-73. En Argentina Laclau acabó teniendo cierto reconocimiento como profeta en su tierra gracias a Cristina Fernández de Kirchner, a quien apoyó vigorosamente. Véase el indignado retrato conservador «Ernesto Laclau, el ideólogo de la Argentina dividida» en *Noticias de la Semana*, 13 de abril de 2014, y el vital y afectuoso homenaje de Robin Blackburn «Ernesto Laclau 1935-2014», 14 de abril de 2014, VersoBooks.com. <<

[132] Así, (i) al principio, «la hegemonía es un *tipo de relación* política, una *forma*, si así se prefiere, de política»; luego se convierte en «el campo de lo político» como tal; un juego que tiene «un nombre: hegemonía»: *Hegemony and Socialist Strategy*, cit., pp. 139 y 193 [ed. cast.: pp. 183 y 239]. (ii). Al principio, «el populismo es, sencillamente, una forma de construir lo político»; luego, «la razón populista equivale a la razón política *tout court*»; de hecho, ¿no es [esta lógica de la simplificación y de la imprecisión] «la condición misma de la acción política»? : *On Populist Reason*, Londres y Nueva York, 2004, pp. xi, 19 y 225 [ed. cast.: *La razón populista*, México DF y Buenos Aires, FCE, 2005, pp. 11, 33 y 279]. <<

[133] *Politics and Ideology in Marxist Theory*, cit., pp. 176-191 [ed. cast.: pp. 206-224], donde «la presencia masiva de la clase obrera en el peronismo le daba una excepcional capacidad para pervivir como movimiento», y el discurso político tenía una «doble articulación», con las ideas del pueblo y con posiciones estructurales en las relaciones de producción: pp. 190 y 194 [ed. cast.: pp. 223 y 227-228]. <<

[134] *On Populist Reason*, cit., p. 118 [ed. cast.: p. 151]. <<

[135] *Construir Pueblo*, cit., p. 105; para el uso del mismo contraste y concepción de «performativo», véanse pp. 118 y 121. <<

[136] Mouffe expresa cierto escepticismo frente al uso desenfadado de este término, cuyo equivalente anglófono sería el gusto de Obama por hablar de *folks*, incluso al referirse a la ejecutoria de los servicios de seguridad de su país: «Han torturado a *folks*». Defendiendo el uso de *la casta*, Errejón señala que «su poder movilizador radica en su indefinición», *Construir Pueblo*, cit., pp. 121-122. <<

[137] *On Populist Reason*, cit., p. 95 [ed. cast.: p. 124]. <<

[138] O, más raramente, la «totalización institucional», negando cualquier ámbito exterior a la comunidad: *ibid.*, pp. 80-81 [ed. cast.: p. 107]. <<

[139] *Ibid.*, p. 208 [ed. cast.: pp. 249 y 258]. <<

[140] Pablo Iglesias, rueda de prensa en el Hotel Ritz de Madrid, 5 de junio de 2016. Tres semanas después, los votantes mostraron su incredulidad al respecto. Paradójicamente, Errejón había rechazado la caracterización de Podemos por Mouffe como populista, alegando que el término era tóxico en los medios de comunicación; quizá, por esa razón, el partido prefirió en el último minuto cubrirse con el tranquilizador *tricornio* de Felipe González y su progenie, aunque con escaso provecho. <<

[141] Sobre esa trayectoria, véase la introducción editorial de Partha Chatterjee a Guha, *The Small Voice of History: Collected Essays*, Ranikhet, 2009. <<

[142] «Gramsci in India: Homage to a Teacher», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 16 2 (2011), p. 289. <<

[143] «On Some Aspects of the Historiography of Colonial India», *Subaltern Studies* I, Delhi, 1982, pp. 1-8. <<

[144] Para una crítica de esa involución por parte de uno de los primeros editores de la revista, véase Sumit Sarkar, «The Decline of the Subaltern in Subaltern Studies», en Vinayak Chaturvedi, *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres y Nueva York, 2000. <<

[145] No se trata de una mera exhibición de nombres, como tantas veces hemos visto en posteriores textos, sino que son realmente pertinentes para el propósito de Guha. En un prólogo de elegante generosidad —su propia obra es esencialmente antitética—, James Scott podría escribir en la reedición de *Aspectos elementales* veinte años después: «Un libro de gran originalidad y ambición podría ser considerado como un astillero. Una marca segura de su influencia sería cuántos barcos fueron lanzados desde su muelle. Atendiendo únicamente a ese criterio, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency* de Ranajit Guha ha tenido un enorme impacto. De su atarazana han partido miles de barcos enarbolando su gallardete. Dado que en este caso el constructor tenía más una filosofía sobre la construcción de embarcaciones que un diseño rígido, no es sorprendente que el astillero pudiera lanzar embarcaciones de diseños muy variados, navegando hacia puertos desconocidos y transportando cargas nuevas y exóticas. Imagino que el constructor naval ni siquiera reconocería algunos de esos buques como inspirados por él y, de hecho, probablemente desearía rechazar cualquier asociación con bastantes de ellos. Ese, sin embargo, es el destino innegable de un maestro-constructor: sus ideas se incorporan simplemente a las rutinas de la construcción naval, a menudo sin su conocimiento. Aunque a menudo pueda sentirse mal representado y pirateado, seguramente es un destino mejor que ser ignorado», *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Durham, 1999, p. xi. <<

[¹⁴⁶] *Ibid.*, pp. 173, 177, 198 y 314. <<

[147] «En resumen, la hegemonía, deducida así del dominio, nos ofrece la doble ventaja de evitar un deslizamiento hacia una conceptualización liberal-utópica del Estado y de representar el poder como una relación histórica concreta formada necesaria e irreduciblemente por la fuerza y el consentimiento», *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*, Cambridge (MA), 1997, pp. 20-23. <<

[148] *Ibid.*, pp. 131-132. <<

[149] Hay una nota de indecisión atípica en las formulaciones de Guha al respecto, que traiciona quizá un rastro insólito de nostalgia del movimiento nacional. En *Dominance without Hegemony* había dicho que «la coerción se propuso competir con la persuasión en el proyecto nacional», sin especificar más que negativamente el resultado de esa competición (p. 151). Treinta años después hablaría de un «liderazgo al que le había dado el poder el consentimiento del pueblo en el movimiento por la independencia», que, sin embargo, «no consiguió convertir ese consentimiento en una hegemonía liderando el nuevo Estado soberano»: «Gramsci in India», p. 294. <<

[150] Véanse los cinco textos publicados entre 1971 y 1979, comenzando con «On Torture and Culture», en la parte v de *The Small Voice of History*. <<

[151] *The Geometry of Imperialism*, Londres, Verso, [1978] 1983, pp. 172-173 [ed. cast.: *La geometría del imperialismo*, trad. de Juan Alfonso García Ruiz, México DF, Siglo XXI, 1978, si bien esa respuesta no aparece en la edición en castellano]. <<

[152] Véase «A Crisis of Hegemony», en Samir Amin, Giovanni Arrighi, Andre Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, *Dynamics of Global Crisis*, Nueva York, pp. 108 y ss. En 1972 había predicho la incipiente crisis económica en un artículo publicado en Italia con el título «Una nuova crisi generale», *Rassegna Comunista*, 2, 3, 4 e 7, Milán, traducido años después al inglés en esta revista: «Towards a Theory of Capitalist Crisis», *NLR* I/111 (septiembre-octubre de 1978), y al castellano como «Una nueva crisis general capitalista» en *Cuadernos Políticos* 8 (abril-junio de 1976), México D. F., Editorial Era, pp. 6-27 [en línea: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.8/CP8.3>]. Sobre los recuerdos de Arrighi de aquella época, véase «The Winding Paths of Capital», *NLR* 56 (marzo-abril de 2009), pp. 65-68 [ed. cast.: «Las sinuosas sendas del capital. Entrevista de David Harvey» (mayo-junio de 2009), pp. 55-86 y, más específicamente, pp. 60-64; en línea: <http://newleftreview.es/>]. <<

[153] *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*, Londres y Nueva York, 1994, pp. 28 y 30 [ed. cast.: *El largo siglo xx. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999, pp. 44 y 45]. <<

[154] La adición a la serie de la hegemonía neerlandesa, ausente en *La geometría del imperialismo*, testimonia la fructífera interacción entre Arrighi y Wallerstein. La palabra «hegemonía» no aparece en el primer volumen de *The Modern World-System* (1974). En el segundo (1980) se define como la superioridad simultánea de un poder central sobre todos los demás en la producción, el comercio y las finanzas, a lo que se añadía en el caso neerlandés el poder marítimo, el avance científico y tecnológico, la posibilidad de movilidad social y salarios más altos que en otros lugares, lo que permitía un equilibrio de intereses entre los propietarios y los productores que respaldaban al Estado. En el cuarto volumen (2011), dedicado a la memoria de Arrighi, la hegemonía ya no requiere exposición; se da por sentada, observa Wallerstein en la p. xii [ed. cast.: *El moderno sistema mundial*, 4 vols., Madrid, Siglo XXI de España, 2016-2017].

<<

[155] En esta cuestión ejerció sobre él una influencia importante David Calleo, un pensador conservador cuyo *Beyond American Hegemony* (1987) ofrecía una sorprendente crítica histórica de la teoría de la estabilidad hegemónica y de la apologética angloamericana asociada con ella, de la que Arrighi tomó el concepto de «dominación explotadora» que figura significativamente en su propio trabajo. <<

[156] *Adam Smith in Beijing*, Londres y Nueva York, 2007, pp. 24-39, 57-63 y 314-336 [ed. cast.: *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, Akal. 2007, pp. 32-47, 65-70 y 328-350]. <<

[157] Post-scriptum para la edición de 2010 de *The Long Twentieth Century*, p. 385 [ed. cast.: *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 2014, p. 476]. <<

[158] «The Winding Paths of Capital», *NLR* 56 (marzo-abril de 2009), pp. 73-74 [ed. cast.: «Las sinuosas sendas del capital. Entrevista de David Harvey» (mayo-junio de 2009), pp. 55-86 y, más específicamente, pp. 66-67; en línea: <http://newleftreview.es>]. Le tocó a su compañera Beverly Silver abordar el otro lado de la historia en sus *Forces of Labor*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, Akal, 2005]. <<

[159] «Marxist Century, American Century: The Making and Remaking of the World Labour Movement», *NLR* I/179 (enero-febrero de 1990) [ed. cast.: «Siglo XX: siglo marxista, siglo americano: la formación y la transformación del movimiento obrero mundial», *NLR* 0 (diciembre de 1999), pp. 7-46 [*online*: <http://newleftreview.es/>]. <<

[160] *Chaos and Governance in the Modern World System*, Mineápolis, 1999, pp. 12-13 y 282 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal, 2001, pp. 20 y 285]. <<

[161] «The Three Hegemonies of Historical Capitalism», *Review* (Centro Fernand Braudel) (verano de 1990), p. 367. <<

[162] *Chaos and Governance*, cit., pp. 35-36 [ed. cast.: p. 42]. <<

[163] *Ibid.*, pp. 27, 243-245 [ed. cast.: pp. 34, 248-250]; *Adam Smith in Beijing*, cit., pp. 150-151 y 178 [ed. cast.: pp. 160, 187 y ss., en particular p. 190]. <<

[164] Esto parece haberse producido de manera totalmente independiente en sucesivos idiomas europeos: compárense Edward Parker, *Ancient China Simplified*, Londres, 1908, pp. 33, 38, 72 y 97; Henri Maspero, *La Chine antique*, París, 1927, pp. 245-249 y ss.; Otto Franke, *Geschichte des Chinoisischen Reiches*, Bd I, Berlín 1930, pp. 160-162 y ss. <<

[165] *Analectas*, libro 14: 18, 15. <<

[166] *Mengzi*, libros 2A, 3: 1, y 6B, 7: 1. <<

[167] *Xunzi*, 9, 139-141; 7, 37-48; 9, 203-2011. Las contradicciones en la representación del hegemón por *Xunzi* son típicas en toda la gama de textos pre-Qin. La mayoría de ellas se debían, sin duda, a la forma en que fueron redactados o conservados, ya fueran —como en el caso de las *Analectas*, el *Mengzi* y, más evidentemente, aún, el posterior *Guanzi*— producto en su totalidad de escritores diferentes después de la muerte de sus supuestos autores, o —como en el caso del *Xunzi* y el *Han Feizi*— sometidos a interpolaciones posteriores. Los análisis estilísticos para discernir las varias capas del canon están todavía por hacer. Con gran probabilidad, en algunos casos las contradicciones pueden deberse a las preferencias de los diversos gobernantes a quienes los letrados de la época, desde Confucio en adelante, se dirigían esperando obtener un puesto de consejero. El retrato por Sima Qian del señor Shang (Gongsun Yang), una figura más tarde legada a la posteridad como teórico de un implacable legalismo, ofrece una sobresaliente ilustración de esa ductilidad, al narrar sus esfuerzos para convertirse en consejero del duque Xiao de Qin, el bisabuelo del primer emperador. «El duque Xiao concedió a Gongsun Yang una entrevista, y Yang le habló largamente. El duque Xiao se adormilaba de cuando en cuando, sin escuchar siquiera. Cuando terminó la entrevista, el duque comentó con enojo a Jing Jian: “Ese visitante tuyo ¿no es más que un impostor! ¿De qué podría valer un hombre así?”. Jing Jian reprendió luego a Gongsun Yang, pero este dijo: “Explicué al duque cuál es el camino de un emperador (*didao*), pero no pareció gustarle”. Cinco días después, Jing Jian le pidió al duque que volviera a recibir a Yang. Yang tuvo una entrevista con él y le habló con más fervor aún, pero no logró despertar el interés del duque. Después de aquella entrevista, el duque se quejó de nuevo a Jing Jian, y Jing Jian volvió a reprender a Yang. Yang le dijo: “Le explicué al duque cuál es el camino de un rey (*wangdao*), pero tampoco le atrajo. Me gustaría que me concediera otra entrevista”. Cuando Yang acudió a otra entrevista, el duque expresó su aprobación, pero todavía no estaba dispuesto a darle un empleo. Cuando la entrevista hubo terminado y Yang se había retirado, el duque Xiao le dijo a Jing Jian: “Ese visitante tuyo ¿es un buen hombre, alguien con quien vale la pena hablar!”. Yang le contó luego a Jing Jian: “Expuse al duque cuál es el camino de

un hegemón (*badao*). Parece como si quisiera probarlo. ¡Sabré qué decirle la próxima vez!”. Cuando Yang lo visitó para otra entrevista, el duque habló con él, inclinándose hacia delante hasta que se dio cuenta de que estaba arrodillado al borde mismo de su cojín. Hablaron durante varios días sin tregua. Jing Jian dijo: “¿Cómo lograste impresionar a nuestro gobernante? ¡Está muy contento!”. Gongsun Yang dijo: “Le expliqué los caminos del emperador y el rey, tal como eran en las Tres Dinastías de la Antigüedad”. Pero él dijo: “Eso lleva demasiado tiempo. No puedo esperar tanto. Un gobernante de mérito es el que puede hacerse famoso en todo el mundo durante su propia vida. ¿Quién puede aguardar sentado durante treinta o cuarenta o cien años con la esperanza de convertirse en emperador o rey?”. Por eso le expliqué las técnicas para fortalecer el Estado, y parecía complacido. Por supuesto, será difícil para él igualar la virtud de las dinastías Yin o Zhou», *Records of the Grand Historian: Qin Dynasty* (trad. al inglés de Burton Watson), Hong Kong, 1993, pp. 90-91. <<

[168] *Xunzi*, 9: 122. <<

[169] «Había un granjero en Song que cultivaba la tierra y en su campo había un tocón. Un día, un conejo, corriendo por el campo, tropezó con él, se rompió el pescuezo y murió. Entonces el agricultor dejó a un lado su arado y montó vigilancia al otro lado del tocón, con la esperanza de conseguir otro conejo de aquel mismo modo. Pero no consiguió conejos y se convirtió en motivo de irrisión para la gente de Song. Quienes piensan que pueden tomar las formas de los antiguos reyes y usarlas para gobernar a la gente de hoy pertenecen a la categoría de los vigilantes de tocones», *Han Feizi*, 49. <<

[170] *Han Feizi*, 50. <<

[171] «El camino del soberano es atesorar quietud y reserva [...] de manera que parece no estar en ningún sitio; tan vacío que nadie puede detectarlo. Estar vacío, quieto y ocioso y desde tu rincón oscuro observar los defectos de los demás. Ver, pero no aparecer para ser visto, escuchar, pero sin que lo parezca; saber, pero sin dejar traslucir que se sabe», *Han Feizi*, 1, típico pasaje taoísta, en verso en el original. <<

[172] Por ejemplo, «el emperador (*di*) evita la acción. El rey (*wang*) actúa, pero sin un propósito deliberado. El hegemón (*ba*) actúa, pero no en busca de honores. El príncipe (*gui*) evita las acciones destinadas a honrarle. Ese es el camino de los gobernantes. Buscar honores con moderación es el camino del ministro (*chen*)», o bien: «El tesoro de un rey se gasta en su pueblo; el de un hegemón en sus generales y soldados; el de un gobernante débil en los [cortesanos] de elevada posición; el de un gobernante abocado al fracaso en mujeres y piedras preciosas», *Guanzi*, I, 5; IV, 12. <<

[173] Para tales usos, véase especialmente *Guanzi*, IX, 23: «Ba Yan» («Conversaciones con un hegemón»), título probablemente equivocado derivado del «Ba Xing» («Condiciones de un Hegemón») que lo precede; véase al respecto el comentario de Allyn Rickett en su traducción inconclusa del *Guanzi*, Princeton, 1985, pp. 348-355. <<

[174] Mark Edward Lewis, *Writing and Authority in Early China*, Albany, 1999, pp. 351 y 493: «Cuando [el aparente heredero] creció, era suave y benevolente, y amaba el *ru* [...]. Una vez que asistía [junto al emperador Xuan] a un banquete, le exhortó: “Su majestad aplica demasiados castigos; debería emplear a los eruditos *ru*”. El emperador Xuan frunció el ceño y dijo: “La casa Han tiene sus propias instituciones, basadas en la combinación del estilo de los reyes y el de los hegemones. ¿Cómo podemos confiar simplemente en la transformación a través de la virtud y el uso de las políticas de Zhou?”». <<

[175] Véase Peter Bol, «*This Culture of Ours*»: *Intellectual Transitions in T'ang and Song China*, Stanford, 1992, pp. 227 y 229. La principal figura literaria del periodo, el poeta-estadista Su Shi, relativizaba la distinción de otro modo: los gobernantes debían actuar como reyes o hegemones según sus capacidades personales, pp. 265-266. <<

[176] Hoyt Tillman, *Utilitarian Confucianism, Ch'en Liang's Challenge to Chu Hsi*, Cambridge MA, 1982, pp. 182-183. <<

[177] Véase Bertil Lundahl, *Han Feizi: The Man and the Work*, Estocolmo, 1992, p. 88. <<

[178] *Ogyu Sorai's Philosophical Masterworks: The Bendo and Benmei*, Honolulu, 2006, pp. 334-337, en las que se desestiman las denuncias por Mencio de los hegemones como distorsiones de un polemista. La influencia de Sima Guang es clara, y quizá también la de Chen Liang. <<

[179] Véase la introducción de Tucker a *Ogyu Sorai's Philosophical Masterworks*, p. 80. <<

[180] *Discourse on Government (Seidan)*, Wiesbaden, 1999, pp. 192-193, trad. modificada. Sorai concluía así su texto: «Ni siquiera he permitido que mis estudiantes tomen nota de esta narración. La he escrito yo mismo, usando mis viejos ojos y mi humilde pincel. Después de que el *shōgun* se haya dignado leerla, deseo que sea entregada a las llamas». <<

[181] La carrera y el pensamiento de Hakuseki han sido objeto del mejor estudio individual de cualquier pensador japonés de la modernidad temprana en una lengua europea, el de Kate Wildman Nakai, *Shogunal Politics: Arai Hakuseki and the Premises of Tokugawa Rule*, Cambridge (MA), 1988, cuyas conclusiones se resumen más arriba. <<

[182] Véase Bob Wakabayashi, *Japanese Loyalty Reconstructed: Yamagata Daini's Ryūshi shinron of 1759*, Honolulu, 1999 pp. 133-134. «La duplicidad en el servicio a un gobernante es inconcebible y viola el principio moral inmutable de los antiguos sabios; la dualidad en la exacción de trabajo a los súbditos muestra falta de benevolencia, y las masas no la aceptarían. Hoy criticamos como “lasciva” a cualquier mujer que se entregue a dos hombres, pero no decimos nada de un súbdito que sirve a dos amos. Así que debe de haber muchas castas esposas y ningún funcionario fiel». <<

[183] Matsumiya Kanzan, *ibid.*, p. 135. Un cuarto de siglo después, Fujita Yūkoku, de la escuela de Mito, ofreció su comentario sobre la posición oficial: los Tokugawa eran hegemones que actuaban como reyes, pero rechazaban con razón ese título: «Para un hegemón, no es preferible seguir el camino de un rey a que un rey siga el camino de un hegemón». <<

[184] Véase Annick Horiuchi, «Kaiho Seiryô, or the Importance of Discernment», en W. J. Boot, *Critical Readings in the Intellectual History of Early Modern Japan*, Leiden, 2012, pp. 485-486, el más sobresaliente estudio en una lengua occidental sobre Seiryô. <<

[185] Irónicamente, como muchas otras cosas del discurso patriótico de la época, su eslogan —*zunwang nangyi*— procedía de la época pre-Qin en China. <<

[186] *Yoshida Shoin zenshu*, II, Tokio, 1934, pp. 504 y 400-401. Agradezco especialmente a Kate Wildman Nakai su ayuda a este respecto, así como para el pasaje anterior sobre Fujita Yūkoku. Véase también Thomas Huber, *The Revolutionary Origins of Modern Japan*, Stanford, 1981, p. 63. <<

[187] «The Way of the King», *Monumenta Nipponica* (primavera de 1979), pp. 71 y 63; Irokawa Daikichi, *The Culture of the Meiji Period*, Princeton, 1985, p. 104. Takusaburō concluía con una posdata: «Quizá alguien se pregunte por qué escribí este ensayo sobre el Camino del Rey. Tal vez sea porque estoy un poco desquiciado, o tal vez lo hice solo por diversión. Posiblemente sea uno de esos anticuados clasicistas chinos que conocen la Antigüedad pero que ignoran lo que está pasando hoy. O quizá soy uno de esos estudiosos *kokugaku* que no entienden nada de política; solo conocen la existencia de la casa imperial e ignoran la existencia del pueblo [...]. Espero que este ensayo sirva como un barco para llevarlos a las costas de la comprensión». <<

[188] Mark Peattie, *Ishiwara Kanji and Japan's Confrontation with the West*, Princeton, 1975, pp. 33-34, 55-57, 160 y 316-329. <<

[189] Véase Lincoln Li, *The China Factor in Modern Japanese Thought: The Case of Tachibana Shiraki 1881-1945*, Albany, 1996, pp. 105-107 y, sobre el papel general de Tachibana como ideólogo del Ejército de Kwantung en la ocupación japonesa de Manchuria, pp. 45-63. <<

[190] «Pan-Asianism», *China and Japan – Natural Friends, Unnatural Enemies*, Shanghai, 1941, pp. 141-151. La traducción del discurso de Sun, que contiene varias omisiones diplomáticas —la frase «perros callejeros» [*zou gou*, «lacayos»] de su penúltima frase fue suprimida— convertía el *wangdao* y el *badao* en «norma del derecho» y «norma del poder», excepto cuando el primero aparecía como «Camino Real». La colección en la que apareció esta traducción fue producida por el régimen colaboracionista de Wang Jingwei, creado por Japón en 1940; hacía uso de los muchos llamamientos de Sun en petición de ayuda y expresiones de amistad hacia Japón antes de su muerte, cuatro meses después de su discurso en Kobe, y concluía con un epílogo de Wang Jingwei ensalzando «el destino común de China y Japón». <<

[191] «Talk with the American Correspondent Anna Louise Strong», *Selected Works*, vol. IV, Pekín, 1961, p. 100. En aquella época la traducción oficial de *baquan* era «dominación». <<

[192] «On the Question of the Differentiation of the Three Worlds», 22 de febrero de 1974 [<http://www.revolutionarydemocracy.org/rdv10n1/mao.htm>]. El terceto original, tal como fue formulado inicialmente en Francia, lo habían formado un Primer Mundo, que incluía a los países capitalistas encabezados por Estados Unidos; un Segundo Mundo de países comunistas, encabezados por la URSS, y un Tercer Mundo de países coloniales y semicoloniales. Después de la muerte de Mao, su versión fue objeto de un tratamiento sin precedentes con un número completo del *Diario del Pueblo* dedicado a sus lecciones para la lucha contra el hegemonismo de las dos superpotencias: 1 de noviembre de 1977 [ed. cast.: «Sobre la cuestión de la diferenciación de los tres mundos» (<http://www.forocomunista.com/t27065-sobre-la-cuestion-de-la-diferenciacion-de-los-tres-mundos-22-de-febrero-de-1974-mao-zedong>)]. <<

[193] En las versiones de 1975 y 1978 de la Constitución se declaraba que China defendería el «internacionalismo proletario» frente al «hegemonismo». En la revisión de 1982 de la carta constitucional, bajo el mandato de Deng Xiaoping, el primer concepto desapareció, pero el segundo persistió y se mantiene tal cual en la última versión de 2004. <<

[194] A menudo mal interpretada como «instrucción de 24 caracteres» de Deng, como si hubiera sido redactada así, cuando en realidad se trataba de un posterior resumen por parte del oficialismo de observaciones realizadas en diferentes momentos, como la de «observar con frialdad; asegurar nuestra posición; actuar con calma» (septiembre de 1989, después de la caída del Muro de Berlín); «China nunca pretenderá ser un hegemón» (diciembre de 1990, en respuesta a una pregunta sobre si debía aceptar la dirección del Tercer Mundo); «ocultar nuestras capacidades y aguardar nuestro tiempo» (abril de 1992, después de la caída de la URSS), o *tao guang yang hui* («ocuparnos de nuestros propios asuntos sin tratar de predominar en los mundiales»), una frase que se remonta a una época anterior a la dinastía Tang o incluso las Seis Dinastías, esto es, entre los siglos III y IX d. C. <<

[195] Yan Xuetong, *Ancient Chinese Thought and Modern Chinese Power*, Princeton, 2011, p. 115. <<

[196] Por esa época Gramsci había comenzado a ser editado en chino, obligando a su principal intérprete Tian Shigang a un neologismo, *lingdaoquan* — aproximadamente «guía»— en lugar de *baquan* para la hegemonía gramsciana, sin que su propuesta obtuviera demasiado éxito. <<

[197] *Ancient Chinese Thought and Modern Chinese Power*, cit., p. 69. <<

[198] Compárese la primera versión de su ensayo, «Xunzi's Thoughts on International Politics and Their Implications», *Chinese Journal of International Politics* (invierno de 2008), pp. 135-165, con los eufemismos de la segunda versión: «Xunzi's Interstate Political Philosophy and Its Message for Today», en *Ancient Chinese Thought and Modern Chinese Power*, cit., pp. 70-106. <<

[199] Véase «From Keeping a Low Profile to Striving for Achievement», *Chinese Journal of International Politics* (verano de 2014), pp. 153-184; «Q and A: Yan Xuetong Urges China to Adopt a More Assertive Foreign Policy», *The New York Times*, 9 de febrero de 2016. <<

[200] «Yan Xuetong on Chinese Realism, the Tsinghua School of International Relations, and the Impossibility of Harmony», *Theory Talks* 51 (2012). <<

[201] *Ancient Chinese Thought and Modern Chinese Power*, cit., p. 67. <<

[202] «Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory», *Millennium 2* (1982), p. 1240, su manifiesto teórico. <<

[203] Véase «Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method», *Millennium 2* (1983), pp. 162-175: artículo presentado originalmente a la Asociación Americana de Ciencia Política en 1981. <<

[204] En *Production, Power and World Order*, Cox distinguía 12 «modos de relaciones sociales» a finales del siglo XX: subsistencia, campesino-señor, mercado primitivo de trabajo, hogar, autoempleo, mercado de trabajo empresarial, bipartidismo, corporativismo empresarial, tripartidismo, corporativismo estatal, comunal, planificación estatal (pp. 32-103). Su trabajo para la OIT había dejado su marca en esa tipología, pero en espíritu estaba más cerca de los primeros textos de Arrighi sobre Rodesia y Calabria que de su obra posterior. <<

[205] «Rethinking Hegemony: Uneven Development, Historical Blocs and the World Economic Crisis», *International Studies Quarterly* (junio de 2012), pp. 323-338. <<

[206] Stephen Gill, «A Neo-Gramscian Approach to European Integration», en Alan Cafruny y Magnus Ryder (eds.), *A Ruined Fortress? Neoliberal Hegemony and Transformation in Europe*, Lanham, 2003, pp. 65-67. Gill, la otra referencia principal de Saull, se unió a Cox en Toronto después de emigrar de la Inglaterra de Thatcher. A diferencia de Saull, sugiere que Estados Unidos disfrutó, en el mejor de los casos, de la «supremacía» en un «mundo poshegemónico», *Power and Resistance in the New World Order*, Nueva York, 2003, pp. 118-20, 140-141 y 180. <<

[207] Wang Hui, «Depoliticized Politics, from East to West», *New Left Review* 41 (septiembre-octubre de 2006), p. 42 [ed. cast.: «Política Despoliticizada, de Oriente a Occidente», *NLR* (noviembre-diciembre de 2006), p. 39]. <<

[208] *After Victory: Institutions, Strategic Restraint, and the Rebuilding of Order after Major Wars*, Princeton, 2001, pp. 27-29. <<

[209] *Ibid.*, pp. 53 y ss. y 200-205. <<

[210] *Ibid.*, p. 19; Andréi Kozyrev *dixit*. <<

[211] «Democracy, Institutions and American Restraint», en John Ikenberry (ed.), *America Unrivalled: The Future of the Balance of Power*, Ithaca, 2002, pp. 234-235. <<

[212] «Conclusion», *America Unrivalled*: no solo el autocontrol de Estados Unidos, sino «la profunda congruencia entre el sistema interno estadounidense —y su identidad cívica y multicultural— y el proyecto a largo plazo de la modernidad da también su robustez al orden unipolar», pp. 296 y 310. <<

[213] John M. Owen IV, «Transnational Liberalism and American Primacy: or, Benignity is in the Eye of the Beholder», *America Unrivaled*, pp. 241-242. <<

[214] Michael Mastanduno, «Incomplete Hegemony and Security Order in the Asia-Pacific», *America Unrivaled*, pp. 203 y 209-210. <<

[215] Wickersham, *Hegemony and Greek Historians*, cit., p. 23. <<

[216] Para referencias hasta 2009, véase Paul K. Macdonald, «Those who forget historiography are doomed to republish it: empire, imperialism and contemporary debates about American power», *Review of International Studies* (enero de 2009), pp. 45-67, que dividía el campo entre entusiastas, críticos y escépticos imperiales. <<

[217] *The Liberal Leviathan: The Origins, Crisis and Transformation of the American World Order*, Princeton, 2011, pp. 70 y 66. <<

[218] *The Liberal Leviathan*, pp. 276, 270 y 360. El capítulo dedicado a la política exterior de los republicanos se titulaba «La Gran Transformación y el Fracaso de la Hegemonía No Liberal». Tres años después, Ikenberry saludaba el retorno a la «gran práctica global estadounidense desde la posguerra» bajo una presidencia demócrata y el «pleno espectro internacionalista» de su titular, con un entusiasmo ilimitado: «Obama's Pragmatic Internationalism», *The American Interest*, 8 de abril de 2014. <<

[219] *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*, Nueva York, 2004,
p. 12. <<

[220] *Ibid.*, pp. 24 y 28-29. <<

[221] «The Risks of Victory», *The National Interest* (invierno de 2001-2002), pp. 22-36. <<

[222] «The Mirage of Empire versus the Promise of Hegemony», *Systems, Stability and Statecraft: Essays on the International History of Modern Europe*, Nueva York, 2004, pp. 298-299, recordando y encomiando la concepción de Stadelmann de la hegemonía como «equilibrio controlado», p. 363. <<

[223] Martin Wight, el decano de la Escuela, combinaba el análisis cristalino y la amplitud de su cultura —su *Power Politics* (1946) y la póstuma *International Theory: The Three Traditions* (1991) siguen siendo clásicos— con una religión apocalíptica, dando la bienvenida al estallido de la Segunda Guerra Mundial como juicio divino contra la humanidad por su apostasía, e identificando figuras del Anticristo durante todo el camino desde el emperador Juliano hasta Hitler, «la concentración final del mal satánico» antes de la Segunda Venida. Véase Ian Hall, *The International Thought of Martin Wight*, Nueva York, 2006, pp. 33-37. En años posteriores, aunque creyendo todavía que una guerra nuclear era preferible a un Estado mundial, se limitó a una defensa más sosegada de los valores occidentales. <<

[224] Carta a Stanley Hoffman, 30 de septiembre de 1977: Jonathan Haslam, *The Vices of Integrity: E. H. Carr, 1892-1982*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 252-253. <<

[225] *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, Basingstoke, 1977, p. 209. <<

[226] *The Evolution of International Society: A Comparative Analysis*, Londres, 1992, pp. 13-16 y 314. Watson, que estuvo destinado en Rumanía y Egipto durante la guerra y luego cinco años en Moscú en la posguerra, formándose en la guerra psicológica, ocupando la Jefatura del Departamento de África del Foreign Office durante la crisis de Suez de 1956 y ejerciendo finalmente como embajador en Cuba en 1962-1966, tenía la formación histórica más amplia de la Escuela Inglesa, tratándose de una figura impensable en el Foreign Office actual.
<<

[227] «Anteriormente pensaba en la hegemonía como el área del espectro entre múltiples independencias absolutas y un solo gobierno mundial que permitiría a las potencias dominantes influir en la política externa de otros Estados, aunque no, o solo marginalmente, en su política interna. Ahora me doy cuenta de que la hegemonía de Occidente y especialmente la de Estados Unidos también tiene como objetivo modificar el comportamiento interno de otros Estados y comunidades», *Hegemonía And History*, Londres, 2007, pp. 80 y 104. <<

[228] *Legitimacy in International Society*, Oxford, 2005, pp. 216, 242, 253-254 y 256. <<

[229] *Hegemony in International Society*, Oxford, 2011, pp. 4, 36, 49, 56 y 241.

<<

[230] La deriva intelectual de la obra de Clark, cada vez más nebulosa —desde *The Hierarchy of States* (1989), *Globalization and Fragmentation* (1997) y *The Post-Cold War Order* (2001), hasta *Legitimacy in International Society* (2005), *International Legitimacy and World Society* (2007) y *Hegemony in International Society* (2011)—, es muy pronunciada. <<

[231] *The United States and the Great Powers: World Politics in the Twenty-First Century*, Cambridge, 2004, pp. 188 y 193-194. Buzan es de origen canadiense y antepone a su declaración de fe en Estados Unidos la cláusula «a menos que uno se oponga totalmente al capitalismo», que en otro lugar declara como «el único juego posible», aunque prefiere hablar de «el mercado», *Introduction to the English School of International Relations: the Societal Approach*, Cambridge, 2014, p. 138. <<

[232] *The Anarchical Society*, cit., pp. xxxvii y 308. <<

[233] «Hegemon wider Willen. Zur Stellung Deutschlands in der Europäische Union», *Merkur* (enero de 2012), pp. 1-8. <<

[234] «Nochmals: die Deutsche Hegemonie», *Merkur* (enero de 2013), pp. 25-33.

<<

[235] *Imperien*, Berlín, 2006, pp. 245-254. Para un agudo análisis de ese trabajo, véase Benno Teschke, «Imperial Doxa from the Berlin Republic», *New Left Review* 40 (julio-agosto de 2006), pp. 128-140 [ed. cast.: «Doxa Imperial desde la República de Berlin», *NLR* (septiembre-octubre de 2006), pp. 111-125]. <<

[236] «Wir sind der Hegemon», *Frankfurt Allgemeine Zeitung*, 21 de abril de 2015. <<

[237] Aunque, a largo plazo, la alternancia en el gobierno fuera sin duda un certificado de salud para la democracia que sería imprudente ignorar: *Macht in der Mitte*, Hamburgo, 2005, pp. 165-167. <<

[238] «Scheitert Deutschland an den Aufgaben der europäischen Zentralmacht, Dann scheitert Europa», *FAZ*, 21 de agosto de 2015. <<

[239] *Macht in der Mitte*, cit., pp. 178-180, 41-42 y 146-147. <<

[240] *Ibid.*, pp. 70-76, 28-29 y 174-176. <<

[241] *Ibid.*, pp. 168-170. <<

[242] *Gesammelte politische Schriften*, Tubinga, 1971, p. 143. <<

[243] *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, 2001, pp. 40-41. Christopher Layne, un compañero realista, ha criticado la idea del «poder de contención de los mares», argumentando que, por el contrario, solo porque Estados Unidos estaba protegido por dos océanos, podía apuntar a la hegemonía global basándose en Eurasia, mientras que las potencias terrestres de Eurasia no podían esperar hacer lo mismo en las Américas: «The Poster Child for “offensive realism”: America as a global hegemon», *Security Studies* (marzo de 2009), pp. 12-128 y ss. Para una discusión más completa, admirativa pero crítica, de la variante realista de Mearsheimer, véase Peter Gowan, «A Calculus of Power», *New Left Review* 16 (julio-agosto de 2002), pp. 47-67 [ed. cast.: «Un cálculo de poder» (septiembre-octubre de 2002), pp. 44-63]. <<

[244] «Imperial by Design», *The National Interest* (enero-febrero de 2011), pp. 16-34, y «America Unhinged», *The National Interest* (enero-febrero de 2014), pp. 9-30. <<

[245] *Restraint: A New Foundation for US Grand Strategy*, Ithaca, 2014, p. xi. <<

[246] *Ibid.*, pp. 25-26, 49-50, 58-59 y 67. <<

[247] *Ibid.*, p. xiii. <<

[248] *Ibid.*, p. 173. <<

[249] Como expone nerviosamente un teórico liberal de una «paz democrática», «en el discurso contemporáneo la hegemonía suele implicar algo más duro que el benigno término “liderazgo”, transmitiendo, por el contrario, un predominio ejercido en parte como coacción explícita o implícita», mientras que, «en la política internacional», no está nunca «demasiado lejos del imperio como concepto peyorativo», Bruce Russett, *Hegemony and Democracy*, Nueva York, 2011, p. 1. <<

[250] XXXII, 2 (véase también 4 sobre la secuencia de políticas romanas en Grecia, África del Norte y España, donde se repite el *kataplêxanto*). El fragmento en cuestión ha suscitado considerable atención erudita, en parte por la amplitud —extensa, pero no total— del recurso de Diodoro a Polibio como fuente primaria. En el análisis reciente más detallado, se sostiene que debe referirse al juicio de los observadores griegos en la época de la primera embajada púnica en Roma en 150/151 a. C., tal como aparecería en un pasaje perdido de Polibio, aunque hay problemas con la datación de esta atribución: véase Donald Baronowski, *Polybius and Roman Imperialism*, Londres, 2011, pp. 106-113. <<